



29



CIENCIA - FICCIÓN

Miguel Collazo
EL VIAJE



La clasificación de **El viaje** como novela de ciencia ficción no es exacta. Aunque utiliza recursos del género, Collazo los trata de manera muy personal y como pretexto para seguir al hombre en la incansable búsqueda de la felicidad, así como para penetrar en la complejidad de su siquis. Es, por tanto, también, un libro de proyecciones filosóficas. Los personajes que habitan en este mundo imaginario, están obsesionados por la búsqueda de algo mejor. Cadars, la figura central, señala el camino: «el viaje». Y, junto a «los hombres de los proyectos», que lo secundan, emprende esta travesía. Pero, el sendero está sembrado de adversidades; sin embargo, después de un gran desgarramiento, los hombres triunfan; y la novela finaliza cuando comienza «el viaje».

COLECCIÓN: RADAR 29



Miguel Collazo Toledo

EL VIAJE

ePub r1.0
ePub2.0

Edición: Josué Marrero
Redacción: José Tajés
Cubierta: Rusky Gamboa

© Miguel Collazo, 1981
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1981

Impreso en la Empresa Poligráfica “Alfredo López”, del Ministerio de Cultura, en el mes de diciembre de 1981. “Rectificar esto: Año del Segundo Congreso”

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Calle G, No. 505, El Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ
Colaborador: Guayaman
ePub base r2.1





—ewya_#032(17)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ[®]
©RíverDry 05.03.2022

Nota al lector

De esta obra me separan, en el tiempo, alrededor de diez años, y en la concepción general de la literatura, algo mucho más profundo y diverso sobre lo cual no encuentro en esta nota lugar apropiado para hablar. Me contentaré, con decir que no creo haber asumido la «ciencia-ficción» como género en sí, con todas las formulaciones que ello implica; la he tomado, más bien, como un medio para desarrollar ciertas cuestiones de carácter psicológico o filosófico que en determinado momento necesité elaborar dentro de un plano o una dimensión diferentes. La he tomado, además, sin preocuparme en absoluto por seguir o no una línea «ortodoxa», en cultivar o enriquecer el género, o en presentar ese género desde un sesgo no usado, sensacional o sorprendente. Sencillamente necesité ese ámbito, de la misma manera que tal vez mañana necesite otros. Sólo quisiera añadir que me ha resultado imposible hacer todas aquellas correcciones que hubiera deseado para esta reedición, no tanto por ese tiempo transcurrido como por la peculiar y enredada naturaleza de la obra, escrita, por lo demás, casi en un raptó. Me he tenido que limitar, pues, a ciertos ordenamientos externos del texto, o sea, a dividir la obra en partes y capítulos subtítulados; también, y siempre que la flexibilidad del asunto así lo permitía, logré en alguna medida «aclarar» determinados pasajes cuya extrema oscuridad dificultaban la buena inteligencia de la obra. En cuanto a la rareza de los nombres... en realidad no me atreví a modificarlos; después de todo, ¡quién sabe cómo se llamarán los hombres dentro de dos mil o tres mil años!

M. C.

Acosta, 9 de marzo de 1980

Primera parte

LAS MÁQUINAS

I Jalno

1

Beres y Bímer

Jalno caminó entre las ruinas y recordó que alguna vez en el tiempo, aquel lugar había tenido un aspecto completamente distinto. Su hijo, Beres, tomó un gajo fósil y, distraídamente, trazó unos dibujos en la arena. Jalno se quedó mirándolo: ¿por qué siempre aquella desidia, aquel desgano? ¿No los había traído él a ese lugar por algo sumamente importante? ¿No se lo había gritado cien veces en los oídos? En realidad, él había estado enfermo, muy enfermo. Durante los últimos años su mente ofuscada, y sólo su mente, había creado todo aquel desorden. Pensándolo bien, ya nadie podría tener un rumbo, una dirección...

Jalno se limpió la cara con las manos, y vio en torno suyo que los hombres removían las piedras. ¡Maldita manera de trabajar aquella! ¿Por qué mientras éstos quitaban esas piedras aquellos las volvían a poner en el mismo sitio? ¿Por qué, de pronto, se sentaban sobre los escombros como si se les hubiese olvidado todo lo que tenían que hacer? ¿Por qué jugaban; por qué bailaban así; por qué se dormían unos sobre otros? En fin, ¿a quién culpar? Jalno sacudió la cabeza y terminó por decir que todo estaba bien: ya él no podía mover siquiera una piedra. Después de todo, **aquello** sería para el disfrute y bien de los otros, no de él. Aquí estaban, y aquí echaban su suerte. Por otra parte, máquinas estarían siempre bajo esas ruinas, esperando... Al

menos, eso había dicho Nur B, su padre. «Sí, aquí deben estar todavía — pensó Jalno— limpias, relucientes y hermosas.» Sí, con toda seguridad allí estaban, bajo sus pies, tan iguales a sí mismas como cuando él era niño.

Cerró los ojos. ¿Para qué servirían esas máquinas?

Bueno, no era cuestión de preocuparse. Ya las máquinas sabrían para qué. Las máquinas lo sabían todo; por algo eran máquinas. Probablemente hasta sabían que ellos estaban allí. ¡Maldita sea, si apenas había que remover un poco los escombros para que aparecieran!

Beres se paró sobre las ruinas con los brazos abiertos; su cuerpo se reflejó en pedazos dispersos de metal y plástico. Bímer, el otro hijo de Jalno, trepó con sigilo por algún lugar, y ya en lo alto dio un grito, aterrorizado: creía estar suspendido en el aire.

Jalno dijo que aquello era una **bóveda**, convencido de que eso lo explicaría todo. Bímer se deslizó por el plástico transparente, gritando, tratando de clavar las uñas en aquella materia pulida y al parecer inexistente; de pronto cayó por una grieta.

Ahora Jalno señalaba un poco indeciso el lugar donde debían escarbar. ¿Aquí o allí, o quizá un poco más allá? ¡Cuánto había cambiado aquel sitio!

El pequeño Borles cargó una piedra y la dejó caer, levantando una nube de polvo; y los demás se quedaron mirando la nube como si aquello fuese lo divertido del mundo.

El día casi declinaba.

Jalno volvió a dar órdenes. Estaba cansado. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo cansado que estaba. Dentro del pecho algo le latía con furia, y su brazo derecho comenzaba a paralizarse.

Después de un tiempo incalculable, los hombres parecieron recordar, de modo espontáneo, la razón por la cual estaban allí. Pero al rato Jalno notó que el trabajo avanzaba más lenta, más caóticamente que nunca. Entonces se puso a remover piedras, con furia, casi con odio. Apenas había comenzado cuando algo le estalló dentro del cuerpo y lo hizo caer como fulminado, retorciéndolo en el polvo. Luego se quedó quieto; movió todavía la cabeza y dirigió la vista hacia Beres. Los ojos se le apagaron. Beres se le acercó y estuvo observándolo un momento; después sacudió uno de sus brazos. Bien, pensó Beres, el viejo Jalno se había dormido profundamente. Lo cargó y se lo llevó

lejos, dando vueltas sin saber dónde ponerlo; finalmente lo acomodó lo mejor que pudo, entre unas piedras, a la sombra de las flores gigantes. Bostezó y estiró los brazos. Era bueno dormir; y se tendió junto al cuerpo de su padre, velando su sueño, esperando, mientras los demás seguían removiendo los escombros, revolviéndolo todo.

Pero Jalno no despertó.

Bímer llegó más tarde, con el rostro sucio y lleno de desaliento. Dijo que allí no había nada.

Beres sabía que cuando despertara Jalno se encontrarían las máquinas... Pero, ¿para qué decía Jalno que servían? En fin, Jalno sabía para qué; eso bastaba. Bímer tocó el cuerpo de su padre. Estaba frío. Lo sacudió con fuerza. Beres fue a protestar, y vio la mueca en el rostro de su hermano. Los dos se miraron un rato, mientras un rayo de luz enrojecía sus cabezas.

Bímer dijo:

—Estas cosas pasan... Uno se duerme un día, se duerme demasiado y... ¿No lo ves? Nadie duerme con los ojos abiertos.

Quiso decirle que su padre desaparecería, que se convertiría en arenas o en polvo. Estaba muerto.

—¿Muerto?

Sí; dormido para siempre. Los símbolos tal vez. Probablemente la fuerza de los símbolos. ¿Y qué habría que hacer con él? Dejarlo, dejarlo ahí sencillamente. Echarle un poco de arena encima podría ser una buena idea. Arena para que los demás no lo vieran. Pronto empezaría a ponerse muy feo. Beres miró a su hermano con asombro; ¿por qué se pondría feo? Bímer sacudió la cabeza y escupió sobre las arenas; dijo que se pondría feo porque la carne se le iría cayendo a pedazos, y luego se pondría sucia y negra y con mal olor. Ya él había presenciado eso una vez, cerca del valle. A Gorse, su tío, le sucedió lo mismo. ¿No lo recordaba? Bueno, él era muy pequeño, y Beres probablemente no había nacido. Bímer recordaba que el hermano de Jalno estaba tendido en la hierba, rodeado por algunos de sus hijos; estaba Crilma y Solmes y también Vet.

Beres estaba como pensando; de pronto se rió. Bueno, eso había sido **cerca** del valle; el valle era malo. Pero allí sería distinto. Bímer no quiso contestarle; se quedó mirándolo muy serio. Beres bajó la cabeza,

desconcertado. Cuando la alzó nuevamente, sus ojos estaban llenos de terror. ¿Qué le ocurriría a su padre? ¿Le dolería perder la carne a pedazos? Bímer asintió. Los dos se abrazaron. Oscureció rápidamente, tan rápidamente que tuvieron que buscar a tientas el cuerpo de Jalno para cubrirlo de arenas.

2

Al otro día los hombres abandonaron el trabajo. Lo de las máquinas no tenía sentido. Nadie sabía para lo que servirían, nadie sabía siquiera qué cosa eran las máquinas. Solamente Jalno, y ahora Beres y Bímer decían que ya no se podría contar más con él. Entonces nada más había que hacer, dijeron los hombres, y se dispersaron. Borles se quedó rezagado, y luego volvió junto a los hermanos. Le gustaba el asunto de las máquinas. Si se lo permitían, él solo removería las piedras y la arena y lo que hubiese allí, hasta alcanzar las máquinas.

Beres dijo que estaba bien, y miró a su hermano.

Bímer le dio un codazo, suspiró y se puso a escarbar sin mucho entusiasmo.

Era fatigoso trabajar allí con aquel sol, y luego caminar durante horas para buscar agua y alimento entre las rocas y la enredada vegetación, allá, al oeste de las flores. La mayor parte del tiempo la empleaban en esto, o en discutir sobre la forma y manera de limpiar aquel sitio. De tiempo en tiempo se acercaba alguien y se ponía a observar el trabajo durante horas, y luego se iba; o llegaba uno y decía cómo debían hacerse las cosas, y daba instrucciones y Beres lo alejaba de allí con una pedrada.

Un día, Borles se sentó sobre una piedra y dijo que lo habían engañado, que Jalno lo había engañado. Sin pensarlo mucho, Beres lo golpeó en el rostro, y Borles corrió y comenzó a escarbar otra vez. Después de innumerables días de trabajo, abandonaron definitivamente el asunto. No había máquinas. Sí, decía Borles, los habían engañado. Jalno había inventado todo eso por el simple gusto de burlarse de ellos. Beres lo volvió a golpear; luego él y Bímer se fueron al valle, acaso porque les había entrado una gran

curiosidad respecto a lo malo que pudiese ser, acaso porque estaban cansados del desierto, o acaso, según creía Borles, porque habían enloquecido.

«Es la fiebre del sol», pensaba Borles. Pero él tampoco se quedaría en la soledad del desierto. Recogería sus cosas e iría tras ellos; a lo mejor lograba convencerlos; o los convencía la proximidad malvada del valle; o en fin, se convencía él mismo. De cualquier manera, no era bueno quedarse en el desierto. Por otra, parte, Beres y Bímer debían saber que él, a pesar de todos sus desalientos, seguía con la idea de las máquinas metida en la mente, inquietándolo. Jalno le había hablado alguna vez de esas cosas, le había dado ciertas explicaciones que él no había entendido en absoluto, quizá porque el propio Jalno no tenía una idea muy clara sobre las máquinas.

En verdad, Jalno nunca fue agradable para Borles; lo llamaba Ratón Etrusco, Paloma, y también Arcanoé. Y aunque Borles comprendía que aquellas eran palabras sin sentido, lo irritaba mucho el tono despectivo en que Jalno las decía; y además, él se llamaba Borles y no Arcanoé ni ninguna otra cosa por el estilo. Bien, ahora no habría más un Jalno. Estaba dormido y no se despertaría más, y eso era muy bueno. Beres y Bímer no eran malos, sobre todo Bímer, porque el otro tenía las manos muy ligeras, y un día sabría lo que era un Borles verdaderamente colérico. Ojalá nunca ocurriera eso, y Beres aguantara sus manos.

Y Borles, caminando distraídamente, había penetrado en el valle y los bosques. Cuando alzó la cabeza y tuvo conciencia del lugar en que se hallaba, el gran miedo entró en él, paralizándolo.

No podía ser; al valle no se podía entrar, y si se entraba... Allí todo era distinto, incluso el tiempo; hasta él mismo, ¿no sería pronto algo distinto? Recordaba que, cierta vez, Jalno le había dicho:

—Arcanoé, nunca cruces el límite del desierto, porque más allá de esas distancias está el valle, y nadie regresó jamás de él.

En aquella ocasión Borles (lo recordaba ahora) había creído que Jalno trataba simplemente de atemorizarlo con algún propósito oscuro. Todos los propósitos de Jalno eran oscuros. Bien, nadie regresaba del valle; después de todo, ¿qué significaba eso? Tal vez no regresaban porque les gustaba el valle; les gustaba tanto que habían decidido quedarse allí para siempre. Eso había pensado Borles entonces. Pero ahora, Borles miraba alrededor con el cuello

rígido. ¿Por qué había seguido a Bímer y a Beres? Ellos no parecían estar por esos lugares, y él estaba solo y lleno de miedo. Vio a sus pies la niebla escurridiza, entre las hojas; sintió el olor de cosas muertas y maceradas, el suave pero irresistible desgarramiento de los símbolos, el desplazamiento de ciegas masas de calor anhelantes, el azote, la flagelación del follaje y la humedad. Estaba encorvado, expectante.

—Beres... —se atrevió a llamar. Y el viento sopló sobre su boca, y un poco más tarde oyó su voz lejos, metida entre el follaje negro.

Estaba seguro de haber oído, además del casi irreconocible tono de su voz en el eco, un ruido como de pasos sobre una arena muy suave, una arena mezclada con fango. «Quizá Beres y Bímer», pensó; pero también algo más, alguna cosa crujiente y absurda. Bajo una frondosa rama, Borles observaba el lado derecho del bosque. A pocos pasos de él corría el agua del arroyo; una parte de su mente estaba atrapada por el misterio de las aguas en movimiento.

«Arcanoé, el agua corre en el valle...» Ese ruido de agua sobre piedras y símbolos, alejándose, arrastrándolo todo hacia el otro lado del mundo... «Paloma, cuídate de la misma agua que bebes cuando la veas correr... ¿Sabes tú a dónde van esas aguas? Ratón, Ratón, ¡la entrada del abismo está por el otro lado del mundo!»

El agua del arroyo, el abismo, y más allá, pensaba Borles con horror, más allá todavía algo peor: ¡el mar!

Sí, Jalno no había tratado de atemorizarlo; ¡era cierto! ¿No estaba sintiendo todas esas cosas?

Y Borles se dolía, se compadecía de sí mismo. Borles, pobre Borles; el cielo del valle desciende y trata de aplastarte, de unirse a las arenas y convertirse en un gran remolino para llevarte. ¿Cómo podrás defenderte? Todo aquello era tan inmenso, y él era tan pequeño, ¡tan pequeño!

Comenzó a retroceder. Uno de sus pies se enredó entre las raíces y lo hizo caer. Sus brazos, extendidos hacia atrás se hundieron en el agua, y luego su cuerpo, suavemente, de manera angustiosa, se deslizó sobre el fango resbaladizo de la orilla. El agua abrazó a Borles violentamente; lo sacudió; lo golpeó con piedras y arenas y briznas; entró en sus pulmones como para que no gritara más. Sus manos desesperadas se cerraron sobre algo. Era un brazo,

pero no lo pensó: era cualquier cosa donde aferrarse y huir del agua y del dolor.

—¡Qué tonto eres! —gritó Beres tirando de él.

Borles vio borrosamente el rostro de Beres, como algo hermoso y distante; se aflojó; se abandonó completamente.

Bímer frotó sus mejillas, y luego, volteándolo, frotó y presionó la espalda. Borles resopló y echó agua por la boca y la nariz.

«Esto es lo que **debía** hacer...», pensó Bímer un poco asombrado. Beres tocó la piel de Borles y miró a su hermano, y recordó a Jalno: «El agua que corre, ¡cuidado!» Miraba el cuerpo de Borles, y en cambio, lo veía incólume. No había sido vulnerado, no estaba sangrante ni roto. Estaba, además, **limpio**. El agua, pues, nada malo le había hecho; sólo había arrastrado la suciedad.

Bímer pareció adivinar sus pensamientos. Dijo:

—Jalno hablaba muchas cosas. Aquí estamos, Beres, y nada malo ha ocurrido ni ocurrirá. ¿Es acaso malo el valle? Yo, más bien, lo encuentro agradable.

—Bímer, yo casi creo que me gusta, que me gusta más que ningún otro sitio —y miraba alrededor dando vueltas. Se sentía ligero, limpio, lavado por el aire acariciador del bosque. Sopló entonces sobre el rostro de Borles y le habló al oído.

Tenía buenas noticias para él; ¿no quería las máquinas?, pues había máquinas. Allí, en el valle, y también toda una ciudad; lejos, detrás de aquellos bosques. ¿Por qué Jalno no les había hablado nunca de eso? Él debía saberlo. No solamente el valle no era malo, sino que también en el valle había hombres. Pero Jalno decía que el valle era malo, que nadie vivía en el valle...

Sí, Jalno inventaba cosas. Probablemente algo debía ser cierto, o alguna razón tendría para engañarlos, o a lo mejor ni siquiera tenía una razón, nadie podía negarlo ni asegurarlo, nadie había entendido nunca a Jalno y ya nadie podría entenderlo. Y pensándolo bien, ¿valía la pena entenderlo?

—Olvidemos a Jalno —dijo Beres; y Borles se sintió satisfecho de oír tales cosas, «aunque, sin embargo, se sentía incapaz, temeroso de negar a Jalno. ¿Acaso el valle, de pronto, no podría transformarse en algo malo, y Jalno tener entonces mucha razón?»

No, se decía Borles, no era bueno negar a Jalno completamente. Sí, algunas cosas... Otras, en fin... Nadie podía **inventar** tantas cosas como Jalno; era imposible, alguna verdad habría en todo eso. Bímer dijo que habían visto la ciudad; al menos, algo que, coincidiendo con las vagas descripciones de su padre, lo parecía.

—La gente tenía la piel como tú —dijo Beres mirando las aguas—, como tú ahora, Borles.

Borles se quedó pensando: «La ciudad de Jalno existe; las máquinas también...» Y se dijo que estaba en lo cierto; no negar completamente a Jalno, no creer tampoco todas sus historias.

3

El valle

Bímer y Beres habían visto la ciudad, pero se habían hecho una idea falsa de ella (y eso era seguramente lo que le ocurría siempre a Jalno). De todos modos, el mundo del valle no era realmente lo que imaginara Jalno. Era, en todo caso, tan malo o tan bueno como el desierto, como lo sería el mar sin duda; como todas las cosas. El valle era, sencillamente, distinto. También los hombres del valle habían tenido una especie de Jalno, que los atemorizaba, encerrándolos en prohibiciones y misterios. Pero ahora sabían por boca de Borles que no había, pues, límites ni tierras feroces.

¡Jalno!, ¿por qué no podía olvidarlo? «Arcanoé, busquemos las máquinas; sin ellas estamos perdidos. Antes de la catástrofe, Nur B, mi padre, dijo que las máquinas estarían siempre allí, esperándonos. ¿Comprendes, Paloma? ¡Las máquinas!»

Le hubiera gustado tener en ese momento delante de él a Jalno para preguntarle qué había de bueno en las máquinas. Estaban ahí, extrañas, inútiles. No servían para nada, o para muy pocas cosas. Eran, además, estúpidas y peligrosas.

No sería mala idea destruirlas. ¡Por supuesto que no sería mala idea! Encima de todo, las máquinas tenían la maldita virtud de enloquecer a la

gente. ¿Qué había pasado con Bímer? Bímer se había ido lejos, y un día Beres fue a buscarlo y lo encontró del otro lado del valle, rodeado de máquinas y con una sonrisa demente, fija en el rostro.

Borles se había tendido sobre la menuda hierba del valle y escuchaba el relato de Beres.

Beres le contaba que no le había gustado el rostro de Bímer, ni aquellas máquinas a las cuales —Beres no sabía cómo— había dotado de movimiento. Beres le dijo también que una tarde su hermano fue a buscarlo, y no iba caminando como hasta entonces lo habían hecho todos, sino montado sobre una máquina, que lo llevaba de un lado para otro según su antojo. No, a Beres no le había gustado eso.

Pero Bímer no quería dejar sus máquinas ni regresar; se sentía bien. Acariciaba las máquinas y le decía:

—Mira, Beres; mira todo lo buenas que son. Nuestro padre tenía razón. Seguramente hay muchas otras cosas en las cuales tenía razón.

Viendo la cara de loco de su hermano, Beres se inclinaba a pensar lo contrario. No, Jalno no tenía razón; estaba loco como su hermano.

«Sí», pensaba Borles oyéndolo; pero, ya él estaba lo suficientemente decepcionado como para creer en una cosa o en otra. Beres, igual que Jalno —¿no era después de todo su hijo?—, podría estarle inventando esa historia. Un detalle: había muchas máquinas en la ciudad; ¿por qué servían sólo las que se había llevado Bímer? Bueno, qué importaba. Él, por su parte, no quería saber nada de las máquinas, lo hicieran sentirse bien o no. Además, Borles ya no pretendía sentirse bien; le bastaba con no sentirse demasiado aterrorizado. Un día se dormiría para siempre, una tarde cualquiera, y todo terminaría.

En el valle no se estaba mal ni bien, y eso era suficiente. Cuando venía la tormenta, Borles tenía un techo, y durante las noches no estaba condenado a contemplar los astros. Estaba libre de las amenazas del cielo. ¿Qué más podía desear? Si Bímer era feliz con sus máquinas, muy bien, él se alegraba. Si alguien quería ir al desierto, no haría como Jalno, no lo atemorizaría. Después de todo, uno buscaba su lugar, o mejor: lo encontraba. Y su lugar era siempre el menos malo, o el que uno creía que lo era. Allí, en la ciudad, en las ruinas, entre los escombros, Borles tenía su sitio. Y si alguien llegara de pronto

diciéndole que había encontrado algo mejor, él no lo seguiría. Ya no correría más, ni gritaría de noche atacado por el miedo, por el miedo grande; porque siempre habría temores y pequeñas angustias, y cosas y sensaciones que no sabría explicarse. Pero estaba bien. No podía exigir, no quería exigir.

El mundo del valle le había traído cosas nuevas; por supuesto, algunas malas y otras buenas. Entre las buenas estaba, por ejemplo, la de tener siempre, o casi cuando se le antojara, una mujer al alcance de la mano. No era la vida del desierto nada agradable en ese sentido: caminar y dormir donde de pronto quisiera venir la noche; desear, rabiarse por una mujer y verla rodar de aquí para allá; y esperar hasta que un día, tal vez el menos propicio, ella estuviera frente a uno con esa cosa hermosa en los ojos mirándolo. Sí, el valle había traído angustias nuevas, pero había traído también a las mujeres, y Borles no se movería de allí.

Tampoco Bímer se alejó definitivamente; hacía visitas regulares a la ciudad y un día anunció que regresaría con sus máquinas.

Borles lo oyó desde lejos y bostezó. Le parecía un ser tan ajeno a él; era como si nunca lo hubiese conocido, como si hubiera llegado de pronto y él ni siquiera supiera su nombre.

Sin embargo, Bímer comenzó a infiltrarse en su vida, o en parte de ella. A Borles no le preocupaba mucho que se llevara a sus hijos y les hablara de las máquinas, pero luego, y eso sí lo irritaba, los niños regresaban a él con ideas extrañas y lo atormentaban con preguntas absurdas, y cada día notaba que su compañía era para ellos menos grata. Bien, pensaba Borles, si algún día abrían la boca para decirle que habían decidido irse, él seguramente no esperaría a que terminasen de hablar. Les diría: «¡Váyanse pues!» ¿Qué bueno traían los niños?, sobre todo esa Orna, ese Larte, ¡ese ruidoso Bumis! Sí, tal vez ni esperaría a que ellos se lo dijeran; tal vez ni esperaría siquiera a que ellos lo pensaran. Si sus hijos preferían al loco Bímer y a la locura de sus máquinas, perfectamente, ¡allá ellos!

¡Bímer y las máquinas! Bueno, hasta Beres se estaba entusiasmando con el asunto. En fin, eso no era extraño; eran hermanos, hijos de un Jalno no muy agradable que imaginaba cosas y las daba por ciertas. Bien, que se fueran con ellos. Les cedía con gusto sus hijos. Pero luego, ¡ni una lágrima, ni una queja!

¡Las máquinas!

Pensar que a él una vez lo inquietaron esas cosas, y estuvo destrozándose las uñas durante meses.

¿Máquinas para hacer qué? ¿Para hacer lo mismo que hacía Bímer?

Si Bímer y sus máquinas, si Beres y algunos otros, si sus propios hijos, si a todos ellos juntos se les estaba ocurriendo ahora la idea de construir casas como las que había en la ciudad, ¡perfectamente! Estaba muy bien eso. Como si de pronto se les antojara destruirlas todas (¡excepto la suya!) y hacer otras completamente distintas. Perfectamente. Podían hacer cualquier cosa, cualquier cosa menos venir a molestarlo a él, a Borles.

Borles tenía su techo —ni mejor ni peor lo quería—, y no necesitaba nada más, **ni deseaba descubrir que necesitase algo más**. Todo estaba bien, ¡bastante bien!

4

Las naves

Bímer se despertó sintiéndose muy mal.

La luz se filtraba suavemente a través de la pequeña vidriera multicolor del techo, y los lindos matices de los colores adornaban su cama, hecha de hierbas frescas y olorosas. Amanecía; afuera el viento soplaba frío y seco. Solamente alzando la cabeza, escuchando, Bímer sabía que todo estaba bien. Sin embargo, su malestar persistía.

Vio a Borles que venía acercándose, mirando hacia su casa. Luego lo oyó golpear a la puerta, y el fino metal azul de la puerta sonó largamente como una campana. De un salto se puso en pie y abrió la puerta.

Borles, al verlo, se turbó tanto que dio media vuelta y se alejó rápidamente. Bímer corrió tras él y lo sujetó por un brazo.

Borles lo saludó; dijo que regresaba a su sitio porque se acercaba una tormenta.

¿Qué tormenta? El cielo brillaba, no había nubes. Bímer soltó su brazo. ¿No había ido Borles a verlo por **algo**? De pronto Borles estaba agarrando

con fuerza las manos de Bímer. Sí, había ido por algo, no sabía exactamente qué; se sentía mal, ¡se ahogaba!

Borles estaba completamente aplastado, era otra vez el miedo, ¡el gran miedo! Se derrumbó a sus pies. Bímer se arrodilló a su lado. En realidad, no se habían tratado mucho esos últimos años; después de la muerte de Jalno todo había cambiado. Cada cual se había dedicado a sus asuntos, a vivir lo mejor posible, a crear aquellas pequeñas cosas que hacían la vida más pasajera. Sí, habían limpiado y arreglado un poco aquellas ruinas. No habían sido años malos... Y sin embargo, ahora parecía que nada había sido bueno.

Tal vez las máquinas, el valle...

—Yo también —dijo Bímer— he amanecido mal, inexplicablemente mal. Probablemente estamos ya muy viejos y no nos hemos dado cuenta de eso.

No, pensaba Borles, no era precisamente eso. Durante toda la noche la imagen de las tres flores gigantes del desierto había estado apareciendo insistentemente en sus sueños, sacudidas por un viento de tormentas, y el cielo...

Bímer se inclinó hacia él con el rostro demudado.

—¿Acaso otra **lluvia** de símbolos, Borles?

En ese instante los ojos de Borles se abrieron; no lo miraban a él; miraban hacia adelante, como traspasándolo.

—¡Eso —gritó Borles—, los símbolos!

Bímer y Borles huyeron sin rumbo, rodaron sobre la hierba y las piedras, sobre los tallos erectos y quebradizos, luego se quedaron quietos, expectantes, abrazados y tendidos en el suelo. Borles agarró la cabeza de Bímer y lo obligó a escuchar el rumor de la tierra.

—Escucha, ¡escucha! —gritaba Borles—; ¿no oyes?

Las orejas de Bímer estaban calientes, le ardían. Sí, oía los ruidos del bosque, el viento, el lejano oleaje del mar...

—¡Escucha bien!

El rostro de Borles, su aliento, su sudor, todo eso le venía encima. Ahora sí se sentía mal Bímer. Se incorporó, empujándolo violentamente; corrió hacia la casa.

—¡Cuidado! —gritó Borles.

Bímer se agachó, se cubrió instintivamente la cabeza con las manos, como si algo fuera a golpearlo. Borles saltó sobre él y lo hizo caer.

—Quieto —jadeó en sus oídos. Sintieron una presión sobre sus cabezas, un zumbido; la sangre goteó de sus narices.

Bímer vio la sangre y comenzó a llorar. Se abrazó a Borles; lo besó; tenía miedo.

«No mirar hacia lo alto», recordaban.

Nur B, el abuelo de Bímer, había sufrido la **lluvia**. Pero estaba supuesto que ese fenómeno no ocurriría más. A Bímer le parecía estar escuchando a Jalno:

—Mis padres me dijeron que no ocurriría más en nuestro mundo, que estuviese tranquilo. Yo tenía miedo todas las noches y sólo podía dormir abrazado a Selna. Mi madre era hermosa, Bímer; creo que era lo más hermoso del mundo. Era tan suave, tan tranquila, tan olorosa, ¡tan tierna! Bueno, tú nunca la conociste. Tus abuelos eran tan distintos a nosotros; tanto que no te lo podrías imaginar. Ven, Bímer, ¿también tú tienes miedo?

¿Jalno?, pensaba Borles. ¿Podía creérsele algo? ¿Existió alguna vez ese Nur B? ¿Hubo realmente una **lluvia** de símbolos? Borles se retorció como si lo agujonearan. Bímer se tendió sobre él y lo sujetó por los hombros.

—Tranquilo, Borles. Parece que ya todo pasó. No fue la **lluvia**, no sé lo que fue...

Borles estaba mirando hacia lo alto, asombrado; su cuerpo se enfrió. Bímer dejó de ejercer presión sobre sus hombros; volteó la cabeza siguiendo el curso de su mirada.

—Máquinas —susurró Borles—. ¡Máquinas en el cielo!

Bímer las vio; había tantas que el valle se oscureció. Miró entonces sus manos, y vio en ellas su símbolo. Se incorporó rápidamente tirando de un brazo de Borles.

—¡Huyamos, Borles!

El otro no parecía capaz de moverse.

—¿No te das cuenta? —gritó Bímer—. ¡Esas máquinas no tienen nuestro símbolo!

Borles se levantó sin prisa; el otro lo sacudía, pero él no dejaba de mirar hacia las alturas. Su rostro había perdido toda expresión: dio unos pasos vacilantes y se detuvo. ¿Qué significaba aquello, que podría ser? Nunca había visto nada igual; nunca se imaginó siquiera que pudiesen existir tales máquinas...

Mientras Bímer tiraba de él, Borles presionaba su cabeza con las manos, como si quisiese aplastarla o estuviera exprimiéndose un recuerdo. De pronto se le iluminó el rostro.

¡Máquinas voladoras! ¿No serían ésas las verdaderas máquinas de Jalno? Bímer pensó por un momento dejarlo allí abandonado y correr a refugiarse, pero no se decidió.

—Huyamos —insistió.

—¡Son las máquinas de Jalno! Éstas sí... Él me lo decía, Bímer, tu padre: «Escucha, Ratón, las máquinas sirven para todo, sirven también para volar.» ¿Comprendes, Bímer? «Una nave es eso, Ratón: una máquina que vuela. ¡Qué estúpido eres, Arcanoé», me decía. Son las naves de Jalno, Bímer...

Bímer fue a decirle que estaba equivocado, pero no tuvo necesidad. Las ondas del símbolo desconocido crujieron al expandirse sobre la atmósfera, y los dos fueron arrastrados de la misma manera que el viento arrastra las hojas secas y los granos de arena. Los vestigios de ciertos símbolos del planeta se alzaron y formaron casa en lo alto, entonces vieron las nubes de fuego y de relámpagos a lo largo del horizonte, y luego, dos naves, de las miles que había en los cielos, descendieron rápidamente, agrandándose hasta adquirir proporciones gigantescas.

En la penumbra que sobrevino, Bímer y Borles, abrazados fuertemente, esperaron la violencia que seguramente se desataría sobre ellos.

¡Qué tonto eres, Arcanoé!»

II El símbolo de la Elipse

1

Teles

Ya no había dudas; aquel símbolo era la Elipse.

Entonces no podían ser éstas las máquinas de que hablara Jalno. ¿De qué máquinas, pues, se trataba?

Bímer no comprendía. En verdad, ya no quería esforzarse para comprender. Borles estaba a su lado, estaba muy junto a él, por lo general abrazado a él, y nunca se separaba tanto como para estar fuera del alcance de sus brazos.

Borles decía que ahora sí todo se había acabado para él; ni siquiera había un lugar que fuese menos malo que otro. Las ventajas del valle habían desaparecido de golpe, y de golpe todo se había oscurecido.

Al final Jalno tenía razón: el valle era malo. Y si Jalno hubiera dicho que **todo** era malo, hubiese tenido también mucha razón.

Borles y Bímer estaban encerrados en aquella habitación, con tablas y piedras contra la puerta. La única luz que les entraba procedía de un pequeño ojo de cristal en el techo, color violeta; y ya Borles estaba pensando que tal vez fuera bueno tapanlo.

¿De dónde venía aquel símbolo angustioso? Ni Borles ni Bímer se atrevían a salir y averiguarlo. Tenía algunas ideas de lo que ocurría porque Teles, el hijo de Bímer, iba y les contaba algo; necesitaba gritar para hacerse oír, ya que ellos no abrían la puerta. Teles les contaba que las naves estaban del otro lado del valle, tranquilas y blancas; al parecer inofensivas.

—¡Ya te crees tú eso! —gritaba Borles.

Bímer preguntaba insistentemente.

—¿Hay hombres en las naves? ¿Qué hacen?

Bueno, los hombres, **aquellos hombres**, no se habían movido mucho. Teles los veía a veces caminar junto a las naves, pero no parecían decididos a alejarse demasiado de ellas.

—Sí, sí —decía Bímer—; pero ¿qué hacen?

—Bueno, caminan...

—¡Algo tienen que hacer!

—¡Qué sé yo! —gritaba Teles—. ¡Son extraños!

Borles quería saber de qué manera eran extraños. Además, pensaba, ¿cómo siendo hombres podían ser extraños? Teles trataba de explicar cosas que para él mismo resultaban confusas. A pesar de todo, Borles llegó a entender que aquellos hombres se parecían bastante, o debían parecerse, al abuelo de Bímer, al padre de Jalno, ¡al maldito Nur B!

Y Bímer le explicaba a Teles cómo habían sido sus abuelos.

Sí, decía Teles, llevaban como Nur B ropas de brillantes colores. Todos vestían igual, con ligeras diferencias; no tocaban las arenas; no se arrastraban; no se acostaban en cualquier parte. Estaban limpios, limpios como nada en el mundo lo estaba.

Borles soltaba las manos de Bímer y se sentaba en la oscuridad. «Nur B», pensaba. Las ideas venían con cierto orden, pero en un punto determinado todo se confundía. Sí, Jalno había hablado de gente semejante. Había vivido con ellos de niño, y no había sufrido porque existía un símbolo común para todos ellos. ¿Cómo esos nuevos hombres, siendo hombres, podían estar regidos por otro símbolo cualquiera, un símbolo, incluso, que era furioso y opuesto, irresistible?

Teles guardaba silencio. A través de las hendiduras de la puerta escuchaban su respiración. Bueno, repetía Teles, eran extraños pero no

malos. Él no entendía mucho de símbolos como entendían Borles y su padre, pero acercarse a ellos no provocaba nada malo... Beres, por ejemplo, se había acercado bastante a ellos. Una vez se acercó tanto que ellos empezaron a gritar, llamándolo, y luego se rieron. Y Beres se asustó, y él no sabía dónde había ido a esconderse; lo cierto era que no lo había visto más. No, no era malo acercarse a ellos; él mismo estaba decidido a hablar con los hombres. En cualquier momento atravesaría el valle para averiguar muchas cosas y salir de ciertas dudas que tenía.

«¿Qué dudas?», preguntaban Borles y Bímer; y Teles decía solamente que algunas dudas. No era bueno estar encerrados así; ¿es que pensaban Bímer y Borles, y ahora también Beres, estar encerrados para siempre, esperando que se fueran? ¿Y si no se iban nunca? A lo mejor les gustaba el lugar; a lo mejor habían venido para quedarse. ¿No habían pensado en eso? Además, ocultarse no remediaba nada. De todos modos estaban sufriendo el símbolo, o acaso lo sufrían por estar encerrados. A él, por ejemplo, no le hacía daño el símbolo. ¿Tampoco habían pensado en eso?

Bímer y Borles se miraban en la penumbra y apenas veían sus rostros. Aquella oscuridad era agradable, tranquilizadora. No, no saldrían... ¡No podían salir! Borles consideraba, por otra parte, que el asunto radicaba en que Teles, siendo más joven, estaba más lejos del símbolo original; que a lo mejor ya casi no tenía símbolo. Por eso no sufría.

—¿Tampoco tú has pensado en eso? —dijo Borles.

Teles tiró una piedra al aire.

—¿Estás ahí, Teles? —preguntó su padre.

—Estoy.

—¿No has pensado en lo que dice Borles?

—Puede que tenga razón. Sí, ¿por qué no?

Pero Teles pensaba que ellos, sencillamente, tenían miedo. Y lo tendrían aunque fuesen más jóvenes.

Borles decía que estaba bien, que era bueno que Teles, si él lo había decidido, cruzara el valle y fuera al encuentro de esos hombres, y luego les contara. Sí, estaba bien. Ellos no se moverían.

2

Orna

Las naves que habían quedado en el cielo desaparecieron una mañana; pero del otro lado del valle dos naves blancas dormían apaciblemente bajo el calor del sol.

Larte, Bumis y la pequeña Orna salieron al encuentro de Teles dando grandes voces. Teles cerró los ojos. Esos tres hijos de Borles siempre andaban juntos, siempre haciendo mucho ruido... ¿Cómo Bímer los había soportado tanto tiempo enseñándole sus máquinas? ¿Qué provecho podía sacarse de ellos? Nada absolutamente. Nada en el mundo era importante para ellos; sólo jugar y dar gritos y burlarse de todo.

Y ahí venían ahora.

Teles les rogó que no lo siguieran, pero Orna se agarró a uno de sus brazos y dijo que no lo abandonaría más. La cólera de Teles sólo sirvió para excitarla y excitar a los otros.

¿Sabían ellos a dónde iba él? Iba a ver las naves, a hablar con aquellos hombres, cualquier cosa mala podría ocurrir. Larte se dobló de la risa y le dio un codazo a Bumis. Orna le dijo que, precisamente, ellos venían de allá. Todos los días iban y venían, y veían a los hombres verdes, y los hombres verdes se reían con ellos. Eran buenos hombres y siembre estaban contentos; no eran como él, estúpido y sucio.

Teles miró un momento la cabeza dorada de Orna y sintió el deseo de golpeársela con una piedra, de abrísela en dos.

¿Por qué no estaban donde su padre? Debían estar con él y cuidarlo. Bumis soltó una carcajada tan desagradable que Teles no pudo reprimir el deseo de patearlo; pero ni siquiera eso interrumpió su carcajada. Larte le lanzó una piedra y por un momento Teles se quedó con los puños en alto, ahogándose de rabia.

Orna lo señaló con un dedo y le sacó la lengua y le hizo toda clase de muecas.

¿Qué maldades había cometido Teles para recibir ese castigo? Ya nada podía detenerlos, estaban frenéticos. Corrían a su alrededor, fuera del alcance de sus manos, sin dejar de hostigarlo un instante. La cólera de Teles se convirtió en angustia y después en miedo. ¿No lo dejarían en paz nunca?

Tal vez ignorarlos, pensaba Teles, o tratar de mantener una conversación... Preguntó:

—Son verdes esos hombres?

—¡Qué estúpido eres! —gritó Orna fuera de sí, riéndose hasta soltar lágrimas—. ¿Puede alguien ser verde? ¡Qué estúpido, qué estúpido eres, Teles!

Bumis lo tocó en el hombro. Teles miró aquella mano, y en su mente, vio cómo aquella mano se introducía en su boca y él la mordía hasta despedazarla. Pero la mano se alejó veloz, y Bumis, como si hubiese adivinado sus intenciones, se acarició la mano. Luego, mirándolo con sus ojos irresistiblemente burlones y crueles, le dijo:

—Teles, yo sé que tú no puedes entender mucho; pero trata de entender esto: no son verdes, nadie puede ser verde. Sólo son verdes las ropas que llevan puestas. Y además...

Teles lo interrumpió con un rugido de cólera, y en los ojos dorados de Bumis se reflejó el placer que eso le provocaba. Ellos mismos habían dicho que eran verdes; Orna lo había dicho; ¡él no! Él solamente había preguntado...

—Pregunta tonta —dijo Larte—. Pregunta tonta propia de un tonto. No son verdes; sólo un estúpido podría pensarlo, ¿verdad, Orna? Y también sólo un hombre muy estúpido podría pensar que acercarse a esos hombres hace daño. ¿No dijiste eso, Teles?

Ignorarlos, pensaba Teles, ignorarlos completamente; no abrir la boca. ¡Ah, si pudiera, aunque sólo fuera un instante, atraparlos y hundirles las narices! Pero eran veloces y eran tres, tres cosas odiosas y locas moviéndose en direcciones opuestas. Teles avanzó mirando obstinadamente hacia adelante, sintiendo pellizcos, golpes, empujones... Ignorarlos, ignorarlos.

Orna, delante o detrás de él, iba contándole cosas de los hombres verdes. Se daba gusto diciendo que **eran verdes**, acaso para que Teles replicara y entonces saltarle encima. Pero Teles continuó en silencio, reprimiendo su

cólera, caminando con extremo cuidado entra las altas hierbas, entra las piedras, porque caer podría ser motivo de las burlas más atroces.

Poco a poco fue dejando de sentir los golpes y los pellizcos, las risas de Larte y Bumis. ¿Es que se habían ido? No, allí estaba Orna hablándole. No se atrevió a mirar hacia atrás.

—No sirves para nada —dijo Orna entonces—. Larte y Bumis se han aburrido contigo. ¿Cómo puedes vivir así? Eres tonto, Teles. ¿Bímer no te ha enseñado a tratar a la gente?

Teles miró rápidamente hacia atrás. ¡Se habían ido! Y pronto Orna se aburriría también; todo era cuestión de ignorarla. Sufrirlo todo en silencio, sin una queja, como si fuera una piedra o un montón de hojas secas.

Por suerte, no se encontraba ya muy lejos de las naves.

Pero al rato comprendió que Orna no parecía dispuesta a separarse de su lado; era odiosa, más odiosa y tenaz que los otros dos juntos. Bien, la dejaría confiarse, y cuando ella menos se lo imaginara le saltaría encima y le retorcería el cuello. Comenzó a tomarle gusto a la idea, a excitarse con las cosas que le haría. ¿Por qué no le hablaba ahora de los hombres verdes? Lo hubiera deseado, porque así el castigo sería más delicioso. Ya Teles no pensaba en Bímer ni en Borles, ni en las naves ni en ninguna otra cosa: sólo en Orna, en el odio que sentía por ella.

Orna lo miró con una expresión que a él se le antojó de temor, pero estaba riéndose por dentro, allá en la maldita oscuridad malvada de su hermosa cabeza.

—¡Qué cara tienes! —gritó Orna haciéndole muecas.

«Así», pensaba Teles, siguiéndola con el rabillo del ojo. Notó con regocijo que ella se estaba acercando a él despreocupadamente. ¿Es que ya no se acordaba de todo lo que lo había hecho rabiar?

Los brazos de Orna se movían rítmicamente a ambos lados de su cuerpo. Brazos de piel blanca, suave y tersa. Teles calculó la distancia. Súbitamente saltó sobre ella y la tuvo entre sus brazos, mirándola con ojos encendidos, resoplándole en el rostro.

A lo lejos, a través del follaje, se veían las naves.

Teles la obligó a acostarse sobre la hierba, hundiéndole las uñas en la carne de los brazos. Orna gritó de dolor y se rio, le escupió la cara y le hizo

muecas. «Así, así», pensaba Teles, sabiéndola sin escapatoria posible, fieramente agarrada.

—¿Qué estúpida cosa me estás haciendo? —gritó Orna y Teles la miró con odio, con un odio que lo hacía temblar, con crujir de dientes.

Estaba con todo su peso sobre el menudo cuerpo de Orna, y sentía el vientre de ella y sus senos y sus muslos moviéndose debajo. Sentía el forcejeo de todo su cuerpo, cálido y suave; el olor de sus cabellos, de su boca, de su cuello. Era frágil, podía despedazarla, morderla, ahogarla... Ahora sí todas las cosas del mundo habían desaparecido de su cabeza. Entonces comenzó a experimentar una extraña sensación, como si su cólera y su odio aumentaran hasta cegar lo, y su deseo de hacerle daño se convirtiera en el deseo de acariciarla brutalmente.

La agarró por los cabellos, inmovilizando su cabeza, jadeando. Ella lo miró un momento, los ojos muy abiertos. Teles sintió más cerca el dulce y húmedo aliento de su boca; comprendió que estaba buscando la boca de Orna para besarla. Orna sacudía con fuerza la cabeza y trataba de escapar de sus brazos; se aflojó un momento. Teles alcanzó sus labios, la besó. Ella abrió la boca y lo mordió ferozmente en los labios; luego le clavó las uñas en la espalda. Teles chilló de dolor y se retorció sobre la hierba. Orna escapó corriendo, y él vio fugazmente su rostro, con una extraña mezcla de sentimientos velados por la burla. Se incorporó despacio, limpiándose la sangre de los labios.

Se sintió mal, muy mal; como si le hubiesen arrancado del cuerpo algo esencial, insustituible. Ahora la odiaba más que nunca, con su odio nuevo, distinto, desconcertante. La deseaba; estaba aturdido y tembloroso. Miró entre el follaje: ¡las naves! Tal vez ni Borles ni su padre estaban equivocados. Era malo acercarse a ese símbolo. ¡Era malo! ¿Cómo no se había dado cuenta de que todo era producto del oscuro influjo de aquel símbolo? Larte, Bumis, la misma Orna, nunca se habían mostrado tan perversos. Recordó el rostro de Orna, aquellos ojos... ¡aquel olor! Se alejó de allí precipitadamente, saltando sobre los troncos y las piedras; pero su angustia no desaparecía, sino todo lo contrario, se hacía más honda, más insoportable.

El aire fresco del oeste le trajo un olor inconfundible. «Orna.» La llamó; se sentía humillado y ridículo. Pero no le importó demasiado. Deseaba volver

a verla. Ya no era dueño de sí mismo; se sabía capaz de cualquier cosa con tal de tenerla otra vez entre sus brazos. Si había sido la mala influencia de aquel símbolo, ¡bien!, que viniera a él esa mala influencia, que viniera a él lo inimaginable, con la única condición de que le trajera a Orna.

La necesitaba, ciegamente, en esos mismos instantes, ¡pronto! Un pellizco le quemó la espalda; se volvió; dio un grito, un alarido de alegría. ¡Era ella! No sabía qué hacer, si correrle atrás o llorarle, se derrumbó, cayó de rodillas con los brazos abiertos. Orna se detuvo frente a él con las manos en la cintura y las piernas abiertas; sonriente, desafiante. ¿Había estado alguna vez tan mal como para desear alejarse de ella? ¿La había odiado realmente alguna vez?

Ese instante de tenerla nuevamente entre sus brazos se le borró como un sueño; el placer le hizo olvidar el placer, el estar siendo del placer. Era como una locura que le había entrado de pronto, creando una especie de barrera entre su conciencia y sus actos. La estaba acariciando, más con los ojos que con las manos; la besaba con sus doloridos labios en la boca, en la frente, en la nuca... De pronto, un codazo en el estómago, una carcajada, y Orna escapaba otra vez. ¿Cuántas veces se había repetido ese juego que ofuscaba tanto su mente?

Corrió tras ella sin verla, sólo orientado por su risa, por su olor. Hubo otros encuentros y otras huidas. Orna era infatigable y astuta como las fuerzas de la naturaleza. La mano de Teles se cerró al fin sobre un brazo; tiró con fuerza. Orna lo mordió en la mano, quizá no demasiado fuerte; no la soltó. Con el brazo libre, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí, suave, pero firmemente. Puso todos sus músculos en tensión; cualquier golpe o mordida de ella sería ahora ineficaz. Todavía Orna se resistía, con esa dulce manera de no resistirse; cayeron sobre un lecho de hojas secas y olorosas.

Sintió el tonto orgullo viril de haber triunfado sobre la hembra; pero sabía que quien había triunfado realmente era ella, no Orna, sino aquella parte misteriosa de su ser femenino que ella tampoco gobernaba, y contra la cual aún se resistía. Pero estas consideraciones no estaban en la cabeza de Teles; estaban fuera, sobrevolando sus actos, como una nubecilla maliciosa.

Orna cesó de resistirse; gemía casi imperceptiblemente. Lo abrazó, le ofreció sus labios.

Teles la sujetó con firmeza, jadeando de placer, haciendo presión con su cuerpo, hasta que ella dejó escapar un aullido y un suspiro.

¡Cuántas tonterías había pensado!

La Elipse había venido para traerle aquella cosa deliciosa; la había puesto a su lado para que él, el tonto Teles, la disfrutara. Sí, era un tonto; sólo a un tonto podría habersele ocurrido que Orna fuese mala, que la Elipse fuese mala.

Teles saltó y gritó:

—¡Borles, Bímer, vengan a disfrutar de la Elipse!

Oyó una siniestra carcajada. Vio el rostro de Bumis entre el follaje verde y azul, entre las enredaderas de flores minúsculas y multicolores. Una piedra le golpeó la cabeza. Orna se incorporó y se alejó silenciosamente, cuando estuvo suficientemente lejos de él comenzó a reírse. ¡Quién sabe si se alegraba de volver a ser Orna! Pero Teles, mucho antes de escuchar su risa adivinó su ausencia. Se volvió sobresaltado, buscándola. No estaba!

—¡Orna, Orna!

Mientras oía, como respuesta, la risa de ella en la distancia, Larte dijo, detrás de él:

—Nunca te cansarás de ser tonto. Orna no volverá más. ¿Por qué tendría que volver? Escucha: los tres nos vamos al desierto, y tú no te atreverás a seguirla.

Teles trató de agarrarlo, pero sus brazos se cerraron en el aire, y la cabeza de Larte, dura como una roca, lo golpeó en el estómago. Desde el suelo, aturdido por el dolor, vio borrosamente el rostro de Orna, mirándolo otra vez como ella solía mirar antes. Luego el rostro de ella se le acercó más; su boca se abrió y lo escupió; le hizo muecas estirándose los labios con los dedos y sacándole la lengua. Teles extendió torpemente el brazo y tocó sus muslos. Orna se paró exactamente sobre su cabeza abriendo las piernas. La mano de Teles se movió, buscando hacia arriba entre sus blancos muslos; ella entonces le golpeó la mano y se alejó riendo.

Bumis se inclinó hacia él y le dijo:

—Es cierto lo que dice Larte. Nunca te cansarás de ser tonto.

Teles pataleó a ciegas y logró alcanzar a Bumis en alguna parte. Trató de levantarse, pero sintió que se le nublaba la vista. Se dobló bruscamente y vomitó un poco. Buscó a tientas el arroyo y sumergió la cabeza.

Luego se tendió sobre la hierba y dejó que el viento despejara su cabeza.

Teles avanzó por el valle con la mente llena de pensamientos confusos. La Elipse podía ser en un momento mala y en otro buena. Orna y sus hermanos, ¿estaban realmente atacados por el nuevo símbolo? Tenía que ser. ¿De dónde, si no, venía toda la maldad de ellos? ¿Cómo Orna, siendo mala, lo había hecho gozar tanto? Después de todo, ¿qué era lo bueno y qué era lo malo? ¿Lo sabría alguien con certeza? Él ya no lo sabía; no sabía absolutamente nada. Miró hacia adelante; vio las naves enormes e inmóviles entre la niebla de sus ojos y de sus confusiones, como otros dos ojos vacíos, inexpresivos, pero quizás perversos; y se dijo que allí debía estar la respuesta, aunque ya no estaba seguro de que existiesen, en verdad, respuestas a ninguna pregunta.

3

Los ames

Catal era el jefe de aquellos hombres. Mirando su rostro, Teles sentía desaparecer sus temores. Ellos eran ames, y se hacían llamar a sí mismo «señores de la Elipse». Pero éstas eran cosas raras que entraban y se arremolinaban en la mente de Teles, dejándole un confuso rumor en la cabeza que lo acompañaba hasta en sueños.

Espacios, **otros** espacios, «otros mundos», otra **raza**... La **raza** de los ames. Sí, venían de otra parte; de algún lugar remoto del desierto, o del mar... ¿O acaso del cielo? Bueno, lo cierto era que venían de esas naves.

Para Catal, Teles debía ser —por definirlo de alguna manera— un «enviado». Creyó, pues, que era su deber darle algunas explicaciones; y, sobre todo justificar su presencia allí; aunque pronto se dio cuenta de que Teles no quería precisamente, ni necesitaba, ese tipo de explicaciones; su

mente se esforzaba por indagar alguna oscura cuestión que estaba fuera de la comprensión de los ames. No era fácil para Catal mantenerse a tono con la conversación de Teles; su lenguaje era bastante confuso, aunque elemental y directo. La paradoja, es decir, la paradoja como instrumento del entendimiento, estaba fuera de la lógica sencilla del ambarino. Por otra parte, pronto Catal comprendió que en aquel planeta no existía ningún orden social, por rudimentario que fuera, ni tenían ellos la menor idea de lo que eso significaba. La historia de Teles llegaba hasta su padre: era ésa toda la historia que conocía o recordaba, salvo otros particulares que le habían llegado por referencia y que almacenaba de manera caótica en su memoria. Así, el jefe de los ames tuvo algunos datos dispersos, pero los suficientes como para conjeturar que aquellos seres debían ser descendientes de una raza, venida de otros espacios, que colonizó el planeta. Probablemente, alguna gran catástrofe había dejado a esos seres completamente desvinculados de sus ascendientes; algún fenómeno de naturaleza desconocida y singulares efectos, algo no sólo físico, sino de carácter psicológico.

¿Qué más podría aclararle Teles? Se refería a las flores gigantes del desierto como si el solo hecho de que existiesen tales flores lo explicara todo. En cierta medida, Catal no había pasado por alto este detalle.

Desde arriba, aquellas flores habían centelleado como el centro, el ojo del símbolo de Ámbar; y la representación convencional de ese símbolo era la Esfera. Catal había decidido, pues, descender en un lugar lo más alejado posible de las flores. Temía a las plantas, esto era cierto; lo que era incierto era el porqué. Indudablemente, no eran plantas de aquel mundo.

Teles miraba su amable rostro, y miraba detrás, en la distancia, las dos enormes y blancas naves. Parecían estar verdaderamente allí, pero su mente le decía que eran inalcanzables, que todo intento de acercarse a ellas, de tocarlas, sería inútil. Desviaba la vista y volvía a mirar el rostro de Catal, y eso era como un punto de apoyo en el vacío, algo con lo cual, de alguna manera, podía identificarse. De todos modos, no resistía estar mucho tiempo en la proximidad de los ames y sus máquinas voladoras, de todo aquello que, bajo diversas formas y colores, se movía silenciosamente a su alrededor. Catal había llegado a tomarle cariño; no era precisamente un «salvaje»; pertenecía a una raza de muy remoto origen y a una civilización muy

desarrollada para serlo. La cesura entre él y sus ascendientes era demasiado brusca y demasiado reciente, y su estado actual, consideraba el jefe de los ames, no podía significar un «retroceso», sino más bien, algo así como un cambio de vía, de imprevisibles resultados.

Teles regresaba siempre a la casa donde estaban encerrados Bímer y Borles, y por el camino, soñaba con encontrar a Orna, aunque tuviese que sufrir a sus hermanos, aunque tuviese que sufrir la propia crueldad de ella a cambio de sus placeres.

Borles y su padre se negaban a abandonar el encierro, y Teles debía, para satisfacer su curiosidad temerosa, contarle todo sin omitir el menor detalle, y a veces repetir su relato más de una vez.

Pero nada los calmaba.

Teles se iba dejándolos más intranquilos y atemorizados que nunca.

Catal había dado órdenes a sus hombres de no apartarse demasiado de la base para no atemorizar a los ambarinos. Su trabajo, después de todo, estaba allí; y era un trabajo bastante sencillo, al menos tan sencillo como los «señores de la Elipse» podían entender que lo fuese. Las rutas entre las grandes estrellas azules podían tener en aquel sitio una buena estación, sobre todo si se pasaba de los proyectos a los hechos, para alcanzar, tres generaciones adelante, la Séptima Constelación: el gran Sueño de la Elipse.

Lo otro, la convivencia en aquel planeta y las formulaciones convencionales que tal convivencia suponía, vendría con el tiempo. No era un asunto complicado; y, además, sobre tales cuestiones tenían suficiente experiencia en el trato con otras razas como para asegurar que sería una simple rutina. Por otra parte, el universo no tenía dueños; si hoy los ambarinos no entenderían esto, no había por qué preocuparse, ya lo entenderían mañana. Los límites y fronteras estaban realmente en otro lugar, en el gran misterio de los símbolos y en las leyes que regían el cosmos: misterios y leyes que si bien ellos, los «señores de la Elipse», no habían logrado todavía desentrañar, no podían por eso suponer que eran fatalmente indescifrables.

Sobre esto último, Catal había tenido una curiosa revelación; una especie de sueño de la vigilia. Debía, pues, antes de hacer sus proyectos, averiguar algo sobre las tres flores gigantes del desierto; es decir, sobre la naturaleza del símbolo de la Esfera. Debía ir solo, desarmado y a pie; y sobre este «capricho» no había dado a sus hombres razones convincentes. Los navegantes de la Elipse se mostraron preocupados, pero no se atrevieron a contradecirlo. Sin embargo, apenas había partido se reunieron y acordaron enviar un grupo armado para protegerlo en caso de peligro; después de todo, la autoridad de Catal radicaba, no en su jerarquía, sino precisamente en su extraordinaria capacidad de comprensión y análisis. Su cabeza era, pues, demasiado preciosa como para correr el menor riesgo.

El grupo que debía seguirlo estaba constituido por cuatro hombres; y ni uno solo de ellos regresó sano a la base. Doce horas más tarde fueron recogidos, dispersos y delirantes, por otro grupo de rescate que se organizó rápidamente.

¿Qué había sido, pues, de Catal?

Ante lo inevitable, tenían los ames una asombrosa serenidad; pero hasta que ese límite no se alcanzara, sus esfuerzos por vencer y dominar las dificultades eran también asombrosos. Los instrumentos que les habían permitido navegar entre las estrellas, en la inmensidad del cosmos, en los ámbitos de la Sexta Constelación, parecían ser aquí, de pronto, totalmente inútiles para localizar a un simple hombre en una planicie de arenas. Sin embargo, ahí debía estar el secreto de la rara decisión de Catal: ir solo y a pie.

Al día siguiente, en dos grupos, los hombres tomaron el camino del desierto; pero esta vez dieron un largo rodeo para no enfrentarse a las flores, tal como suponían que lo había hecho su jefe. Caminaron en silencio toda esa mañana y parte de la tarde. Si el deseo, cada vez más apremiante, de regresar a la base, estaba en todos y cada uno de ellos, también en todos y cada uno de ellos estaba el deseo de salvar a Catal... si es que todavía estaba vivo. Aquella travesía no fue fácil; días más tardes les resultaría imposible recordar los extraños fenómenos psicológicos que se habían interpuesto entre su voluntad y su instinto, de la misma manera que a veces resulta imposible revivir en la mente las angustias y las mortificaciones de una pesadilla. Catal estaba inconsciente, dormido o ausente de sí mismo. Todo aquel tiempo había

permanecido allí, al pie de esa colina, donde lo encontraron sus hombres. Del otro lado veíanse apenas las corolas estremecidas de las flores, de un rojo intenso, envueltas en el vaho tenue, eléctrico, del abismo, como un animal en tensión, exhalando el olor de su fuerza o de su miedo.

A pesar de todos los esfuerzos de su voluntad, Catal no había logrado escalar la colina y enfrentarse a las flores; sentía por encima de su cabeza la energía voraz de las plantas. Ni siquiera advirtió la presencia de sus hombres.

Nadie se atrevió luego a hacer un solo comentario. La experiencia hizo pensar a Catal que había en las flores algo más que una oposición de símbolos, pues ellas poseían el mismo que regía en el planeta y éste no había obrado de manera tan violenta sobre la Elipse. Los hombres atacados por las flores se recuperaban rápidamente al amparo de las naves y de su propio símbolo.

En realidad, el jefe de los ames no había confiado demasiado en sí mismo, en aquello que se hallaba, desde la llegada, escondido en lo más hondo de su mente advirtiéndole el peligro, diciéndole: «¡Aléjate!»

3

La flor y la Elipse

Los días transcurrieron: Los hombres no habían querido hablarle de ciertas cosas. Pensaba que era algo pasajero, algo que con el tiempo sería asimilado por ellos y destruido. Sin embargo, con el paso de los días ese algo iba tornándose más angustioso y difícil de definir. Pero Catal no parecía preocupado, o no quería parecerlo. Acaso estaba dejando en manos de ellos algo que no era propio de su discernimiento, como si tratara de ponerlos a prueba o culminar en ellos el proceso que se había iniciado en él. La orden de partida hubiese sido muy sencilla en el caso de que Catal estuviese absolutamente convencido de que sus hombres, por sí mismos, comprendían la situación. La prisa del hombre no contaba frente a la infinita paciencia del

cosmos. Por parte, Catal sabía que los hombres querían hablarle, y que si no lo habían hecho era porque todavía el asunto no había madurado en sus cabezas, y él no era nadie para forzar los acontecimientos; sobre esto nunca podría decirse que no había obrado con suficiente tacto.

El hombre se detuvo, vio los ojos de Catal fijos en él, pero no había en aquellos ojos más que una amable atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó Catal con sosegada voz.

El hombre, de pronto, no supo explicarse.

Catal miró hacia la base, y luego volvió a mirar al hombre tranquilamente. Nada apremiante notó el hombre en esa mirada. Se sintió ligeramente irritado consigo mismo.

Catal sonrió y lo tomó por un brazo. Caminaron en silencio sobre la menuda hierba salpicada de arenas, como si estuviesen paseando. Cuando rebasaron los límites de la base y se hallaron en lo alto de una colina, Catal se detuvo.

En la distancia, más allá de las formaciones de cuarzo que relampagueaban a la luz del sol, estaban las flores. El hombre temió por un momento que el jefe continuara avanzando; pero Catal se volvió hacia él con toda la cabeza alerta, como quien trata de escuchar algo inaudible en medio del silencio. El desierto se extendía áspero, sin pájaros ni reptiles, bajo el cielo tormentoso penetrado por anchos haces de luz cegadora. Tal vez Catal lo sabía todo; tal vez, incluso, tenía una explicación. ¿Por qué no lo ayudaba?

—Catal —casi suplicó—, tratamos de hacer las cosas lo mejor posible.

Esperó sus palabras, pero el jefe no habló; ni siquiera dio muestras de estar dispuesto a hacerlo. Su rostro había perdido aquella atenta expresión; seguía siendo amable, pero totalmente impenetrable.

El hombre respiró hondo.

Miró furtivamente hacia las formaciones de cuarzo tras las cuales se ocultaban las flores, allá lejos, muy lejos en la distancia, al borde del horizonte, en la planicie muerta y quemada; se le antojó un inmenso cementerio lleno de cadáveres, de momias sepultadas e irascibles, el gran

cementerio del universo al que iban a dar todos los despojos calcinados y violentos, perversos, intratables y antiguos de los planetas.

Cerró los ojos. De pronto, oyó al fin la voz de su jefe.

Sintió como si un dedo, a medida que le hablaba, fuese recorriendo su corteza cerebral y haciendo presión en determinados puntos. Los ojos de Catal estudiaban su rostro. En la oquedad inmensa y borrascosa, fría pero llena de vida de aquellas pupilas, una llamita estremecida alumbró repentinamente: una melodía venía desde remotos parajes, entre las tinieblas de los tiempos, dejándose oír a medida que avanzaba a través de las pupilas de Catal. Ahora surgía en la memoria del hombre la imagen de la flor, completa, desde sus raíces, asociada a otros recuerdos brillantes y fugaces.

La melodía se unió a una voz humana de angustioso timbre, casi como un lamento interminable. No supo si deseaba alejarse o dejarse atrapar y correr tras el recuerdo. La novedosa familiaridad de la flor, del símbolo de la esfera, penetró en la tragedia original de la Elipse, en el mundo primordial de los ames.

El hombre, lentamente, fue alzando los brazos, y sus manos, instintivamente, cubrieron sus oídos.

Catal desvió la vista; observó cómo el viento arrastraba los granos de arena, y una hoja azul y fósil, enroscada en espiral, rodaba hacia sus pies. El silencio era tal en ese instante, que Catal creyó escuchar el susurro de los lejanos pétalos gigantes mecidos por la brisa... El otro logró abrir los ojos y miró asombrado alrededor.

—Es exactamente lo que **habíamos** pensado —dijo Catal.

En verdad, los relámpagos de la llegada no podían haber sido tomados como una evidencia; sin embargo, en ese momento, adquirirían una gran significación.

Catal guardó silencio un instante.

Un rayo de luz tocó la colina, y la niebla, abajo, entre sus pies, huyó rápidamente; de pronto era ése el único rayo que salía de entre las nubes, como un haz de luz proyectado hacia ellos con el propósito de señalarlos.

Catal se volvió hacia su compañero; su mirada volvió a ser amable y atenta: algo desmesurado se movía en la vastedad insondable de su mente.

Comenzó a hablar sin que sus palabras dejaran traslucir ninguna inquietud, como si comentara algo con lo cual ellos no tuviesen nada que ver.

La Elipse había sido siempre para ellos un símbolo auténtico, y sus orígenes estaban muy claros. Una sonrisa divertida cruzó por los labios del jefe: el orgullo del hombre todavía debía recibir muchos reveses. La imagen inexacta creada por la ética de los ames sobre el origen de su símbolo, se venía ahora abajo..., porque tras ese supuesto origen, había algo más.

La flor, el símbolo de la esfera, había tocado el mundo de los ames en el más remoto e inimaginable pasado, y la Elipse era el fruto de ese encuentro, su verdadero origen; pero algo muy terrible debió ocurrir entonces para perdurar de ese modo a través de los tiempos. La flor los rechazaba y los atraía con una violencia que ellos no eran capaces de resistir. Catal no dudaba que, algún día, en el futuro, estuviesen en condiciones de destruir esas barreras psicológicas y penetrar en el misterio. El hombre se sintió sobrecogido ante su jefe, y guardó silencio. Miró entonces hacia el desierto, y en tres puntos distantes entre sí, en la distancia, a través de la niebla de la tarde que subía de las arenas, le pareció ver tres largos hilos de plata que se entrelazaban veloces.

Luego, un poco más tarde, oyó el rugido del trueno.

5

Se iban, anunció Teles; pero ni Borles ni Bímer se atrevieron a asomarse ni siquiera a la puerta.

Catal había hablado largamente con él, pero esa conversación estaba tan llena de frases incomprensibles que Teles no pudo recordarla; sólo sabía que habían decidido irse por algo.

—¿Algo? —dijo Borles—. ¿Así, sin más?

—Así —dijo Teles con desaliento.

Borles se revolvió en la oscuridad.

—Es un engaño —dijo—. ¿No te pareces demasiado a Jalno? El también intentaba cosas; sobre todo, cosas para ponerlo a uno en peligro, exactamente igual que tú. Bueno, después de todo, era el padre de tu padre. ¡Fuera, Ratón,

Arcanoé! ¡Fuera, Etrusco! Eso debes ser; un Etrusco. ¡Fuera y avisa! Cuídate de engañarme...

—Se fueron —dijo Teles golpeando la puerta—. ¿No escucharon los ruidos?

Bímer gritó que no habían oído nada, que nunca había habido tanto silencio como entonces.

—¿Y los relámpagos? —insistió Teles.

—¿Qué relámpagos? —dijo Borles—. No hemos oído ningún ruido ni visto ningún maldito relámpago. ¡Cómo íbamos a verlo!

—El caso es que se van —dijo Teles.

—¿Se van o se fueron?

—Están en eso.

—Tal vez sea cierto —dijo Borles—. Tal vez... ¿Dices que se van de verdad? ¡Recuerda que yo un día puedo salir de aquí!

«Es inútil», pensó Teles. Pero él lo había visto: las casas desaparecían, una tras otra, no sabía cómo. Probablemente dentro de las naves; las metían allí dentro.

—¡Engaño! —gritó Borles desde la oscuridad—. ¿Cómo pueden ocurrir esas cosas?

—Es como te digo —aseguraba Teles—. Las metían dentro de las naves; aunque no recuerdo haber visto a nadie haciéndolo.

—¡Engaño! ¿Cómo puede hacerse una cosa sin hacerse? ¿Has oído tú algo semejante, Bímer? Seguramente no. Es la cabeza de Jalno que piensa por él. Estoy rodeado de gente que inventa cosas, que las inventa por el puro gusto de inventarlas. ¿Me oyes, Ratón?

Pero ya Teles no se irritaba con sus gritos. Tenía otras cosas en la cabeza. Pensaba en Orna y en la Elipse. El rostro de ella aparecía a veces en su memoria y lo hacía sufrir, veía sus cabellos, todo su cuerpo pálido, la boca... ¡La boca de Orna! Sentía deseos de gritar. Luego se calmaba; se reprochaba; la recordaba perversa, los ojos malignos, la risa cruel y burlona. Larte y Bumis. Sí, ¡odiarla! Pero era inútil, imaginar una sola de sus caricias bastaba. Todo lo que se movía o permanecía quieto a su alrededor le recordaba a Orna. Si la Elipse partía, ¿no perdería a Orna para siempre? Ella y la Elipse eran una y la misma cosa. La Orna de ahora era Orna por la Elipse. Antes de

la llegada de los ames, Orna era simplemente Orna, la hija de Borles, con sus dos hermanos desagradables y ella también desagradable, sin olores, pequeña, con boca para comer y gritar, que cruzaba junto a él y él ni la veía ni le importaba verla o no. Y ahora, ¿en qué se había convertido Orna? ¿Por qué era tan inmensa, tan irresistiblemente hermosa y llena de olores? Sí, la Elipse sin duda.

Teles volvió a la base de Catal; una tormenta lo sorprendió en el camino y fue a refugiarse bajo unas rocas. Cuando la tormenta paso, se dirigió apresuradamente hacia donde estaban las naves. Pero allí ya no había naves, ni rastro de aquellos hombres, parecía como si nunca hubiesen estado allí, todo estaba intacto: la hierba húmeda entre la arena y los terrenos negros cubiertos aquí y allá de musgo; las piedras no removidas, blanqueadas arriba por el sol, abajo manchadas por la humedad; los largos y resechos tallos de antiguas plantas, erectos, llenos de polvo como si nada nunca los hubiera tocado. Ni una huella, ni una insignificante depresión en la tierra. ¡Nada! Alzó la vista; sólo el cielo gris y espeso, y quizá un temblor entre las nubes. Se habían ido, o nunca habían estado allí, en definitiva era lo mismo: no había Elipse.

Teles caminó en silencio. Se sentía más ligero, pero no podía decir si se sentía por eso mejor o peor.

«Todo terminó», se dijo.

De regreso a la casa de su padre, se encontró el lecho de hojas secas donde gozara tanto con Orna. Se tendió allí un momento, extasiado. Empezó a pensar en ella, pensó tanto, la vio tan claramente, a su lado, la sintió tan real en sus brazos, que saltó gritando, oprimiéndose abajo, con las manos, entre las piernas. El aire olía a Orna. Respiró hondo; tosió y se maldijo. «Orna es el mundo; el mundo es de Orna.» Todo lo demás era un sueño.

«Los tres nos vamos ahora al desierto», recordó: Sí, Larte se la había llevado; Larte y también ese odioso Bumis. «Orna no volverá más.» ¿Quién era él para asegurarlo? Si se habían ido al desierto, él también iría al desierto, y si Orna estuviera en el abismo, él iría y se metería allí. «No te atreverás a seguirla.» ¿Que no se atrevería? Buscó en el follaje. Una rama larga, muy larga. La blandió un momento con satisfacción. Iba pensando: «Con esta rama tan larga la cabeza de Larte nunca estará segura.» Se detuvo después de

andar un largo trecho. ¿Iba realmente al desierto? A lo mejor Orna no estaba allí y Larte sólo había pretendido engañarlo. «Nunca te cansarás de ser tonto», eso había dicho Larte; por algo lo había dicho. Pero si no estaba allí, ¿dónde podría estar? ¿En el abismo? ¿Qué había ido a buscar ella en el abismo? Era una locura; y después de todo, quizá ya Orna no quería hacerlo gozar más. Se había ido cuando él más la necesitaba, se había burlado de él y había permitido que Larte lo golpeará en el estómago... Desanduvo unos pasos, apresuradamente al principio, luego más despacio, hasta que al fin se detuvo por completo. De nuevo Orna estaba dentro de su cabeza, llenándolo del sueño del recuerdo. De pie con los brazos caídos y la mirada distante, Teles se sentía otra vez desamparado, cumpliendo con acaso la negra voluntad de Orna. Sacudió con fuerza la cabeza, para desprender de su mente el recuerdo de ella, su imagen torturante. Era inútil, él estaba en el mundo, y el mundo **era** Orna.

Pensó que debía avisarle a su padre y también a Borles que las naves, efectivamente, se habían ido. Pero, ¿le creerían? ¿No gritaría Borles: ¡engaño!?. Además, ¿por qué tenía él que ir a avisarles? Si a ellos les gustaba estar encerrados, que se quedaran encerrados; él, Teles, se iba ahora al desierto, a buscar lo único que de verdad era importante en el mundo: ¡Orna!

III Vet

1

Solmes y Arla

Los días le vinieron encima a Teles. Una tarde, al pie de una colina, en los límites del valle, donde comenzaban los grandes bosques, bajo frondosas plantas de jugosas hojas, encontró a un hombre que dijo llamarse Vel; si realmente se llamaba así, era un nombre que en nada le venía bien, pues **vel** quería decir, exactamente «agitado, estremecido». Y Teles no había visto nunca a nadie tan apacible.

El hombre estaba sentado, más bien aplastado sobre la hierba; era gordo, muy gordo, de piel grasienta, brillante.

Lo miró al rostro; era un rostro plácido, tan plácido que daba sueño mirarlo. No recordaba en toda su vida haber visto un rostro igual. Parecía feliz, pero era sencillamente indiferente a todo, tal vez excepto a comer y a ese propio estado de laxitud en que se hallaba.

A Teles le costó un gran esfuerzo hacerle pronunciar su nombre; dijo: «V... e... l...», y se quedó como masticando el último sonido. Teles pensó que debía estar así, en esa misma posición, hacía muchísimo tiempo, porque parecía como enterrado sin estarlo, como si estuviese sembrado allí, echando profundas raíces, y el polvo, la arena finísima que vuela con el viento, había caído sobre él y se acumulaba entre las piernas cruzadas, sobre los hombros y la cabeza.

Durante el tiempo que Teles permaneció a su lado, no lo vio nunca levantarse o cambiar de posición; sólo regularmente alzaba con esfuerzo uno de sus brazos, siempre el mismo brazo; cerraba la mano sobre uno de los enormes gajos de las plantas y, dejando caer el brazo por su propio peso, hacía bajar el gajo y comía, despacio, tanto que podría pasarse toda una tarde masticando unas hojas. Teles imaginó que cuando terminó con las plantas se vería forzado a trasladarse de lugar o morir de hambre, pero luego miró las plantas y los gajos innumerables que colgaban sobre él, y pensó que en el tiempo que él podría tomarse en consumir un gajo completo, nacerían dos o tres nuevos, de manera que podía permanecer allí indefinidamente.

Teles cabeceó varias veces mirándolo; esa imagen mataba toda ilusión de vida y movimiento. Era casi la quietud absoluta, la eternidad, el sueño de la muerte. Era difícil moverse ante aquel hombre, hablar o tan siquiera pensar. Sacudió la cabeza; se sintió atemorizado; tal vez aquello era una trampa. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para romper el sortilegio y hacer o decir algo. Le preguntó si no había visto pasar por allí a Orna. Se la describió cuidadosamente, y terminó por excitarse con su descripción, y unas lágrimas ardientes le rodaron por las mejillas. Probablemente nadie reconocería a Orna por la imagen enloquecida que él podía dar de ella. Le habló entonces de Larte y de Bumis, sus odiosos hermanos.

El hombre lo miraba, saboreando las hojas, con sus ojos vacíos y plácidos; parecía sonreír con alguna parte de su rostro, pero era imposible saber qué parte. Era una ilusión. A lo mejor ni lo escuchaba. Tenía las manos sobre las piernas, completamente relajadas, las palmas vueltas hacia arriba, una de ellas llena de polvo, la del brazo que no movía para alcanzar el gajo.

Teles fue vencido por el sueño, y durmió a su lado esa noche. Era aquel un lugar bien abrigado contra los fríos vientos nocturnos, como lo era de día contra los rayos del sol. Cuando despertó, el hombre, el «agitado», estaba allí en la misma posición, saboreando las hojas. Trató de hablar nuevamente con él mientras comía también de aquella planta dulce y jugosa. Volvió a describirle a Orna, gozándose en su propia tortura, y la vio tendida en la hierba, moviéndose hacia un lado y hacia otro, como para que él pudiera apreciarla en toda su maravillosa hermosura. Un gran calor le subió por las piernas y le estalló en lágrimas. Gritó. Sentía la urgencia de moverse, de

hablar en alta voz, de dar gritos y gesticular como un loco. Pero la quietud del hombre era invencible, y su placidez estaba más allá de todas las angustias e inquietudes humanas.

Teles hizo un movimiento para irse; pero un repentino rencor contra aquella criatura lo obligó a hostigarlo con preguntas... ¿No había visto a Orna cruzar por allí? ¿No había visto ni oído a dos seres desagradables y ruidosos llamados Larte y Bumis? Esperó. Repitió dos veces las mismas preguntas. Después de un tiempo incalculable, el hombre dijo: «No... o... »

Teles continuó su camino, y un día descubrió que se había extraviado en los intrincados bosques.

Sentado una mañana en las márgenes de un arroyo, bebiendo, un hombre y una mujer vinieron hasta él. Parecían irritados, irritados y perplejos. ¿Qué hacía allí? Teles no comprendía la pregunta, y menos el tono de autoridad de aquel hombre; era como si en realidad él hubiese entrado en un lugar prohibido, que tenía ya sus dueños y amos; como si él fuera un intruso y aquel hombre tuviera el derecho de indagar y decidir si podía o no entrar en sus dominios...

Debía ser un sueño, o había interpretado mal a los recién llegados. Después de todo su cabeza no andaba muy bien. Sonrió y se levantó. Dijo entonces que iba en busca de Orna.

El hombre y la mujer se miraron; alguna oscura inteligencia había entre ellos. ¿Quién era esa Orna? Teles trató de vencer su turbación; se la describió de alguna manera, como evitando pensar en ella. Preguntó si la habían visto por allí acompañada por sus hermanos, uno llamado Larte el otro Bumis.

—Los tres hacen mucho ruido —dijo—. Es fácil identificarlos; uno nunca los olvida.

El hombre hizo una mueca, escupió sobre las aguas. Luego dijo llamarse Solmes; la mujer se llamaba Arla.

«Solmes y Arla...», trató de recordar Teles, pero Solmes y la mujer interrumpieron sus recuerdos moviéndose inquietos. Teles habló entonces del hombre que había conocido, el hombre inmóvil al pie de la colina.

El rostro de Solmes estaba exasperado y lleno de impaciencia. Dijo con una mueca de repugnancia:

—Ése es Vet.

Teles recordó el nombre que le había dicho el otro.

—Recuerdo que me dijo Vel.

—Es Vet —dijo Solmes; la mujer no hablaba, solamente miraba a Teles con fijeza insoportable—. Está muerto o vivo, ¡no sé! Es mi hermano. Mi padre se llamaba Gorse y se murió...

—Entonces ese Vet... —empezó Teles
Solmes casi gritó:

—¿A quién, por fin, dices que buscas?

Teles comenzaba a ver clara la situación; pero ya no le importaba mucho la irritación de los otros. Ignoró la pregunta del hombre y le dijo que él era Teles, el hijo de Bímer.

El hombre volvió a escupir sobre las aguas; lo miró un rato a los ojos. Ahora parecía cansado y estaba como esperando que Teles se fuera.

—¿Quién es ese Bímer?

—Bímer es mi padre...

Hizo una pausa; Arla no dejaba de mirarlo.

—Jalno —agregó— era el padre de Bímer; o sea, mi abuelo.

«Jalno», pensó Solmes durante un instante, y luego se irritó consigo mismo.

—¿Jalno?

—Jalno —explicó Teles— era hermano de Gorse; el tío de ustedes. Y si Jalno era el padre de mi padre...

—¿Y bien? —gritó Solmes. Luego se quedó con los brazos colgando y las manos ligeramente crispadas.

La mujer Arla hizo un gesto violento y se alejó pisando con fuerza. Teles se sorprendió de tener tales parientes.

—Ese Vet —dijo obstinadamente— es entonces primo de mi padre como ustedes.

—No es ningún gran descubrimiento. Que yo sepa, no tengo parientes — lo miró con odio y agregó, poniendo mucho peso en sus palabras—: **no quiero tenerlos**. Con eso el asunto está liquidado

Teles sintió algo extraño en su cabeza, algo que jamás había experimentado. Tan confundido estaba que preguntó:

—¿Y en cuanto a Orna?

Solmes abrió los ojos. Estaba acostumbrado a ser obedecido con una sola palabra, con un solo gesto. Estaba acostumbrado, incluso, a que se adivinaran sus deseos; y la rara conducta de Teles lo ofuscó.

—¿Cómo? —preguntó fuera de sí. Le lanzó a Teles una mirada hostil, llena de un odio verdaderamente maligno. Pero en aquellas pupilas Teles descubrió que había, también, un incomprensible miedo.

—Preguntaba por Orna —dijo Teles en un susurro.

—Nunca ha cruzado nadie por aquí —gritó Solmes alejándose, pisando con fuerza, exactamente igual que la mujer.

Teles oyó lejanas voces de niño. No se movió.

El hombre se detuvo y se volvió mirándolo con asombro. ¿Es que no se iba?

Teles se alejó de allí rápidamente.

Caminó sin rumbo entre los bosques, llena de ruidos y sensaciones extrañas la cabeza. Bien, el mundo no parecía ser como él se lo imaginara. Había cosas que él podía o no podía entender, pero que eran reales. Orna y sus odiosos hermanos **eran reales**. En cambio, Solmes y Arla estaban más allá de la realidad. Su conducta era algo que, desde el punto de vista humano, superaba el misterio del curioso proceder de los símbolos, pues los símbolos actuaban de acuerdo con ciertas leyes que, si bien él ignoraba, no dejaban por eso de existir.

2

Después de muchísimos días de errar por los bosques, Teles se encontró nuevamente en aquella colina donde había visto al hombre inmóvil.

Descendió con cautela, acaso para sorprender a Vet en alguna intimidad, en algo que no fuese estar sentado y masticar hojas. Pero era una locura pensarlo siquiera. Vet estaba allí, en la misma posición, con la boca llena de hojas.

Teles se sentó a su lado y se puso a observarlo.

En todo lo que Vet constituía, no hubo un solo signo que evidenciara atención hacia Teles o hacia ninguna cosa en el mundo excepto a esas hojas que tenía en la boca.

Sin embargo, pensó Teles, estaba ahí sentado, inmóvil y ausente por alguna razón que él ignoraba, que tal vez jamás supiese; pero estaba. Podía señalarlo y decir: «Éste es Vet», esto es Vet, un fenómeno raro, algo increíble, pero real; existiendo ahí, en su modo y en su insólita manera de existir. No, no era como Solmes y Arla; nada, nadie en el mundo era como ellos.

Sacudió la cabeza, y miró a Vet.

—Te llamas Vet —le dijo.

El hombre siguió saboreando las hojas, y el jugo verde mezclado con saliva hacía espuma en la comisura de sus labios y goteaba sobre su vientre voluminoso.

—Te llamas **Vet** y no **Vel**. Eres hijo de Gorse y hermano de Solmes y Arla. Gorse era hermano de Jalno, el padre de Bímer y Beres. Y yo, Teles, soy hijo de Bímer; de manera que estamos emparentados. ¿Comprendes?

Teles cogió algunas hojas y comenzó a masticarlas; estaba esperando alguna reacción por parte de Vet.

—¡Vet!

Entre él y aquel hombre estaba el silencio de los siglos, de los astros en el cielo.

—Responde, Vet.

Hubo otro largo silencio. Al fin, Vet dijo con voz pastosa:

—Debe... ser...

Teles continuó comiendo de la planta, sin dejar de mirarlo, y el hombre pareció olvidarse de él; su rostro se relajó aún más, casi se licuó.

Mirándolo, Teles se quedó dormido.

Al despertar era completamente de noche, y los astros brillaban alegremente en el cielo negro, despejado de símbolos.

Un aroma dulzón salía de los bosques; hacía frío. Teles se sentía fatigado a pesar de haber dormido una buena parte del día. Había caminado mucho, había dado vueltas y más vueltas entre los bosques. Hacía ya meses que

estaba en esa parte del mundo, y temía seguir caminando y volver a extraviarse; pero sobre todo temía volver a encontrarse con Solmes y Arla.

Sacudió a Vet por los hombros; era una masa inerte, pesada. Vet lo miró con el rabillo del ojo, con una chispa de asombro, e inmediatamente regresó la placidez a su semblante.

—¿Cómo puedo llegar hasta el desierto?

Vet no contestó; estaba otra vez encerrado en sí mismo, y probablemente ni en sí mismo pensaba. Dejó, incluso, de saborear las hojas; se olvidó de ellas; flotaba; no estaba en ninguna parte.

Teles se arrodilló a su lado, miró fijamente sus pupilas, transparentes como dos gotas de agua limpia.

Se sintió de pronto furioso, con deseos de golpearlo. Lo sacudió con fuerza gritándole:

—¡Si no respondes no te dejaré tranquilo nunca!

El rostro de Vet, al fin, se contrajo ligeramente. Algo parecido a una súplica asomó a sus ojos.

—¿Por qué no te mueves? ¡Vet!

Vet se deslizaba hacia su estado anterior, pero vio las manos de Teles moviéndose amenazadoras. Volvió a suplicar con los ojos. Su frente ahora comenzaba a cubrirse de pequeñísimas gotas de sudor. Teles repitió la pregunta con voz fría e implacable.

Vet estuvo un momento con los ojos muy abiertos, goteándole el sudor de la frente; parecía estar realizando el mayor esfuerzo de su vida.

Dijo:

—No... s... é...

Teles se inclinó hacia él.

—No entiendo lo que dices. ¿Por qué estás así? ¿Por qué no te mueves?

Vet estaba totalmente cubierto de sudor.

—No sé... —logró decir—. Un... día...

Se calló; se le relajó el rostro. Teles lo tocó simplemente en el hombro. Continuó:

—Un... día me... s...enté aquí...

Cerró la boca. Teles lo dejó descansar un momento. Al rato descubrió que Vet estaba saboreando la pasta de hojas que tenía en la boca. Lo tocó; Vet

cerró los ojos y cuando los abrió, las lágrimas corrieron por sus mejillas dejando unos surcos en el polvo de la cara.

Teles se sentó a su lado sin mirarlo. Bien, pensó, no quería o no podía moverse, y se sentía feliz así. ¿Quién era él para atormentarlo? Pero oyó entonces la voz de Vet, espesa y cansada:

—Nada ha si...do bue...no para mí... Sólo estar... así... así...

Teles estaba conmovido.

—Bien —le dijo—, yo me voy ahora y no te molestaré más. Una sola cosa: señálame, entre todos esos caminos, el camino del desierto... si es que lo sabes. Basta con extender un brazo.

Vet extendió el brazo; fue el movimiento más rápido que Teles le había visto ejecutar. Tomó por el camino señalado y se alejó, presintiendo que no lo había engañado: la tupida madeja de los bosques comenzaba, efectivamente, a despejarse.

La placidez volvía lentamente al rostro de Vet; recordó entonces que tenía hojas en la boca y las saboreó despacio.

3

El Solitario

«Orna». Quizá ya ni deseaba encontrarla; pero seguía caminando. ¿Qué tiempo hacía que la buscaba? No lo recordaba. Mucho, mucho tiempo. Se detuvo, removi6 algunas piedras. Todo estaba seco. Tenía hambre y sed.

Se quedó allí de pie, con indiferencia.

Más tarde, todavía de pie, pensó en el hombre inm6vil y se dijo que tal vez, un día, él también decidiría sentarse y no moverse más. Ahora entendía a Vet. Sí, descansar, olvidarse de todo...

De pronto, el viento sopló sobre su rostro y le trajo el olor de Orna. Se estremeció. Todos aquellos ruidos que venían estaban asociados a ella, a sus hermanos. Pero había también un olor nuevo.

Había, además, dolor y miedo.

Se quedó quieto, lleno de cobardía. La Elipse hacía mucho que había partido y, sin embargo, todo estaba contaminado por ese símbolo para siempre. Antes de la Elipse recordaba que no le había sido difícil separar lo bueno de lo que era malo. Ahora todo venía junto, indivisible. Había que aceptarlo todo o rechazarlo todo... Oyó gritos y se sintió impulsado a correr.

Bumis y Larte lo vieron acercarse; estaban aterrorizados, sudorosos. Orna cubría algo con hojas y arenas, precipitadamente. Cuando llegó al lugar, los tres hermanos huían veloces.

Teles sintió que había pisado algo blando y palpitante; buscó entre las hojas: un llanto de niño, quejumbroso, ahogado, ¡muy triste! Apartó frenéticamente las hojas y la arena. Una manito suave y húmeda se aferró a su dedo.

Levantó el pequeño cuerpo. Un niño, sí, ¡su hijo!

Más tarde, con el niño en brazos, miraba la infinita extensión del desierto. Estaba solo y con un niño que se sentía obligado a proteger y alimentar. El cielo anunciaba tormenta. Buscó abrigo entre las rocas de cuarzo.

El niño no lloró más, ni esa noche ni ninguna otra.

Con los días, Teles llegó a pensar que el niño no era como los otros; los otros lloraban siempre, de día y de noche; y él estaba quieto, mirándolo con una mirada adulta y comprensiva. Teles se inclinaba y veía en el rostro del niño una expresión atormentada, feroz, pero también de paz o de tranquilas diversiones interiores.

Una tarde, el niño contemplaba las flores gigantes del desierto, y Teles lo estaba observando. Notó algo extraño en su frente. Daba la impresión de que su frente volvía ligeramente translúcida y que, bajo la piel, un mundo de visiones asomara tímidamente. El niño nació inclinado hacia las flores, y en ellas se complacía. Teles se sentía desconcertado y temeroso. La frente del niño se abría cada vez más; era un pozo cada día más hondo y luminoso. Estaba ahora convencido que el niño había sido afectado por la Elipse; había nacido de Orna en la cercanía de las naves, con miedo, placer y confusiones.

Teles se sintió desgraciado, atado a aquel niño que era como algo demasiado grande como para que sus brazos pudieran abarcarlo y reprimirlo. Sólo pensó en aislarlo y aislarse él mismo, atacar su mente con un sinfín de superficialidades para bloquear aquella frente desconcertante.

Lo llamó Cásel, que quería decir **el solitario** o **el único**.

El niño Cásel poseía un mundo interior tan vasto que nada parecía afectarlo, ni siquiera el aislamiento a que Teles lo sometía.

En ocasiones, Teles se dedicaba a observarlo. El niño había crecido, y cuando, tal vez por cansancio, cerraba su frente, nada lo diferenciaba entonces de otro niño cualquiera. En tales momentos, hablaban tranquilamente, y había veces que Teles se olvidaba de su frente, y daban juntos un corto paseo. Después, durante la noche, aterrado, Teles se abismaba en las vastedades de su frente, más por curiosidad que por deseo, y veía allí cosas inquietantes que no era capaz de descifrar.

La frente de Cásel era un caos, y Teles temió por su vida y lloró por él. Era triste ver cómo lo que pensaba el niño se reflejaba en su frente prodigiosa; todos sus pensamientos estaban allí, bajo distintas formas, en un torbellino de colores y música que, escapando de él, subían a lo alto y se anunciaban desde lejos. Las arenas, el aire, las aguas, las flores y la luz penetraban al niño y luego se recreaban en su frente. Esto, lo comprendía Teles, era un juego para el niño: jugaba con los elementos de su mundo. Y en ese juego se veían aparecer otros elementos desconocidos, venidos de no se sabía dónde; en ellos, imaginaba Teles, se reflejaba en algo el mundo de los ames.

El niño lo obedecía, esto era cierto, pero Teles sabía que tenía poderes suficientes como para rebelarse y hacer cualquier cosa extraña con él. ¡Qué criatura había traído Orna al mundo!

Cásel, además de los milagros de su frente, asombraba a Teles con sus recuerdos. Por ejemplo, recordaba a Nur B; Teles no había conocido a Nur B; ni siquiera lo había conocido Bímer. Hasta Jalno tenía una idea remota de su padre. Pero el niño también recordaba a Jalno, recordaba frases que había dicho alguna vez Jalno, frases que Bímer y Beres repetían. No sabía si llamar a aquellos recuerdos; lo cierto era que las imágenes venían al niño a través del tiempo, y sentado, con sus grandes ojos tranquilos, le hablaba a Teles, estremeciéndolo.

Teles se sentía fatigado, muy fatigado. Le costaba trabajo moverse; estaba enfermo de tanto sufrir, de tantas noches en vela ante los misterios de lo desconocido. Los dolores de cabeza lo atormentaban; no resistía el sol, y durante las noches la fiebre le calentaba las sienes. Tenía sed constantemente; los labios le sangraban. No deseaba comer, sólo tomar agua y estar tendido, a la sombra, sobre las arenas humedecidas por sus sudores.

Teles murió convencido de que Cásel, su hijo, era un fenómeno único y efímero, producto de un rayo remoto que nada tenía que ver con aquel mundo. Sus ojos, antes de cerrarse para siempre, vieron la figura de su hijo, de pie a su lado, tranquilo, muy tranquilo, y en la frente el rostro de Orna haciéndole muecas.

Segunda parte

CASEL

I Denna

1

Ciudades

La soledad no significaba nada para él; miraba la noche con sus ojos tranquilos y lúcidos. Sobre el cielo, en la placidez de la negrura estrellada, desfilaban los hombres que nunca había visto; y las pequeñas ciudades en los bordes del desierto aparecían flotando como bosquecillos brillantes de colores, como manchas de luz, como islas pálidas entre las doradas arenas o la hierba, entre la niebla... Los hombres estaban allí, en la mente de Cásel (el Solitario), con sus rostros comunes, con sus ojos todos iguales y sus orejas y narices iguales. En realidad, no supo exactamente qué cosa lo impulsó una mañana a vagar por el planeta; pero se encaminaba ahora hacia donde sabía que encontraría a alguno de esos hombres, si es que existían con vida propia más allá de su mente: iba hacia una de las ciudades que estaban, o debían estar según sus sueños, más allá de su mente también; más allá del abismo, donde el mundo dejaba de ser **cásel** para ser otra cosa.

Mientras caminaba, los días y las noches transcurrieron lentamente; el sol salía a sus espaldas y se ponía ante sus ojos, en el horizonte inalcanzable. El abismo no era un sueño, ni un símbolo, sino algo real y terrible; durante más de siete días, mientras bordeaba fascinado aquel abismo, el estruendo de sus profundidades resonó ininterrumpidamente en sus oídos.

Una tarde, cuando aquel estruendo no era más que un lejano murmullo, se le apareció una mujer. Estaba de pie, inclinada ligeramente hacia adelante, bebiendo del agua que manaba de una roca, casi totalmente envuelta por su negra cabellera. Cásel se quedó mirándola. Las criaturas que poblaban su mente no se parecían en absoluto a la que ahora tenía delante; era hermosa, hermosa como nunca antes hubiera creído que alguien lo fuera. No se movió; sabía que su presencia había sido advertida, y esperaba que la mujer tomara la iniciativa en hacer o decir algo. Sintió entonces el deseo de espiar aquella mente extraña, pero se contuvo: no **debía** hacerlo. Estuvo un momento buscando en lo hondo de sí mismo el origen de aquella prohibición, inútilmente, sin hallarlo.

La mujer se irguió y su mirada fue moviéndose alrededor de Cásel hasta tropezar con sus ojos y el misterio de su frente. Cásel comprendió el asombro de la mujer y cerró bruscamente su frente, en tanto ella retrocedía algo atemorizada. La nube de su frente se desvaneció y aparecieron sólo los ojos tranquilos de un hombre cualquiera. Ella sonrió entonces; se apartó de la roca y lo invitó a beber; Cásel cruzó junto a la mujer y pudo ver de cerca la originalidad de su piel y sentir el olor novedoso de su cuerpo. No, no era su mente: existía fuera de él; tenía, pues, existencia antes de su llegada a ese punto, como la tendría después, independientemente de él y sus sueños. Bebió con avidez; tenía sed, mucha sed. Recordó que nunca antes había bebido con tal deleite. Bebía en compañía, una compañía que era, además, grata. El agua —¡ya no lo sabía!— era tal vez más limpia, más clara y dulce, más juguetona; escurría por la roca dejando una estela oscura en cuyos bordes crecía un musgo verde y espeso, suave al tacto, y goteaba sobre la arena salpicada de florecillas azules, amarillas y lilas, de brillantes espinas.

La mujer se adelantó entonces y dijo:

—Me llamo Denna.

—Y yo Cásel.

Denna se quedó pensando, y él volvió a sentir el deseo de penetrar en su mente, sabiendo que nunca se lo permitiría...

—¿Solitario? —preguntó ella.

—Sí —dijo Cásel; luego se apresuró a agregar—: es sólo un nombre.

Se miraron. Ella apartó la vista, y Cásel sintió que la mujer se disponía a continuar su camino; hizo un esfuerzo. Dijo que iba a la ciudad, pero que había vagado durante días sin hallarla —mentía, siempre supo que tendría que hacerlo.

Denna señaló hacia un punto en el horizonte.

—Todavía está lejos —dijo.

Cuando apartó la vista del horizonte se encontró con los ojos de Cásel fijos en ella, y comprendió que no le había prestado atención, que sabía hacia dónde debía encaminarse, o no lo sabía, pero que eso no era importante ahora, que sólo trataba de retenerla. Comenzó a caminar, alejándose, en dirección opuesta a la ciudad. Él se quedó mirándola; la vio detenerse un instante y señalarle hacia el punto aquel del horizonte. Por un momento había pensado que esa Denna lo acompañaría... Sintió una sensación extraña, como de cobardía, algo indefinible. Podía alcanzarla con su mente, hacer lo que se le antojara con ella, traerla nuevamente a su lado, rendirla de alguna manera total, ¡maldita sea si no le faltaban poderes para eso! Pero la prohibición gritaba dentro de su cabeza. Luego se asombró de sí mismo. ¿Por qué retenerla? ¿Para qué? Si era agradable o no tenerla a su lado, ¿debía importar eso? «Curioso asunto», pensó Cásel. Y sin embargo, seguía de pie, mirándola, tan estúpidamente inmóvil como una estaca. Ella le gritó algo; no la escuchaba. Sólo veía su rostro y el movimiento de sus labios; pero eran bien elocuentes sus gestos: ¿Qué hacía allí parado? ¿Por qué no continuaba su camino? Cásel no supo qué contestarle; la miraba, nada más.

¿No iba a la ciudad?

Le dijo que sí, pero no se movió; ella tampoco.

Oscurecía, el viento soplaba del oeste. Oyó un ruido, como un largo crujir de arenas, un ruido insólito.

La noche caía sobre el desierto, y con el viento del oeste la atmósfera comenzaba a enfriarse. En el cielo sin estrellas ni lunas, negro y profundo, acechaban los símbolos errantes. Era noche de buscar refugio, de no mirar hacia lo alto, de no alzar siquiera la voz, de no hacer ruidos... De improviso, Cásel sintió la mano de Denna posarse sobre la suya. Oyó su voz, apenas un susurro:

—Solitario, vamos a ocultarnos. Ven.

La siguió entre las tinieblas totales, en silencio, sintiendo aquel contacto que iba tornándose más y más agradable. Se ocultaron en algún lugar que sólo ella sabía. Conversaron en voz baja, susurrándose extrañezas. Cásel estaba cansado, cansado quizá de todas aquellas novedosas excitaciones; buscó apoyo y ella le ofreció sus piernas. Luego sintió su aliento y alzó ligeramente la cabeza, pero lo suficiente como para alcanzar sus labios. La sensación física era nueva y maravillosa, pero él, de alguna manera, la conocía, la había **experimentado**. Una nube cruzó la mente de Cásel, una nube risueña y traviesa. Recordó algo remoto, una palabra antigua que se le antojó relacionada con el nombre de la mujer y que definía a la mujer: ¿ternura? Se besaron tranquilamente, delicadamente; la mano de ella bajo su cabeza, la mano de él sobre la de ella, hundida entre los espesos cabellos.

Afuera el viento rugía, y por todo el desierto se extendían los sobrecogedores rayos de los símbolos; y quizá alguien fuera sorprendido en medio de las arenas, sin posible refugio, en la noche negra e implacable.

Al día siguiente Cásel despertó solo; sobre la arena, delicadas plantas, apenas visibles, casi sólo imaginables... Amanecía despacio. El desierto parecía exhausto; nada se movía; el viento estaba quieto, dormido en alguna parte lejana del planeta; el cielo despejado, transparente, vacío, como inexistente. Solamente el sol, solitario en el horizonte, estaba vivo y pujante, apartando las leves nieblas del alba.

2

Cásel se sentó a contemplar el sol.

No tenía mucha conciencia de lo que había ocurrido durante la noche; solamente sentía haber estado como inmerso en una sustancia cálida y olorosa, llena de susurros, flotando hacia un punto remoto, indefinible...

Recordaba: él era muy pequeño y Teles lo mecía en sus brazos; no había peligros; o rehuirlos no era asunto que a él le tocara; estaba protegido; sostenido en vilo sobre el dolor...

Ser acariciado, querido... Sí, pero algo más, ¡algo más!

Algo que fluye desde adentro, desde lo más hondo, y se mezcla en un fugaz, extraordinario torbellino. Los astros blancos y puros, la lluvia cayendo sobre las arenas, el cuerpo relajado, quieto y feliz, el sonido de las aguas, un oleaje manso lamiendo las arenas, el transcurrir del tiempo: Denna. Algo más, ¿pero qué? Una dulce novedad imposible de definir, de aislar y señalar. Por un instante el mundo dejó de ser lo que era, y Cásel se perdió en la inmensidad de sí mismo, indagando y revolviéndolo todo.

Los hombres hostiles del desierto

Cásel apartó la vista del sol, ahora de irresistible brillantez, y se puso en camino. Realmente, ¿hacia dónde se encaminaba? Tal vez la ciudad podría no estar muy lejos, pero él ¿dónde estaba? Caminaba solamente, yendo hacia un punto cualquiera: hacia aquello que era la ciudad. Iba hacia ella sin ningún entusiasmo o sin ningún propósito, como algo más que se hace o se debe hacer, sin pensarlo. Sin embargó, algún oscuro designio debía conducir sus pasos; de otro modo el libre movimiento en el espacio lo conduciría a mil sitios a la vez, ¡a todos los sitios!

De pronto, Cásel se detuvo.

Las arenas delante de él se retiraron o cayeron, como si hubiesen estado suspendidas simulando una continuidad falsa de la superficie del desierto. Y allí estaban los cuatro hombres. No había nada agradable en sus ojos, nada humano. Uno de los hombres salió del agujero, señalándolo con un objeto plateado y extraño que llevaba en la mano.

—De aquí no se pasa —dijo el hombre con voz increíble, tampoco humana.

Cásel estaba paralizado por la sorpresa de aquellos ojos enormes y vacíos, y por aquel objeto plateado y tubular que apuntaba hacia él.

—Me llamo Cásel —le dijo.

—No me interesa. De aquí no se pasa.

Del hueco salió otro hombre llamado Tolse. Luego, con sigilo, salieron los otros dos. Uno se llamaba Led y otro Amer.

—Bien —dijo el primero, y parecía que con eso quería resumirlo todo; con eso y señalándolo con aquel tubo. De pronto el hombre miró a los otros —: Parece que no sabe.

Led hizo un gesto como queriéndole decir: «Enséñalo pues... »

El hombre miró a Cásel, luego señaló hacia otra parte con el tubo y del tubo salió un relámpago cegador, y a lo lejos apareció otro agujero en medio de las arenas.

Cásel comprendió. A su mente llegaron recuerdos desordenados, y buscó, asociándolos rápidamente, el significado. Sí, un arma para defenderse o para hacer daño. Y en su memoria apareció Nur B con aquel objeto en la mano, vestido con sus brillantes y hermosas ropas...

—No deberían tocar eso —dijo Cásel—; es un arma.

El hombre se quedó mirándolo. No pudo el Solitario descifrar los enigmas de aquel rostro, pero nada bueno había allí. Amer se le acercó. Tolse dijo algo; Cásel se volvió hacia él y notó entonces que le faltaban partes de su cuerpo. Comenzó a sentirse inquieto. Amer lo tocaba con su mano helada y húmeda; le estaba indicando un camino, que se volviera. Cásel evitaba sus ojos malvados; él iba hacia la ciudad, y todavía no podía creer que alguien tuviese intenciones de impedirselo.

El del tubo plateado, que ahora Cásel sabía que se llamaba Cen, continuaba mirándolo.

—De aquí no se pasa.

—Veremos —dijo Cásel.

—¿Qué? —gritó Tolse con asombro.

—Voy a la ciudad...

—De aquí no se pasa.

Cásel pensó: «Maldita sea—, ahora tengo deseos de ir la ciudad.»

—Voy a la ciudad —repitió—, y éste es el camino.

Cen avanzó hacia él; no estaba colérico, o lo estaba pero no lo reflejaba en su rostro; de cualquier manera, exhalaba hostilidad, enemistad irreconciliable, no sólo contra él sino contra todo, tal vez contra sí mismo. Llegó hasta Cásel y lo golpeó con el puño en el rostro; pero éste no pudo sentir el golpe; su asombro se lo impidió; pensó: «Va a dispararme. Aunque yo no pueda creerlo, va a dispararme.»

El tubo apuntaba rectamente hacia él. Los otros hombres se retiraron con cautela. Una poderosa voluntad oculta en Cásel lo hizo actuar con rapidez, atacándolos con los sortilegios de su mente que se materializaban en una fina

niebla. Cen bajó el tubo, lo tiró sobre las arenas. Los otros se pusieron en movimiento, tratando de mirar por encima del hombro de Cen.

Tolse gritó:

—¿Qué ocurre?

La niebla, la voluntad dormida en la mente de Cásel, los alcanzó; se olvidaron de Cen, del tubo, de Cásel, de ellos mismos. Tropezaban entre sí, no se reconocían. Tomaron rumbos diferentes, gesticulando, airados, aturcidos... Cásel los dejó alejarse; esperó; luego disolvió la niebla y se puso en camino.

3

Pensó en los hombres durante días. No podía evitar el sueño de los hombres malvados; los sentía continuamente en torno suyo, y durante las noches creía oír sus voces hirientes, agudas, y el ruido silbante del tubo de relámpago. «El arma de Nur B.» ¿Quién había sido Nur B; ese Nur B que aparecía sonriente en su memoria, con sus grandes ojos amables y algo burlones. Sí, aquel ruido extraordinario no había sido otra cosa que un disparo de Cen o de Nur B regresando a través del tiempo, rodando sobre el tiempo como el trueno rueda sobre la atmósfera.

En el horizonte comenzaba a perfilarse la ciudad. ¡La ciudad! ¿No bastaba soñar, imaginar la ciudad y los hombres? Denna, antes o después de él, podía seguir siendo un sueño, un anhelo, como el sueño, el anhelo de tocar los astros; ¿y tocarlos físicamente qué bueno podría traer?

¡Maldita sea! ¿Por qué había un abismo entre él y el mundo? ¿Por qué el mundo no era todo Cásel, y Cásel todo mundo?

Los hombres todos iguales, con sus narices iguales; y ahora aquellos hombres venidos de más allá de su mente, uno Cen y otro Tolse, el mutilado, y otro Amer y uno más, ese llamado Led, ¡frío y cruel!

Aquellos hombres apoderados del arma de Nur B, el arma perdida, hallada entre las arenas por azar o no, esperando por ellos o no, pero de todos modos en sus manos dañinas. Los miedos de la noche agazapados en su mente con cabezas de Cen y Tolse. ¡Bonita cosa! Eso era lo único que había

ganado: no rostros iguales, sino rostros Cen y rostros Tolse, y rostros Denna. En fin, «así era la vida», y así había que tomarla. Después de todo, ¿por qué negarse todo aquello? Cásel se bastaba a sí mismo; era absolutamente autosuficiente. Pero, ¿acaso no era más ameno que no fuese así? Quizá ahora, era un tedio ser sólo Cásel, **el Solitario, ¡el único!**

¡El único! ¿Por qué su padre lo había llamado así? No era fácil creerlo, pero tal vez esa ironía de Teles encerraba un misterio más grande que el universo.

Bueno, ahí estaba la ciudad, hecha de una materia irreconocible, casi absurda. Sí, entraría en lo nuevo mientras la lejanía de las flores se lo permitiera. Ya no podría retroceder ni lo deseaba. En definitiva, sólo así podría llegar a la verdadera soledad que lo esperaba, implacable, junto a las flores, para siempre.

En medio de la niebla de su imaginación, vio que un hombre estaba a unos pasos de él, ocupado en remover piedras buscando agua. Cásel sabía dónde estaba el agua, y fue rectamente a su encuentro; apenas le bastó retirar unas piedrecitas grises para que su ojo se reflejara en un minúsculo ojo de agua. El hombre se quedó mirándolo con las manos suspendidas en el aire, atónito; escupió con desprecio y saltó sobre Cásel, empujándolo sin ninguna delicadeza. Ya junto al agujero, se volvió avaro del agua, y la cubrió con su cuerpo para beber. Luego de calmada su sed, fue amable y se retiró silenciosamente. Cásel estuvo mirándolo largamente: su sed había desaparecido.

El hombre entraba en la ciudad. ¿Ciudad? ¡Ruinas, sombras, polvo negro y comprimido, pisoteado, fango y excrementos juntos! Entre esas ruinas, vio a los cuatro hombres hostiles del desierto moviéndose veloces, nuevamente juntos, como persiguiendo algo o siendo perseguidos. Más tarde comprendió que huían de él porque lo habían visto llegar a la ciudad, o porque aquel que lo empujara para beber les había hablado, avisándoles, o porque sencillamente lo habían presentado. Sí, temían a Cásel, aunque no podían recordar por qué.

Bajo una bóveda azul, sentada, alimentando a una criatura, Cásel halló a Crilma. Supo inmediatamente que era ella: Crilma, hermana de Gorse... La mujer advirtió la niebla de su frente, vio sus pensamientos flotando sobre su cabeza, pero su rostro permaneció impassible. El Solitario no cerró su frente, la dejó espiar y ella miró y supo entonces que Cásel era hijo de Teles, y Teles hijo de Bímer, y Bímer hijo de Jalno...

Un hombrecito venía flotando sobre las arenas, sus pies apenas tocaban el suelo, no dejaban huellas, ningún rastro. Crilma no habló, no hizo ningún gesto; parecía aceptar a Cásel como podría aceptar la lluvia; lo que es absolutamente inevitable, independientemente de que sea molesto o no. El hombrecito hizo fuego trabajosamente y se sentó junto a Crilma y se dedicó a observar a la criatura. Cásel estaba de pie en el umbral. Tuvo la impresión de ser invisible, de estar mirando aquella escena desde otra dimensión, como en un sueño, y tal vez lo era. El hombrecito, sin embargo, miró a Cásel y le hizo espacio a su lado. Cásel comprendió que lo invitaba a sentarse, pero como si él, durante todos los días de su vida, hubiera estado visitándolos, y se hubiera sentado siempre allí, cerca del hombrecito.

Al rato, el hombrecito se volvió locuaz.

—Él les hizo algo... —dijo, sin mirar a Cásel, pero refiriéndose a él—. Son gente mala, mala de una manera que no entiendo. Ese Amer y el otro... Nunca me acuerdo de su nombre; y así debe ser, uno no debe acordarse de sus nombres. Andaban haciendo daño con esa cosa extraña, daño a todos, ellos mismos se hacían daño. ¿Quién no ha visto a Tulse? Pero eso terminó, él —se refería otra vez a Cásel— llegó, les hizo algo con la mente y... No saben explicarse; ahora le temen a todo. Andan siempre huyendo, y eso es bueno. Le temen a él... ¿Cuál es su nombre? Ah, sí, Cásel... **el que está solo**. Es probable que no se llame así. ¿Se llama así?

Cásel lo miró, ¿con quién hablaba? Dijo que sí.

El hombrecito continuó:

—Así, **el que no se parece a nadie**. El hombre tiene poder... ¿Quién puede entender qué clase de poder sea? Supongo que es algo que se siente y puede atacar la mente y actuar sobre la voluntad. Eso, algo que actúa sobre la voluntad. También hace juegos de colores y otros misterios. Y yo diría que es divertido si no estuviese tan cansado. Me gustaría que este asunto me

importara, o que algo me importara. Pero, bueno, no me importa. En fin, de todos modos, me importe o no, creo que ha sido bueno porque atacó lo malo: a esos hombres. ¿Quién podía estar seguro con esos hombres? Desde luego, tampoco me importa estar seguro... No sé. Bien, tiene un poder; ése es el asunto. Tiene un poder, sí... ¿Conoce alguien a Vor, el hombre que mira los astros? Me parece que Vor quiere decir eso: **el que mira sin ver**, o algo por el estilo. Vor. Ahí hay otro poder. Pero el hombre sólo mira los astros... Vor: ver... ¿Quiere decir **ver**? Maldito enredo. Pues ese Vor tiene un poder. Nadie puede atacarlo, ni siquiera Tolse, ni Cen, ni el mutilado Tolse... Pero él mira los astros. Es una especie de locura ridícula. ¿Saben?, vino desde muy lejos y se sentó en ese lugar y creo que todavía está allí mirando.

El hombrecito bostezó y miró a Crilma con una risita maliciosa.

—Ella es Crilma y por ahí tiene un pariente inmóvil. Alguien que también llegó y se sentó para siempre. Es probable que se llame Vet o Vel, que quiere decir lo mismo... aunque ahora no me acuerdo qué otro enredo quiere decir. En cuanto a Vor... Bueno, nadie lo conoce. Me gustaría decir que a mí no me parece agradable tener ninguno de esos poderes; ¿qué haría yo? Mi nombre es Lom, que quiere decir **largo**. Largo de lengua, supongo, porque de lo demás... Ella —señaló a la mujer— se llama... Bueno, todo eso ya él seguramente lo sabe. ¿Sería bueno saber qué cosa es lo que él no sabe? Sí, lo sabe todo, ¿no es así?

Cásel no podía seguir el hilo de sus palabras; tampoco sabía de qué hablaba ni a quién dirigía sus preguntas.

—Sí —dijo.

Crilma se levantó con el niño en brazos y abandonó la bóveda; Cásel la vio tomar el camino del desierto. ¿A dónde iba? Lom sonreía despreocupadamente, explicó que Crilma dormía en el desierto, quizá porque al niño le gustaba dormir fuera, o porque le gustaba a ella, probablemente porque les gustaba a los dos.

—Bueno —dijo—, ya conoce a sus parientes. No sé para qué le hablo si él lo sabe todo. En fin, ya él sabe también que puede pasar la noche aquí.

Y Lom se quedó dormido de pronto, así, sentado.

Cásel examinó su rostro; parecía un niño viejo, una criatura sin temores, imposible de encolerizar, nunca agitado, capaz de aceptarlo todo sin sufrir.

No se molestó en espiar sus pensamientos porque supuso que no los tenía. Salió; Crilma se había detenido; parecía vacilar; luego se encaminó hacia las tinieblas.

Cásel miró el cielo y no vio nada amenazante; sintió un golpe en la cabeza, se volvió, alguien gritó entre las sombras y huyó de él. «Nada hagas a medias», recordó Cásel.

Al amanecer, Cásel estaba rodeado por algunos hombres, maravillados con sus juegos y su música. El sol todavía no había salido, y en la pálida luz del alba resplandecían con vivos colores los caprichosos sistemas que organizaba su mente; sentía un extraño placer en divertirlos, en verlos allí, a su alrededor, extasiados, infantiles, felices. Al mediodía el grupo continuaba siguiendo sus pasos, y dondequiera que se detenía, los hombres se acomodaban, miraban su frente y esperaban sus prodigios.

El hombrecito Lom lo vio desde lejos y lo saludó, pero no reparó en el grupo ni en la vorágine multicolor que escapaba de su frente, o sí, aunque de la misma manera que podría pararse y ver la salida del sol o un eclipse, y luego volverse y olvidarlo, y sin que nadie pudiese saber si aquello le había agradado o desagradado, o si miraba sin ver.

De repente, Tolse apareció entre los espectadores; su rostro era un grito entre los demás rostros. Cásel no tuvo tiempo de impedirlo; lo vio rodar sobre las arenas con dos o tres hombres encima, golpeándolo, y cuando lanzó su persuasiva niebla, el cuerpo de Tolse estaba sanguinolento y agitado, y al rato dejaba de estar agitado para estar rígido, muerto. Los hombres miraron a Cásel con una mirada que trataba de dar a entender que el peligro ya había pasado y estaban esperando sus juegos. Cásel se sintió mal; nunca había visto un cuerpo así, ni quería volver a verlo. Sí, se repitió, «nada hagas a medias».

Cásel se iba. El hombrecito Lom lo vio alejarse y se dijo: «Tiene un poder.» Y sonrió, tranquilo. Crilma, a su lado, mecía a la criatura y bostezaba.

4

Vor

Cásel recorrió las ruinas de otras ciudades haciendo sus juegos, y en una de ellas, tres meses más tarde, conoció al hombre llamado Vor, que decía ser hijo de Solmes y Arla, y por lo tanto emparentado con él y con Crilma porque Gorse había sido el padre de Solmes, y Solmes era hermano de Crilma.

El hombre vivía en las afueras de una minúscula ciudad que se mantenía deshabitada e intacta. Cuando Cásel lo vio necesitó sentarse en una piedra y recordar; en realidad, los recuerdos mismos lo sentaron allí frente a la ciudad. Como ésta, pero llena de vida, luces y ruidos, habían sido todas las ciudades —un olor a cosas nuevas, limpias y ordenadas llegó hasta él—; acaso era esa la razón por la cual Vor la había seleccionado para su vigilia.

Allí, junto a una fogata que alimentaba constantemente, estaba Vor; no dormía; siempre estaba velando; mirando a lo alto; y agradecía que llegara la noche para contemplar los astros. Era casi invulnerable a los símbolos y a las perversiones de las mentes ajenas. Cásel podía comunicarse con él mentalmente, pero hablaban porque al hombre le gustaba hablar.

Había escapado del mundo de los bosques porque odiaba a sus padres, pero sobre todo porque desde allí era difícil ver los astros. El punto que había escogido era, según él, el ángulo adecuado para observar correctamente el curso de ciertos astros; aquel palmo de cielo él lo llamaba **la puerta**. Por allí habían llegado, en un remoto pasado, los hombres de las flores, sus **abuelos**... Y por otra parte, el lugar era significativo por la presencia de aquella ciudad.

Sin dejar de mirar el cielo, Vor dijo:

—Esta es la que yo llamo **ciudad–madre**. Otro día te explicaré eso. Esa es **la puerta**, ¿comprendes? Si tomas el punto de las flores tendrás un triángulo...

Cásel desdeñó los signos y lo obligó al diálogo mental.

¿Para qué mirar los astros? Bien, aquel no era su planeta de origen; su sangre era la sangre de los colonizadores del planeta. Esos hombres no habían interrumpido su **proceso**, sólo que ocurría en el planeta y en los sistemas vecinos a él, allá, del otro lado del universo... en el más lejano y misterioso de los misterios. Nuestra **interrupción** fue un accidente, algo imprevisto, fuera de toda posibilidad. Cásel sondeó sus sueños y le mostró imágenes inexistentes, forjadas por su capricho. También el **misterio** de Vor podía ser un sueño, una fantasía. La mente de Vor se alejó un momento, o se abrió y Cásel se sintió atrapado en el vacío. Recorriendo mentalmente la pequeña ciudad, Vor le iba señalando detalles: ¿quiénes habían construido todo aquello?

—Los descendientes de nuestros **abuelos** tienen que volver —dijo Vor—; no se dejan cabos sueltos...

Cásel lo miró, pero el hombre no lo veía, miraba hacia arriba siempre. Bien, decía Vor, allí estaban las ciudades y allí estaba él, esperándolos.

Durante días, trató de convencer a Cásel para que se quedara.

—No tardarán —decía.

Cualquier noche, cualquier día inesperado, aparecerían en los cielos. Cásel sabía que no sería así; pero se admiraba con los conocimientos de Vor; conocimientos que sólo él creía hasta entonces poseer; conocimientos que tanto a él como a Vor les habían llegado de manera incomprensible. Lo sabían, nada más. Sí, ellos eran miembros de una raza de otro mundo, de un lejanísimo mundo... ¿Cuál? ¿Qué mundo? Existían otros mundos; y otra vez nada más, ningún otro conocimiento... Cásel no se sentía en disposición de esforzarse como Vor; algún día lo sabría, fácilmente, inesperadamente, o no; tal vez nunca lo sabría; tal vez había un punto en el tiempo y el espacio, más allá del cual no podían pasar. Sí, probablemente no hubiese más conocimientos. En definitiva, ¿eran importantes tales conocimientos? Pero el hombre Vor miraba los astros con obstinación, los ojos abiertos, enrojecidos, llenos de lágrimas, quemados por los vientos, fijos, demenciales.

—Quédate, quédate. ¡**La puerta** se abrirá!

Cásel se recogió en sí mismo y sintió un vago pesar, algo que envolvió su cabeza como un banco de oscura niebla. A lo mejor no era bueno tratar de saber ciertas cosas; lo que no venía por la fuerza natural podía enloquecerlo a

uno, y quizá el pobre Vor había enloquecido. Nada había que hacer allí, se dijo Cásel. Algo bueno puso en la cabeza del otro antes de irse, pero sobre todo, puso una puerta inviolable entre la cabeza de Vor y la suya.

Los hijos de Solmes y Arla

Cásel volvía a sus juegos, en parte por divertir a los hombres, y en parte porque había descubierto que de esa manera no era vulnerable, puesto que las complejidades intrascendentes de aquellos juegos ocultaban sus otros pensamientos, los que no deseaba revelar a nadie. A pesar de todo, la seducción de las flores estaba presente siempre, creando un vacío entre sus pasos, y sabía que no podría permanecer indefinidamente lejos de ellas. El regreso fue, pues, mucho más breve, porque no marchaba contra su atracción sino a favor de ella. Luego, cuando llegó hasta las flores y se recuperó en su proximidad, emprendió el camino del valle y nuevamente marchó contra su atracción, lenta, fatigosamente; pero quería ahora verlo todo, ahora sabía por qué vagaba por el planeta: presentía su sumisión total a las flores, su renuncia a todo, a Denna inclusive. Con la cabeza inmensa, abierta y rumorosa, Cásel penetró en los bosques. El hombre llamado Vet estaba allí, al pie de aquella colina donde, tiempo atrás, lo viera Teles, su padre; todavía continuaba sentado allí, saboreando las hojas jugosas, inmóvil, el rostro redondo, liso, brillante. Imposible alcanzar su mente, Cásel no sintió escrúpulos, pero no pudo, ¡no había mente!, solo un lago quieto de aguas transparentes. Luego supo que había muerto, pasó de la vida a la muerte sin transición, las aguas de lo que podría ser su mente no se alteraron, no hubo ni una ligera vibración, nada. Su cuerpo tampoco sufrió cambios, ni siquiera parecía haber dejado de saborear las hojas; pero estaba muerto, si vivo estuvo alguna vez.

Cásel continuó su camino; no tuvo siquiera que olvidarlo, porque, ¿cómo olvidar la nada?

Caminaba entre los bosques de frondosas plantas, de tupida vegetación, con paso seguro, orientado; sabía qué rumbo tomar allí, donde no había rumbos, donde apenas llegaba el sol y el cielo era un cielo de hojas agitadas: iba hacia Denna. Durante la travesía tropezó con fenómenos inquietantes; pero su tiempo era limitado; las flores presionaban; nunca se detuvo. Cuando alcanzó su meta, el rostro de Denna reflejaba alegría, pero Cásel dudaba.

Los hijos de Solmes y Arla se habían posesionado de la ciudad; eran violentos, más violentos que sus padres, acaso por el aislamiento, la hostigación constante, la ferocidad y el miedo a que éstos los tenían acostumbrados. En la ciudad sólo podían haberse quedado los que todo lo aceptaban, los débiles mentales como aquel llamado Bolsita que hasta podía reír y sentirse feliz bajo el vasallaje de los hijos de Solmes, que hasta se asombraba ante la idea de que alguien o algo tuviese que liberarlo pues no comprendía de qué había que liberarlo. Cásel nunca hubiese tratado de explicárselo, y no lo hubiera liberado si no hubiera sido porque Denna, preñada y exhausta, necesitara el amparo de esa ciudad. La dejó en los bosques y se presentó una mañana a la entrada de las bóvedas. Bolsita buscaba alimentos y donde los encontraba, sus niños metían las manos y corrían de vuelta a la ciudad, y luego regresaban con las manos vacías, sudando, el paso vacilante por el hambre y la fatiga. El ir y venir se volvió tedioso. Cásel estuvo observando aquello hasta donde su paciencia se lo permitió; sabía para quiénes recogían esos alimentos y dónde los almacenaban. Bolsita no podía resistir su mirada y bajaba la vista, no porque se avergonzara de su conducta, sino porque era incapaz de sostenerle la mirada a nadie.

«Bien», pensó Cásel. Si él quería o no podía hacer otra cosa que alimentar a los hijos de Solmes, que lo hiciera, incluso en ese momento Cásel se alegraba de verlo encorvado, pálido, reptando entre las piedras y las raíces; después de todo se lo merecía: en su mente había una posibilidad que él desdeñaba, y su conducta podría encerrar un grave peligro. Por otra parte, estaban sus hijos, y eso sí que Cásel no estaba dispuesto a pasarlo por alto... Entonces lo golpeó no con su mente, sino con sus manos; se le acercó; lo miró; y cuando Bolsita alzó la vista, lo golpeó con los puños en el rostro, limpiamente, sin furia. Después entró en la ciudad, resuelto; atacó a los hijos de Bolsita, desorientándolos, y ellos se miraron las manos vacías y miraron a Cásel con sus ojos llorosos, mientras un pensamiento benévolo iluminaba sus mentes y alcanzaba su conciencia. El Solitario los condujo y los repartió luego entre las mujeres sojuzgadas, pero solo entre aquellas pocas que se mantenían airadas.

Cásel efectuó todos aquellos movimientos delante de los hijos de Solmes deliberadamente, y ellos lo contemplaban perplejos y coléricos, con una cólera paralizada por la sorpresa. De pronto uno de ellos, uno llamado Nors, estalló y desató su violencia contra todo lo que lo rodeaba, incluso contra sus hermanos, antes de dirigirla hacia Cásel. Derribaba las cosas y los hombres de la misma manera, y tal vez con la misma facilidad con que podría hacerlo una tormenta, aullando ensordecedoramente. Los hermanos escaparon de su furia atropelladamente, pero también coléricos, gritando, golpeando y golpeándose mutuamente, como otras menores tormentas. Cásel los observaba, quieto, tranquilo, las manos relajadas, pero expectante. Sabía que toda aquella tormenta, que toda aquella increíble furia le vendría encima; sin embargo, no la combatió; la dejó desarrollarse, quizá hasta un poco fascinado ante aquel espléndido fenómeno.

Las mujeres desaparecieron con sus hijos y con los nuevos hijos que Cásel les había entregado; y huyeron también los hombres Bolsita, los que aceptaban y temían aquello como se acepta y se teme la furia desencadenada de la naturaleza; los que no se podían ni imaginar siquiera que existiera en el mundo nada que pudiera o intentara detenerlos y mucho menos abatirlos. Huyeron, pero espiaban desde sus escondrijos, asombrados hasta la parálisis de ver a Cásel, objetivo de toda aquella violencia, de pie frente a ellos, esperándolos tranquilamente, sin posible escapatoria; y luego el asombro los dejó postrados cuando la furia se desmoronó a los pies de Cásel y rodó mansamente lamiendo sus plantas. Y Cásel continuó de pie, sin haber hecho un solo gesto, sin que su rostro hubiese sufrido ningún cambio, sin que la victoria, caso de que él tomara tal cosa por victoria, hubiera dejado la más leve huella en sus limpias pupilas.

Cásel recordó: «No hagas las cosas a medias»; y no retiró la niebla de aquellas mentes; dejó a los hijos de Solmes para siempre en ese estado de aturdimiento, mansos, desorientados, sin relaciones entre sí; los dispersó y los hizo tomar caminos diferentes para jamás encontrarse. Oyó entonces como si alguien le hablara al oído, e imaginó la inmensidad de la obra que estaba por hacerse en aquel planeta... Sufrió con Denna el nacimiento de su hijo Atales, sin poder abandonarlos en ese momento, angustiado por la atracción de las flores, sabiendo que tendría al fin que partir y que ellos no lo seguirían. Lo

sabía porque su frente mantenía a Denna en constante desasosiego, y ella le ocultaba al niño, temerosa de que algo extraño le ocurriese a la criatura, algo que ni siquiera podía imaginar. Su celo tornóse agresivo, y Cásel, como lo había supuesto, tuvo que partir, pero tal vez mucho antes de que su resistencia a las flores se hubiese doblegado, antes incluso de que él tuviera una idea lo suficientemente clara sobre lo que tal separación significaría como para saber de qué manera afrontarla.

La cápsula compleja de sensaciones, la cápsula que envolvía el laberíntico ser de Denna se abrió sobre lo alto de las flores. Cásel no se apartaba demasiado de las flores, vivía entre ellas y el abismo, haciendo pequeños recorridos por aquellos lugares, los más cercanos, donde se agrupaban los hombres, para divertirlos con sus juegos, o divertirse él, pero siempre que, alzando la vista en cualquier punto en que se hallara, pudiese ver las antiguas y venerables flores.

II

Los cuantas

1

Tul

El mundo de los cuantas estaba representado por un Cubo; esto era un símbolo y también un principio. Su planeta venía a ser un vehículo y podría trasladarse en caso de peligro; la realización de tal planeta había nacido precisamente del peligro. Los cuantas enviaban sus exploradores a todos los confines de la galaxia; la energía de su centro, entre los cuatro cubos que formaban el planeta, no era ilimitada.

Un explorador llamado Tul salió a los espacios siguiendo una ruta que lo llevaría inexorablemente al sistema de los ambarinos; su nave correspondía al símbolo, y era un cuadrado radar bajo un cubo. Tul hizo las primeras averiguaciones, y en uno de los cuatro planetas que constituían el sistema descubrió que habitaba una raza inquietante. Decidió hacer descender su nave en un desierto de arenas de ámbar y partió a pie luego de dejar bien oculta su nave en el cáliz de una flor gigante. Había un principio cúbico incipiente en ciertas construcciones situadas en el ecuador del planeta; y cerca de una pequeña ciudad en ruinas que se extendía al borde del desierto, descifró algunos ideogramas universales. Esto le permitió saber algunas cosas. El planeta llamábase Ámbar, y sus habitantes habían llegado de un lejano sistema.

Tul se hizo amigo de un ambarino llamado Cásel que recorría los límites del desierto y no tenía casa... Desde luego, pronto Tul comprendió que en aquel planeta nadie tenía propiamente casa. Cásel hacía juegos de ilusión; era, para Tul, un mago. El explorador lo halló una tarde al borde de un abismo. De las manos de Cásel brotaban esferas nacarinas y él las gobernaba a su antojo, formando con ellas complicados sistemas en el aire. La música que producía el mago dormía el espíritu y se hacía corpórea en forma de ondas multicolores que partían de su cabeza en círculos concéntricos. Tul necesitó de todo el poder de su voluntad para romper el hechizo y acercarse a Cásel; el abismo era inmenso y sobrecogedor, y el ilusionista se hallaba de pie un tanto más allá del borde de cuarzo, suspendido en el espacio. Ante la presencia de Tul, Cásel borró precipitadamente los dibujos. Más tarde sabría el cuanta que el ambarino agotaba toda su energía en los juegos fatuos de su intelecto, con los cuales fingía divertir a los hombres.

Tul no se extrañó que Cásel no tuviese amigos, pero no fue difícil para él ganarse las simpatías del mago. Cásel se mostró interesado por algunos aspectos de la vida de Tul, y éste le narró ciertas fantasías que el mago pareció creer. El explorador, enmascarado a la manera de los ambarinos, se declaró un fugitivo errante.

Cásel lo escuchaba sin dejar traslucir nada en su rostro; pero pensaba entonces en Vor y en su espera; y no sabía por qué, la imagen de Nur flotaba a sus espaldas, no Nur B, sino solamente Nur, niño, jugando en un lejano lugar, en un mundo que no era aquel. Para el cuanta no era agradable mentirle a Cásel, pero su misión así lo exigía. En cuanto a su procedencia, Tul se limitó a decirle que debía considerarlo como un forastero, y Cásel no indagó más.

La conversación había surgido una tarde en que el ambarino, distraídamente, dejó escapar hermosas esferas, y la agrupación de éstas sugirió al cuanta un sentimiento amoroso. Cásel evadió el tema, pero Tul logró entrever que el mago había sufrido a causa de una mujer, y supuso que en todo aquello habían tenido mucho que ver sus extrañas dotes. Los dos hombres se hallaban sentados junto al fuego, en el desierto de las tres flores gigantes, y Tul preguntó a Cásel sobre el origen de aquellas singulares plantas. Cásel le explicó que saber el origen de ellas era como saber su propio

origen. Nadie, que él tuviese noticia, las había plantado; estaban allí desde tiempos remotos, pero no eran plantas de aquel mundo... El interés de Tul hacia las flores aumentó; flores gigantes que no se reproducen, flores siempre vivas... La Esfera. Observó detenidamente las flores, vio cómo el viento mecía suavemente sus descomunales pétalos rojos que se renovaban sin cesar: dentro de esos pétalos estaba oculta su nave, y su nave también se renovaba.

La tarde caía y el sol se posaba sobre el borde limpio del horizonte, deformándose lentamente. El desierto pronto quedó envuelto en tinieblas, pero las altísimas corolas de las flores todavía recibían los últimos rayos del sol. El fuego crepitaba entre los dos hombres y el viento soplaba en heladas ráfagas aullando. Cásel observaba las flores y Tul miraba perplejo la frente del mago, abierta y luminosa como una pantalla. Las flores estaban en la frente de Cásel, pero no eran tres sino muchas. Tul miraba como hipnotizado la frente de Cásel que se abría como un prado inmenso bañado por el sol, todo cubierto de flores, bajo un cielo azul y limpio... Pero, ¿y aquel sol? ¿No era aquel sol un poco...?

De pronto la frente de Cásel se oscureció y vio el cuanta los ojos del mago mirándolo con rara fijeza, en el preciso instante en que de su cabeza brotaba un juego de esferas con un centro brillante pero agónico. Tul echó hacia atrás la cabeza con el rostro lívido: había visto dibujarse en el aire el sistema planetario de los cuantas.

Cásel sonrió, reunió las brasas y sopló el fuego que moría, las cenizas eran blancas y relucientes. El viento soplaba ahora alto, por encima de las flores, y permitía oír el lamento de los símbolos en el abismo; abajo, las arenas estaban quietas, como dormidas. Una fina línea de púrpura, apagada, señalaba el borde del horizonte. Los astros brillaban en la negrura del cielo, en la infinitud de su extraña tristeza, en su fría, irremediable soledad.

El mago habló con su voz sosegada, suave y clara, sonora, mirando al cuanta a los ojos. No se mostró ofendido por el engaño de Tul. Parecía flotar, en realidad, más allá de todas esas cosas, en un espacio donde no existían las recriminaciones humanas, como un ente de inconcebible comprensión. Pero

de su cabeza, sin embargo, surgían signos elementales, mezclándose, tejiéndose en un complicado juego intrascendente; y en ello advirtió Tul que el mago le cerraba su mundo.

Sí, la nave estaba oculta en la flor, y él era un cuanta, no un fugitivo. La idea que minaba su mente podría ser el origen de un gran desastre; no le pedía que se fuera, sólo que esperara y observara a los hombres. Él, Cásel, lo serviría en la medida de sus posibilidades. Tul pensó en su raza, en su planeta, en la energía que moría en su centro, en un sol creciente que quemaría a los suyos, y los vio vagar por las inmensidades del espacio extinguiéndose con un lamento desesperado. Y allí donde estaba él, en el mundo de Cásel, estaba la salvación de su raza... Ante ese pensamiento del cuanta Cásel sonrió: era curioso ver cómo al hombre se le cerraban todas las puertas cuando creía descubrir una.

Los dos seres se miraron en silencio. El mago dejaba escapar una música misteriosa y lejana que ni él mismo comprendía; no había certeza alguna sobre si a la llegada de los colonizadores, sus antepasados, existía ya alguna forma de vida inteligente en el planeta. Si la hubo, ¿qué había sido de ella? De la cabeza del ambarino surgió una ilusión y vio allí el cuanta unos símbolos en lucha, entre ellos la Elipse y la Esfera, y un símbolo que se destacaba con mayor luz y moría entre los dos, como esas pequeñas luminarias del cielo que estallan de repente en las noches apacibles.

Un torbellino de colores disolvió la ilusión, y la noche, alrededor de los dos seres, pareció más oscura y espesa. Las brasas se cubrían de cenizas y apenas se advertía su fulgor. Tul removió las cenizas y sopló debajo. Una llamita saltó entre las brasas y se escuchó un débil crepitar.

—Ya lo sabes casi todo —dijo Cásel levantándose y mirando a lo lejos; y el cuanta pensó que tras esas palabras se escondían estas otras: «Lo cual de poco te servirá.»

Tul lo vio alejarse con su cabeza llena de signos complicados, con su música y sus luces; como una tea encendida moviéndose entre las sombras.

El mago Cásel hacía sus juegos en las afueras de una ciudad situada al este del desierto. Tul había tenido oportunidad de verlo en otras ocasiones, antes de la revelación. Cásel hacía juegos ingenuos, entre los cuales siempre se le escapaban algunos bellos pensamientos que él se apresuraba a destruir. Otras veces, lo cual era raramente ejecutado por él, materializaba ideas y anhelos colectivos en forma de objetos perfectamente identificables, e incluso personas —también jugaba con los nombres, con el significado ancestral de los nombres—; había entonces descomunales batallas entre seres fabulosos soñados por alguien, entre uno de los espectadores y su vecino. O Cásel dejaba escuchar la música, siempre la más comprensible de sus melodías, y las nubes multicolores en espiral ascendían hacia lo alto y se disolvían entre las nubes. El mago se movía de un lugar a otro y recorría diariamente enormes distancias, pero siempre alrededor del inmenso desierto.

Tul lo seguía en silencio y aprovechaba la ocasión para estudiar a los hombres, es decir, a los ambarinos. Estaba esperando algo. Andaban juntos, aunque ya no los unía la intimidad del principio...

En aquellos momentos el mago hacía sus juegos, y el cuanta lo observaba con creciente ansiedad; no eran juegos ingenuos. Cásel los dirigía con toda intención, con un propósito determinado. El ilusionista realizó una serie de esquemas que sirvieron para crear un lazo común entre los espectadores. Las escenas marcharon hacia atrás en el tiempo, lenta y luego vertiginosamente, hasta un punto imposible de rebasar. En su frente (que era todo el espacio visible) estaba el símbolo familiar de la Esfera, conmovedoramente bello y poderoso, pero amenazado constantemente... Los hombres se movían inquietos, atrapados en la ilusión, y el explorador de los cuantas no se perdía uno solo de sus gestos: ¿a dónde se proponía llegar el mago? Sí, acaso se proponía demostrarle que la Esfera era el símbolo más antiguo y poderoso, del cual lo separaban a él, al cuanta, miles de años de desarrollo, y quizás otras muchas cosas imponderables... Pero eso no tenía sentido, al menos, no lo tenía «en ese momento y en ese lugar». Probablemente el mago desconocía ciertas cuestiones, o las estaba pasando por alto deliberadamente... Después de todo, era natural que tomara posición de parte de los ambarinos

escudándose en la Esfera. Sin embargo, nada de eso parecía estar en la cabeza sutil del mago, en todo caso no de la forma en que un cuanta se lo podría imaginar.

Tul alzó la vista, y el sistema planetario de los ambarinos rutiló un momento sobre su cabeza junto a otros miles de sistemas con sus rutas de fuego atravesando las vastedades del espacio, sujetos a las leyes inexorables de la expansión y la conquista.

Luego, atravesando esas rutas, avanzó la Esfera con rumbo manifiestamente errático. Era, sin duda, con todas sus señales visibles, la nave que accidentalmente llegara al sistema de Ámbar. Entonces, como algo que va saliendo poco a poco de una enmarañada red, comenzó a dibujarse con exasperante lentitud un sistema planetario constituido por nueve planetas y regido por la Esfera, un sistema que era la Esfera misma. De la multitud salió un oscuro clamor, mezcla de júbilo y desasosiego. Cásel miró al cuanta, y supo éste que el ilusionista acababa de descubrir el origen de su raza. El mago se aventuró en su propósito, y esta vez apareció nítidamente trazado el sistema de los cuantas.

Tul no pudo evitar que se le escapara un grito; todos los rostros se volvieron hacia él, pero Cásel gobernó rápidamente la situación.

Ya no había por qué detenerse. Junto al universo de Tul se dibujó la novedad del Cubo, y luego, separándose, Cásel dejó entrever con brevedad el planeta artificial y el peligro.

Todo lo demás estaba claro. Los hombres, los ambarinos, habían comprendido. Cásel dibujó para Tul una imagen especial: lo había servido; ahora el enviado de los cuantas debía saber a qué atenerse. Su misión había terminado; sólo le quedaba decidir. Un velo blanco se extendió, un velo borrascoso que brotaba de la cabeza del mago y alcanzaba a todos, a los que habían visto y a los que no habían visto, limpiándoles las mentes.

El mago miró en torno, apagó la ilusión y tomó el camino de regreso.

Junto a la flor gigante que guardaba la nave, el ambarino y el cuanta se reunieron. Tul hizo fuego a la manera de los ambarinos, y trató de no mirar a Cásel que se hallaba de pie contemplando las flores con un brillo de

complacencia en los ojos. En realidad, el mago sólo pensaba en estas palabras: «Nada hagas a medias.»

Las arenas del desierto susurraban arrastradas por el viento, entre el suave y agradable crepitar de la leña. Tul alzó la vista lentamente y vio a Cásel, el ambarino, y pensó: «Cásel o yo, ellos o los cuantas...» Dejó caer la cabeza, agobiado por el enorme peso. Cásel vio el rostro de Nur B, sus barbas azotadas por el viento, y en sus ojos aquella dura e indestructible voluntad de hacer: la raza de la Esfera. Tul miraba el fuego y Cásel no descubrió ninguna decisión en su mente. Avanzó hacia él con las manos envueltas en una niebla eléctrica e invisible, la frente luminosa y abierta: la Flor y la Esfera.

El sol en ocaso teñía de púrpura las nubes, y las altas corolas de las flores parecían enormes teas encendidas iluminando el universo. El cuanta estaba absorto mirando el fuego culebrear entre las brasas y no advirtió la proximidad de Cásel, el ambarino.

Más tarde, el cuanta estaba solo en su nave; a veces veía cruzar por su mente unos símbolos extraños, y entre ellos creía ver una flor y una esfera, y cuando las imágenes pasaban y desaparecían, Tul continuaba su viaje de exploración por los espacios silenciosos.

El camino de Ámbar quedó cerrado para siempre.

3

Atales

Los más jóvenes abandonaron el valle y se fueron al desierto.

Abandonaron las incomprensibles ciudades en ruinas y volvieron a la antigua planicie de arenas donde señoreaban las legendarias flores que se renovaban.

Atales, el hijo de Cásel, fue con ellos y llevó consigo a Subté. No podía manifestarlo, pero secretamente lo estudiaba y trataba de descubrir sus principios. Soñaba, vehemente, y en sus sueños veía brotar de sus manos nuevas máquinas semejantes a Subté, envueltas en la niebla de sus recuerdos más remotos al contacto de las antiguas ciudades, de entre cuyas ruinas un

hálito de melancolía se desprendía en constante fluir, embriagándolo. **Rumor** Subté estaba allí, guardado en el valle, y nadie se había atrevido a tocarlo; lo respetaban sin saber por qué. Y los jóvenes acabaron con eso, y dijo Atales que **Rumor** Subté había pertenecido a sus abuelos, y los demás lo apoyaron pensando que Atales guardaba intenciones de destruirlo, igual que habían hecho con las otras máquinas. Sin embargo, Atales no lo destruyó; sintió la magia del tiempo venir hasta él y acariciarlo con sus manos impalpables cuando, repentinamente, al leve contacto de sus dedos, Subté movió la cabeza, irguió su espléndido cuerpo de metales y dejó escuchar el extraño y evocador repiqueteo de su péndulo. Los jóvenes se sintieron desconcertados, sobrecogidos y maravillados con aquello. Subté podía ser un peligro, podía rebelarse contra ellos y hacer cualquier cosa terrible y extraña; después de todo era una máquina, la más inquietante y extraordinaria que habían visto. Pero ya Atales había sido hechizado, y logró que aceptaran a Subté recurriendo a la más obstinada persuasión y a todos los recursos de su gigantesca fantasía.

No era Atales —lo supo desde el principio— igual a los otros jóvenes; pero tampoco se sentía identificado con los hombres taciturnos del valle, y quizá estaba más cerca de aquellos que de estos, y por eso partió con ellos.

El día que llegaron al desierto, **Rumor** Subté escapó de sus manos y corrió directamente hacia las flores, y las descomunales plantas parecieron inclinarse para darle la bienvenida. Atales observó todo aquel día la actitud de Subté en la cercanía de las flores, y después, en la noche, en el secreto de sus secretos, se atrevió a desarmar parte de sus brazos... Y el nuevo día llegó y supo que había pasado toda la noche tratando de armar y juntar aquellas articulaciones, forzando las increíbles coyunturas que escapaban una y mil veces de sus manos. El sol cruzó cien días sobre las flores, las arenas se calentaron y enfriaron, del abismo surgió un vapor rosado y el viento cesó de pronto.

Subté andaba suelto, inquieto, estimulado por la familiaridad del desierto. Parecía sentirse a gusto, como si hubiera sido hecho para moverse entre las arenas y las piedras; pero, en verdad, aunque sus ruedas se deslizaban cómodamente sobre las arenas, se diría que habían sido construidas para rodar con igual facilidad sobre todas las cosas imaginables, incluida el

agua... y ¿por qué no?, acaso también sobre el aire; al menos, Atales lo había visto dar **saltos** de una largura pasmosa.

Además de toda su desconcertante capacidad de moverse en el espacio, Subté abrumaba al joven con su capacidad de obrar y razonar... Y en seguirlo, estudiarlo, maravillarse o anonadarse con su conducta, a Atales se le iba el tiempo, mientras los otros se establecían en los alrededores y tenían ya organizado su sistema de alimentación. Vivían en las afueras de las ciudades pequeñas y abovedadas del desierto, medio cubiertas de arenas; vivían a la intemperie, reuniéndose junto a las fogatas y conversando hasta muy entrada la noche, durmiendo luego sobre las arenas y bajo los astros, gozándose en aquella vida de libertades.

Atales conservaba algo de las costumbres y exigencias de la vida del valle, pero concurría también a las fogatas, y a su lado siempre estaba Subté que los miraba sin mirarlos, que se asombraba de aquel insólito modo de existencia sin asombro, que dormía sin dormir y hacía sonar su extravagante péndulo cuya función esencial parecía ser la del corazón humano.

El empeño de Atales por descifrar a Subté se convirtió en una obsesión. Atacaba a la máquina con excitación, con aquella vehemencia que nunca lo había abandonado desde la infancia, con ese resoplar entre dientes fuertemente apretados; deseaba detener, fosilizar un instante, un gesto, inmovilizar en el tiempo y en el espacio la figura que saltaba con los brazos inteligentes, abiertos en la niebla, relucientes bajo la luz de los astros, o el cuerpo de metales suspendido en la negrura de la noche como una estrella caída desde lo alto y llena de misterios.

Subté estaba vacío (era todo lo que Atales alcanzaba a ver), por dentro era nada más aire, una sensación de cosa succionante, precisamente **un rumor**... Subté lo miraba en las largas noches de desvelos, y miraba los instrumentos que esgrimía Atales, y hacía sonar divertidamente su péndulo. El joven —quién sabe si ya con odio— le desajustaba los brazos, abría su cuerpo de secciones doradas, infinitas, le desenroscaba el hermoso cráneo de metales preciosos y le extraía un ojo luminoso como de diamante... Nada; Subté podía ser convertido en un montón de minúsculas piezas, tan minúsculas que tal vez ya él no podría verlas, ¡que nadie podría verlas!

Junto a la máquina insuperable, el joven comenzó a armar un grotesco muñeco de metales, dedicándole horas y más horas sin lograr hacerle mover un solo dedo. Pero insistía hasta un poco más allá de la fatiga, afiebrado, desde el amanecer hasta muy entrada la noche... Con los días, con los meses, Atales logró al fin que aquel artefacto «caminara» (en realidad, él debía accionarlo); era un sueño, como la dulce ilusión que lo llevó a construir, a armar todo un conjunto de ellos, cuidando de especializarlos: un garfio móvil para alzar, unas pinzas para seleccionar, un mazo para triturar... Nada demasiado complejo ni con movimiento propio; pero los ojos de Atales brillaban extrañamente y sus manos ardían de ampollas.

Los compañeros de Atales descubrieron las máquinas y le hicieron muchas preguntas y mostraron su desconfianza; pero luego comprendieron que Atales jamás podría construir verdaderas máquinas, y olvidaron el asunto. Volvieron junto a las alegres fogatas a dialogar, con las manos vacías y tranquilas; sus pensamientos fluían y se dibujaban en alguna parte o flotaban sobre las llamas o las cabezas.

Atales ocupó nuevas áreas y las llenó de ruidos; aquellos artefactos pesados que él debía mover y casi sostener, limpiaban las arenas y las hojas que se habían metido en las ciudades. Bajo espesas capas de hojarasca, cenizas y arenas, halló desconcertantes edificaciones, de formas rarísimas y funciones inimaginables: aquello había sido construido por sus antepasados, tal vez por los mismos hombres que habían creado las máquinas y las ciudades del valle. Sin embargo, nada de lo que había allí le era familiar; y luego de producir una serie de explosiones aterradoras al accionar palancas y botones, abandonó precipitadamente el lugar, sobrecogido por las luces y los relámpagos. Las paredes cristalinas se desmoronaron una tras otra, y luego un fuego verde y silbante lo consumió todo. Atales miró sus artefactos y los comparó mentalmente con aquellas prodigiosas, hermosas máquinas que había visto; incluso las propias máquinas que desde niño viera en el valle no podían comparársele. Vio los metales retorcido y oxidados de sus muñecos, y pensó en las superficies bruñidas y radiantes, en las formas inefables, en la delicadeza y complejidad de las otras, y corrió desesperadamente buscando a Subté. La maravilla de Rumor se le antojó todavía más maravillosa, y cayó a

su lado y besó sus metales brillantes, su despiadada hermosura. Subté hizo sonar su péndulo y Atales lloró silenciosamente.

No volvieron a él los de las fogatas, y Atales, en su fiebre de metales y mecanismos, los ignoró también. En la curva del cielo se veía ahora un signo nuevo y extraño que ya el joven no podría comprender.

Por su parte, los jóvenes que vivían a la intemperie hallaban fenómenos inexplicables y fascinantes en sus reuniones; y éstas, de alguna manera, se organizaron, se constituyeron en sistemas cada vez más complejos. Y llegó el día en que alguien, inesperadamente, abrió su frente con una luz cegadora y mostró un caos vertiginoso de imágenes y sueños, y las arenas en torno giraron como absorbidas por una tromba y se apagaron las llamas.

III

Aquí hubo una ciudad y desapareció, allá otra ciudad y ya no está. Sólo ennegrecidos vestigios sobre las arenas, manchas y recuerdos muertos; una brizna que rueda y salta sobre los escombros cenicientos. Un soplo que gira y no quiere apartarse de esos lugares que abandonaron los antiguos hombres, porque los hombres dejan huellas que no pueden borrarse aunque de tenues que sean apenas se adviertan. Y sobre las viejas huellas, las nuevas plantas, y entre ellas, escurriéndose, el tiempo.

Tercera parte

ARNES

I

Ates y Bulis

1

Arnes vio alejarse la nube de desmenuzadas hojas azules. Lejos, la nube se interpuso entre los rayos del sol y pareció incendiarse; luego ascendió y se dispersó violentamente atacada por el viento. Arnes sintió las ráfagas frías e implacables azotando su rostro, pero como si su rostro fuese una máscara de metal invulnerable. Mantenía el rostro alto, sensible y duro, los labios apretados con fuerza, sonriente, jactancioso, los ojos siempre un poco perplejos... ¿Por qué ahora se sorprendía de su propia naturaleza? Miró sus manos atentamente; manos delgadas y finas, de apariencia frágil. Cogió entonces una piedra con su mano derecha, una piedra de regular tamaño que sopesó meditativamente; colocó la otra mano sobre la roca que le servía de asiento y se la golpeó con fuerza repetidas veces, hasta que la piedra se desmoronó y se convirtió en arena, en fino polvo que el viento arrastró muy lejos. Todo el tiempo, Ates y Bulis lo habían estado observando con sus ojos azules y tranquilos, abriendo a veces un instante sus frentes pálidas y dejando escapar fugaces pensamientos.

Arnes, como concluyendo una conversación, dijo:

—Sea como sea, el caso es que nada puede destruirme.

Ates y Bulis se cruzaron una mirada. Arnes ahora sonreía; parecía un hombre muy viejo y sabio sonriéndole a un par de niños tontos; pero no era

así: Ates y Bulis sabían mucho, ¡mucho! La sonrisa desapareció de sus labios y Arnes se apresuró a decir:

—Es sólo un pensamiento. A veces lo pienso... Después de todo, ustedes lo saben mejor que yo. Nadie puede hacer o dejar de hacer algo sin que ustedes lo vean.

—No es nuestra intención —dijo Ates.

—Pero es el caso —reflexionó Arnes—. Al menos, en todo este planeta... En fin, no hubiera querido decir ciertas cosas, aunque un hecho es un hecho. Y en mi lugar, acaso ustedes no lo negarían.

Ates y Bulis no hablaron; lo miraban fijamente, y esto casi llegó a irritarlo porque no había expresión alguna en aquellos quietos ojos. Eran dos hermosos muñecos sin vida aparente; pero la vida latía compleja, tierna y cruel en sus frentes luminosas.

—Quizá hablo demasiado —se lamentó Arnes—. Tal vez porque no puedo hacer las cosas como ustedes... No de la manera en que ustedes son capaces de hacerlas.

La frente de Ates se abrió despacio. Vio allí Arnes una imagen borrosa y la fuerza de una energía desconocida batiendo sin ningún propósito en todas direcciones. Luego Arnes oyó una música y buscó con la mirada; pero nada había en los alrededores excepto Ates y Bulis y las flores gigantes del desierto.

Ates dijo:

—Estamos quietos porque no hay nada que hacer. Al menos, nosotros no sabemos qué es lo que hay que hacer. Quisiéramos hacer cosas importantes. Pero, ¿qué es importante? No, no lo sabemos. Piensa que en tal caso no existe para nosotros diferencia alguna entre hacer y no hacer; sólo que hacer... cansa. Dices que quisieras hacer las cosas como somos capaces de hacerlas nosotros. Y yo te pregunto, ¿para qué nos sirve este poder? Por mi parte, te juro que quisiera ser como los otros, no obligados por ningún poder a nada. Me gustaría sentarme junto a las fogatas a conversar o a descansar, o tal vez a pescar, pescar con mis propias manos... Pero es ridículo. ¿Para qué hacer, Arnes?

—¿Una finalidad? —preguntó Arnes—. ¿Es eso acaso?

—Tal vez. Tal vez sea eso que dices. No lo sé. Pienso sencillamente que no tengo por qué poseer este estúpido poder. No somos felices, Arnes, de ninguna manera lo somos.

Arnes casi gritó:

—Si yo tuviera ese poder...

—De nada te serviría —dijo Bulis—. Escucha bien lo que dice Ates. Solamente escucha, Arnes, no porfíes.

Ates hizo desaparecer su cabeza y se situó delante de Bulis, y era como un Ates con cabeza de Bulis o un Bulis con cuerpo de Ates.

—¿Dices que eres indestructible? —preguntó Ates.

—Dije que fue sólo un pensamiento. Algo que se me ocurrió. ¿A qué viene eso ahora? Nada es indestructible. Ni siquiera las flores lo son... Un día ya no estarán ahí. Un día también dejará de existir este planeta. Si yo mismo no puedo destruirme, algo tendrá que hacerlo... El tiempo, supongo, o cualquier otra cosa.

Ates dijo, como si el otro no hubiera hablado:

—Si fueras de verdad indestructible...

—¡No lo soy!

—Es una suposición —dijo Bulis—. Ates está suponiéndolo simplemente.

Del abismo surgió un velo azulado y hasta ellos llegó un aliento de azufre. Ates olfateó el aire. Dijo obstinadamente:

—Sí, supongamos que eres indestructible.

Arnes miraba sus manos reflexionando.

—Bueno —dijo—, después de todo no estoy seguro en cuanto a eso. Podría serlo o podría no serlo. Y en fin, ¿si lo fuera?

Ates hizo un gesto de desaliento o indiferencia.

—Si trataras de imaginar un castigo peor que ése...

—¿Qué? —preguntó Arnes.

Bulis señaló con un dedo hacia el horizonte.

—La lunita está al salir —anunció.

Arnes miró en torno y dejó caer los brazos. De pronto la cara de Bulis quedó flotando frente a la suya.

—Es estúpido ser indestructible —dijo—. Pensarlo nada más es ya un martirio. Arnes, ¿no escuchabas a Ates?

Arnes miró hacia otra parte. «Ellos saben mucho», pensó.

—Mucho —confirmó Ates.

Y ambos, Ates y Bulis, se trasladaron de lugar; desaparecieron de allí, y Arnes quedó solo con sus pensamientos.

Bueno, él nunca podría ser como ellos. Nunca podría entenderlos. Pero no le importó mucho. Él tenía otras ideas; seguramente él podría hacer algo y ese algo tendría una razón de ser, una importancia. Todo era importante; él lo sentía así. Sus poderes le servían y no los despreciaba; y en cuanto a ser indestructible... Bueno, había sido sólo una idea, pero en caso de que lo fuera realmente, sabría entonces lo que tendría que hacer. No hallaría estúpido eso. «Ser feliz», eso habían dicho ellos. Ates y Bulis no eran felices; y él, ¿era feliz? No lo sabía; nunca había pensado en eso... Tal vez era feliz; hacía lo que quería y con ello recibía placer. Era una manera de ser feliz, acaso la única. ¿O era desgraciado? Bueno, a lo mejor no era feliz ni desgraciado. Era como eran los hombres: unas veces felices, y otras, desgraciados. Si Ates y Bulis pudieran ser como los otros, es decir, si pudieran hacer las cosas como los otros, y pescar y descansar, serían felices. Más o menos, eso era lo que habían dicho. Pero Arnes pensaba que era muy posible que no fueran felices de ninguna forma. Sencillamente no sabrían si lo eran o no, no pensarían en tales cosas. Harían como los demás, descansar y pescar y hablar y hacer el amor... Arnes sacudió la cabeza: ¿desde cuándo uno tenía que preguntarse día y noche si era feliz o no? Si Ates y Bulis eran felices, ¡bien! Y si eran desgraciados, si se empeñaban en eso, ¡allá ellos!

Arnes cogió una piedra, y con la sola presión de sus manos la convirtió en finísimo polvo. Era agradable tener tanta fuerza. Era bueno; eso era la felicidad.

2

Comenzó a moverse sobre las arenas, primero despacio y con cautela. Luego, súbitamente, se lanzó hacia adelante como un relámpago hasta hacer impacto

con su cuerpo en una roca de cuarzo. El choque abrió un agujero en la roca y una grieta zigzagueante. Arnes se quedó quieto, jadeando con júbilo, y miró su cuerpo incólume y limpio.

Ates y Bulis aparecieron entonces a su lado, sentados con las piernecitas muy juntas y los brazos cruzados, como si en realidad no se hubieran movido de allí.

—¿Eres feliz? —preguntó Ates.

Arnes lo miró y se sintió un poco ridículo. ¿Tenían que aparecer siempre así?

—Bueno —explicó Bulis—, es nuestra forma de movernos, o como dicen los de las fogatas, de «trasladarnos». Tú lo sabes.

«Sí, desgraciadamente es así», pensó Arnes. Trató de no mirarlos, pero era difícil, ellos podían estar en cualquier parte.

—No he pedido explicaciones —gritó Arnes.

—Pero lo pensaste —dijo Bulis con esa voz suya, cansada y a la vez sonora, capaz de hacerse oír del otro lado del planeta.

Ates estaba **caminando**, moviéndose con sus propias piernas por el desierto; lo hacía con desgano y con asombro de estarlo haciendo, pero sonreía. Se levantó y se sentó varias veces. Bulis le hizo un gesto a Arnes solicitándole atención.

Arnes se cruzó de brazos y puso cara aburrida.

Ahora el pequeño y hermoso Ates aparecía y desaparecía, unas veces sentado y otras de pie, en distintos lugares lejanos entre sí, adoptando graciosas posturas. Arnes no pudo evitar la risa.

Bulis le explicaba:

—Son formas de moverse. Sólo que así se ahorra tiempo y fatiga física. Esos poderes podrían servir para muchas cosas... Entiende que para hacer lo que acaba de realizar Ates cualquier otra criatura, incluyéndote a ti, Arnes, necesitaría un día completo y una cantidad asombrosa de movimientos musculares. ¡Ya ves! Este planeta no sirve para nada. ¿Tienes algo que decir, Arnes, algo revelador? Seguramente no.

—Eres feliz? —preguntó Ates.

—No lo sé. Creo que sí. No me hago esas preguntas.

—Pues sería bueno —dijo Bulis— que de vez en cuando reflexionaras sobre ciertas estupideces...

—¡Cállate! —gritó Arnes.

La frente de Ates se abrió. Por un momento apareció allí el propio Arnes corriendo y estrellándose contra el cuarzo.

—De esta manera — dijo Ates—, eres feliz. Te sientes contento con eso, o usando tus propias palabras, «tener fuerza»: ¡eso es la felicidad! Es todo lo bueno que se te ocurre hacer con tus poderes.

—Ustedes tampoco hacen gran cosa!

—Ésa es la cuestión —dijo Bulis—. ¡Atiende!

Sobre la cabeza de Bulis se creó una ilusión; apareció una fogata y junto a ella unos hombres que reían y hablaban, y aparecieron unas mujeres que eran besadas y acariciadas, y apareció el arroyo, y los peces de pálidos vientres, saltando, aparecieron también.

—¿Ves? —dijo Ates—. Ellos también son felices **como entiendes tú la felicidad**, y es fácil notar que no poseen ninguno de nuestros poderes. Dime, ¿para qué quieres tus poderes si puedes ser feliz de cualquier otra manera, por ejemplo, como ellos? Considera que en ese caso, además de ser feliz, puedes compartir con otros esa felicidad. Y tú estás solo, Arnes, como estamos solos nosotros. Nuestros poderes no sirven para nada.

En el cerebro de Arnes comenzó a estructurarse un pensamiento.

Bulis lo interrumpió:

—No pienses en eso. Si todosuviésemos los mismos poderes sería lo mismo que si no losuviésemos. Como te hemos dicho, las formas cambian pero el resultado es el mismo. Este planeta no sirve para nada. ¿Te han dicho alguna vez que existen otros mundos? Nuestro padre vivía mirando los astros y se llamaba Vor. Creía en su puerta, en el retorno... Nuestra madre nunca supo cómo eran los ojos de Vor, pues él nunca la miró. A veces no me explico cómo pudimos nacer... El padre de tu padre sabía estas cosas; sabía que existían otros mundos, pero eso no era inquietante para él, como no es inquietante para nosotros... Por eso lo llamaron Cásel. Desgracias de padres, Arnes. Dichoso Atales que nunca lo conoció; pero ¿qué decir de Atales, tu padre? Él nunca supo que su hijo, un Arnes veloz, sería superior a todas sus máquinas. Te estás preguntando cómo sabemos todas estas cosas, ¿verdad?

Tú eres un niño, Arnes, pero Ates y yo tenemos unos mil años en este planeta... El sol se pone, vienen los astros. ¡Pobre Vor! Y tú, ¿todavía piensas en la felicidad?

3

Arnes se sintió mal. Bulis y su hermano desaparecieron. El sol estaba en el horizonte, achatado y sucio, y el desierto comenzó a poblarse de sombras y el viento sopló más fuerte y más frío. Arnes pensó, para evadirse, que en esos momentos los hombres de las fogatas tenían que recogerse, hundirse bajo las arenas o protegerse del frío de cualquier otra manera. Ellos estaban sujetos a las inclemencias del tiempo, ¡y él no! Él podía quedarse allí y recibir la lluvia y los relámpagos y todo lo que del cielo viniera sobre él. Sí, él era superior a cualquier máquina imaginable. Ates nunca lo sospechó, había dicho Bulis. Cierto, ¡cierto! Nada más duro, más firme, más sólido e indestructible que él. ¡Nada en el mundo! ¿No era eso la felicidad? Malditas ideas de Ates y Bulis. «¿Qué quieren? ¿Por qué me hostigan?», pensó, soplando el polvo que antes había sido arena gruesa en sus manos. Las ráfagas heladas cruzaron sobre su rostro, y lo alzó todo lo que pudo, desafiante.

Entonces oyó la risa de Ates rodando burlescamente por todos los confines del desierto.

«¡Estúpidos!», pensó Arnes.

—No tanto —oyó que le decía Ates muy cerca de su oído, pero no lo vio por ninguna parte.

—Bien, —dijo Arnes—, no soy feliz. O lo soy pero eso no es importante. Tampoco son importantes mis poderes. Tampoco los vuestros... Parece que nada es importante; ni siquiera es importante saber que nada es importante.

La cabeza de Ates apareció en lo alto de un pétalo de las flores. La frente apagada, color ceniza. A tanta altura parecía un grano de arena; pero los ojos de Arnes podían verlo todo, ver todos los detalles a cualquier distancia. Bulis estaba sentado a la izquierda de Arnes; y casi se sobresaltó al notarlo.

—Has llegado a una conclusión de conclusiones —dijo Bulis—. No quiero decir, claro está, que sea una conclusión con la cual estemos de

acuerdo.

—Es fácil adivinarlo —resopló Arnes—. Ustedes no están de acuerdo con nada, ni con ustedes mismos. Se contradicen a cada momento.

—¿En qué? —preguntó Ates desde lo alto.

—No soy lo suficientemente inteligente como para decirlo con exactitud.

Hubo un silencio.

Bulis dijo:

—Escúchame, Arnes.

Arnes volvió la cabeza hacia él; pero Bulis estaba ahora junto a Ates, y era nada más una cabeza en el borde de un pétalo, un grano de arena junto a otro grano de arena.

—Escúchame —repitió Bulis hablando por boca de Ates—. Lo importante es la finalidad.

Oyó la risa de Ates y luego su voz:

—Hace un momento preguntabas sobre eso. Escucha, pues, lo que dice Bulis: lo importante es lo importante; o usando sus propias palabras: Lo importante es la finalidad. ¿Estás de acuerdo con eso?

Arnes no contestó. La risa se deslizaba entre las palabras de Ates, y con la risa seguramente la burla. Por encima de las flores fósiles vio las lunas de Ámbar, pequeñas y limpias en el cielo negro y lleno de símbolos.

—Bien —suspiró Bulis—. Perfectamente. Con esa conclusión estamos de acuerdo.

Arnes se tendió sobre las arenas. ¿A qué conclusión se refería? ¿Por qué atenderlos, por qué no dormirse o reírse de ellos?

Bulis miró a Ates fijamente con sus ojos hermosos e inmóviles, increíblemente sabios, astutos.

Ates dijo de pronto:

—Te contaré una historia, Arnes —y abrió su frente.

Aparecieron infinidad de imágenes irreconocibles, sucediéndose veloces, yuxtaponiéndose. Arnes cerró los ojos pero seguía viendo las imágenes y sintiéndolo todo. Hubo una extraña quietud en el aire, y las imágenes y las sensaciones alcanzaron el ritmo que Ates deseaba. El planeta, el viento y las arenas. La soledad, el viento y el paso de las tinieblas y los astros. El sol sobre las arenas y las aguas, y luego sobre repentinas plantas, azules y

danzantes, enormes. La quietud, el silencio; la monotonía vegetal y temporal...

Arnes bostezó ruidosamente, y comprendió que estaba pensando, y que en su pensamiento veía la totalidad del planeta, veía en movimiento las máquinas que él había conocido muertas e inútiles. Abrió los ojos; en la frente de Ates, abarcando toda la anchura del cielo, las máquinas se movían veloces, relampagueando. Sintió un ruido semejante a muchos truenos e imaginó que una esfera descendía sobre él. Se sobresaltó, pero ahora todo estaba lleno de imágenes, colores y ruidos... Le pareció que dormía, que había transcurrido un tiempo incalculable. Oyó como una risa o un lamento; una esfera gigantesca apareció en el cielo y comenzó a descender. Caía veloz sobre él, sobre aquel mismo sitio, sobre las tres flores en las cuales, en uno de sus pétalos, estaban las cabecitas de Ates y Bulis. Pero la esfera no cayó, se detuvo como sobre una nube brillante. Arnes vio unos seres muy semejantes a él saliendo de aquella esfera. Sin embargo, la esfera no estaba allí; se la imaginaba como si alguien se la estuviera describiendo. Y aquellos hombres...

—Son nuestros ascendientes —explicó Bulis—. No sabemos de dónde vinieron, o acaso no sea bueno que te lo digamos; conténtate con saber que llegaron de un lejano mundo, probablemente tan malo e inútil como éste. Fíjate, Arnes, sólo se diferencian en que no son tan delgados y hermosos como tú.

Arnes se incorporó.

—Es una **ilusión** —gritó.

—Es una historia —dijo Ates—. La historia que te estoy contando. Mira.

El rostro de uno de aquellos hombres se dibujó claramente en su frente; parecía atento a algo que ocurría a su alrededor, tan atento que Arnes se pasmó de verlo. Era un rostro hermoso; no tan hermoso como el de Ates, ni como el del propio Bulis, ni siquiera tanto como el suyo. Pero era hermoso; quizá hermoso de otra manera.

El rostro desapareció y volvieron a sucederse las imágenes. La cabeza de Arnes daba vueltas; cerró los ojos. Bulis dijo muy cerca de su oído:

—Fíjate, Arnes, fíjate en lo que te muestra Ates y piensa.

—No me siento bien —protestó Arnes.

Pero ellos no parecían oír; estaban como muy distantes, conversando, o riéndose.

«Dormir», pensaba Arnes sin poder dejar de mirar.

—¿Es que no puedes dominarte? —le preguntó Ates—. No creo que falte mucho, aunque uno nunca sabe...

—¡Atención, Arnes! —gritó Bulis.

El mundo en la mente de Arnes era un caos, un vertiginoso moverse en todas direcciones, un continuo hacer y deshacer.

¿Qué había, qué se decía? «¿Por qué esos hombres hacen tantas cosas?» pensó Arnes. La cabeza de Bulis voló sobre él y oyó que le decía:

—Tenían una finalidad, Arnes. Mira y escucha.

Las tres flores brotaron de las arenas y crecieron suave y delicadamente; eran las tres flores que siempre se habían visto en el desierto, las mismas que veía ahora, sólo que éstas habían perdido sus brillantes colores y eran flores como de piedra. En la imagen vio a los hombres moviéndose entre las ciudades que se alzaban y desaparecían como al soplo de los vientos, y finalmente el valle desierto y el desierto lleno de fogatas, y sus semejantes allí con sus cuerpos blandos y vulnerables, y ellos tres allí también; en la frente gigantesca de Ates, y dentro de la imagen, la frente de Ates abierta y en su frente la misma imagen que se reducía y se repetía hasta el infinito.

Arnes cerró fuertemente los ojos; por entre los párpados cerrados se le escaparon algunas lágrimas. Sentía como si le hubiesen quemado los ojos. Cuando separó los párpados vio que la imagen se disolvía en una mancha de niebla blanca y brillante. La frente de Ates se cerró de golpe y la oscuridad de la noche cayó bruscamente sobre ellos y Arnes creyó por un instante que la luz había desaparecido para siempre del planeta.

—Ates, Bulis... ¿Están ahí? —susurró.

—Estamos —dijo Bulis y se rio.

Arnes comenzó a ver las siluetas de las cosas a la luz de los astros; después distinguió los detalles. Sobre las altas flores estaban las cabezas de Ates y Bulis como dos relucientes granitos de arena.

—¿Qué estúpida ilusión fue ésa? —preguntó Arnes.

—Era una historia —dijo Ates—; nuestra historia. Es decir, mi versión; no estás obligado a creerla ni siquiera en parte. De todos modos eso no es lo

más importante; podría haber servido cualquier otra historia que se me hubiese ocurrido imaginar, ¿entiendes? Claro que no entiendes.

La cabeza de Bulis saltó sobre el ancho pétalo gris y dijo:

—Es exacto lo que dice Ates. Creo que ahora entiendes, o al menos, entiendes lo que no entiendes. Eso se diferencia de no entender lo que no se entiende. Es un adelanto.

Arnes se sentó sobre las heladas arenas.

—No entiendo —dijo cansadamente—. De ninguna forma entiendo.

—No creas que nosotros entendemos mucho tampoco —lo consoló Ates—. Pero existen algunos puntos que sí entendemos.

—Que entendemos a nuestra manera, claro —rectificó Bulis con una carcajada—. Sin embargo, puede que nuestra manera sea la correcta. Las escenas tenían su lógica, y los hombres... Me gustaría decirte, Arnes, que entender no es un asunto tan fácil. A veces, no entendiendo se entiende, y otras veces creer entender es el peor de los obstáculos para el entendimiento.

Arnes se quedó mirándolos. Eran como dos niños; pero eran mucho, mucho más viejos que él; eran los seres más viejos que él conocía. Recordó las escenas que le mostrara Ates. «¿Por qué aquellos hombres hacían tantas cosas? ¿Por qué aquella demencia?», pensaba Arnes; y dijo en alta voz:

—¿Acaso esos hombres tenían una finalidad?

La cabeza de Bulis volvió a saltar.

—Veamos —dijo Ates—; ¿qué tratas de saber?

Bulis apareció junto a Arnes, sentado en la arena, pero su cabeza permanecía allá arriba en el pétalo de la flor. Arnes no supo a qué parte de su cuerpo atender. Decidió mirar hacia otra parte y preguntó:

—¿Qué tratan de decirme con todo eso?

—Arnes —dijo Bulis—, ahora no eres feliz.

Se oyó la risa de Ates, una risa áspera y loca. Una risa que se mezcló con el gemido del viento y se convirtió en un ruido extraño y siniestro. Arnes se estremeció.

—Es fácil hacer infeliz a una persona —dijo—; basta contradecirla sistemáticamente como hacen ustedes.

La voz de Ates le llegó ahora con insólita dureza:

—Tú tienes un poder que no sabes utilizar. Nosotros tenemos un poder que tampoco sabemos utilizar. Somos estúpidamente desgraciados. Estamos solos y nos miramos en nuestra soledad. Has visto todo o casi todo lo que existió aquí antes de existir nosotros...

Arnes lo interrumpió:

—¡Hacían muchas cosas tontas esos hombres!

La voz de Ates adquirió mayor dureza, casi agresividad:

—Las cosas tontas las estamos haciendo nosotros ahora. Es necesario que comprendas todo lo tonto que somos.

—Si —dijo Bulis en el mismo tono—, había un objetivo común, Arnes. Había un por qué y un para qué. Y eso creo que ni en sueños te lo podrás imaginar nunca.

Arnes sacudió la cabeza. El cuerpo de Bulis saltó a lo alto.

—¿Buscaban la felicidad común? —preguntó Arnes—. ¿Eso querían decirme? Tú mismo dijiste algo, Ates, sobre compartir la felicidad...

—No exactamente —respondió Ates. —No exactamente; al menos no como lo entiendes tú.

—¿Quieres saber? — preguntó Bulis.

—Quiero saber —gritó Arnes.

Vio la silueta de Bulis erguida sobre el altísimo pétalo. Detrás de su cabeza, en el cielo negro y duro, una de las lunas.

—Sabrás —dijo éste—. Lo importante es lo importante. Pero no te preocupes, Arnes; un grano de arena no hace un desierto.

La esfera azul y fría de la luna creció tras la cabeza de ojos inmóviles y astutos de Bulis.

—¿Eres feliz? —le preguntó Ates, sentado a su lado, con una voz ajena, la propia voz de Arnes. La mandíbula de Bulis se estremeció; su carcajada era como un alarido o un lamento.

II Atbar

1

«Estás cansado, Arnes.» Su cuerpo reflejaba esa luz tierna, difusamente tierna del alba. «Has visto en las fogatas el mundo de los hombres, sabes que no eres como ellos... pero que tampoco eres como Ates y Bulis. ¿Con quién hablas? ¿Quién te escucha? ¿Quién puede entender esos anhelos y temores tuyos? ¿Quién siente la vida como tú la sientes? Descansa, Arnes. Vive a tu manera, feliz o desgraciadamente, ¡qué importa! —nadie ha de venir a tocarte ni a mirar dentro de ti; nadie puede—. Soledad... No le exijas demasiado a ella; recuerda que Atbar es **distinta**.» Ahora Ates y Bulis ni siquiera lo buscan: estaban más cansados que él, tal vez más solos que él y más tristes. O quizá únicamente ellos estaban solos y tristes. ¿Por qué él? ¿De dónde le venía a él esa idea de tristeza y desgracia? ¿O sería por Atbar? Atbar estaba en las fogatas de violentas llamas que alumbraban a orillas de las ciudades desaparecidas, bajo el amparo de las flores, de donde, en definitiva, en algún momento del tiempo pasado, habían salido él y todos los demás, y Ates y Bulis. Maldita sea si sabía lo que **Atbar** significaba. ¿Por qué se llamaba así? Tal vez él nunca llegaría a conocer la idea de su nombre. Siempre había visto su cuerpo delicado a la luz parpadeante de las llamas; su cuerpo reclinado y blanco, su boca, sus ojos, su conmovedora belleza... Ya no recordaba cuántas veces había ido hasta allí para ver a Atbar.

—¿Qué haces, Arnes? ¿Por qué no estás aquí? Aquí se está bien.

¿Qué podría hacer él allí? Se sentaba junto a ella y miraba a los hombres; probablemente ella se sentía halagada de tenerlo a su lado; tal vez porque pensaba que si Arnes estaba allí era sólo por ella... No deseaba nada de él, nada le pedía —¡nada le entregaría tampoco!—; pero saber que estaba allí, por ella, la halagaba. ¿Y eso era todo? Arnes iba regularmente hasta Atbar con una suave dulzura en la mente. Más tarde, con el transcurso de los días, fue sintiendo esa definida sensación de bienestar y alelamiento que nacía en la proximidad de la mujer; y tuvo la inexplicable certidumbre de que ella era intocable en su lejano mundo, intocable como él. «Porque tú no puedes ser tocado, Arnes, a nadie puedes tocar.» De pie, mirándola sin que ella lo notase, sentía el horror de su sumisión.

—Ven, Arnes, siéntate a mi lado. ¿Te gusta hablar?

—¿De qué hablan? No sé qué decirles...

Las lunas altas, apagadas por las llamas; el cielo negro y el murmullo apacible de los cuerpos moviéndose sobre las arenas, y las voces.

—No necesariamente tienes que hablar con ellos; puedes conversar conmigo, si quieres.

—Claro, sí... —pero ¿qué decir? Estaba viendo las rápidas apariciones de Ates y Bulis. ¿No era Ates ese que se reía, o era Bulis? Qué ridículo era estar allí, ir por ella cada día, y no hacer nada y jugar con las arenas y sentirse niño... Ah, si soplara con fuerza, con la tremenda fuerza de su aliento —o su voluntad—, ¿no los arrastraría a todos como si fuesen hojas secas? ¡No sabes, Atbar!

Atbar cerró sus manos pálidas y sobre ellas apoyó la cabeza; el cabello rojizo o dorado por las llamas le colgó a ambos lados del rostro, del óvalo perfecto y maravilloso del rostro. Arnes la miró un instante y se le enfriaron las manos.

—¿Vienes del valle, Arnes?

No, él nunca había estado en el valle. (¡Qué hermosa, qué agradable eres, Atbar!) El aire movía sus cabellos y Arnes sintió todo el olor de la mujer. ¡Estaba tan cerca de ella! Si pudiera tocarla ahora suavemente... ¿Dónde? Aquí, así...

—¿En qué piensas, Arnes?

Siguió mirándola. Dijo:

—Ates y Bulis...

Ella sonrió.

—¿Piensas en Ates y Bulis?

—No, desde luego...

Atbar recogió las piernas; ahora apoyaba la cabeza en las rodillas, rodeando las piernas con los brazos. El cabello seguía colgándole, exhalando olores.

—Entonces, ¿en qué piensas? Arnes, a veces creo que no estás aquí. Me han dicho que tú tienes un poder, que puedes...

—¿Qué poder?

—No sé. ¡Eres tan distinto!

Tal vez ella sabía. Tal vez era bueno que supiese. Pero mejor no... En todo caso, no sería él quien se lo diría. Quizá no le gustaría, podría incluso atemorizarse.

—¿En qué soy distinto, Atbar?

Ella echó hacia atrás los cabellos y miró a lo lejos.

—No sé, Arnes. Tu padre... —lo miró fijamente—, ¿no era uno que inventaba máquinas? ¿Atales, no?

—Sí, Atales... Pero él sólo las descubrió creo y... Antes había máquinas. Tus padres seguramente las vieron. Todos las vieron. Hay algunas todavía. En el valle, supongo.

Una brisa fresca corrió entre ellos.

—Arnes, a veces pienso en las máquinas y tengo miedo. No sé por qué tengo miedo. O sí, temo a todo lo que no puedo comprender. ¿Por qué hubo máquinas?

—Yo tampoco lo sé, Atbar. No lo sé con certeza; Ates y Bulis dijeron... Bueno, creo que nadie lo sabe. Mejor es no pensar en eso. No es bueno pensar. ¡Hay tantas cosas que uno no sabe! ¿Por qué existen los símbolos? ¿Lo sabe alguien? ¿Y los astros en la noche? —miró hacia lo alto—. Mira, Atbar, cuantos astros. ¿Por qué están ahí?

Atbar miró.

—Son hermosos, Arnes.

Arnes buscó sus ojos.

—Las máquinas también eran hermosas, Atbar.

Atbar sonrió.

—¿Ves, Arnes? Estás hablando conmigo...

—Sí, Atbar, y me gusta. No me cansaría de hablar contigo.

El hombre llamado Botse se incorporó. Arnes vio su silueta a la luz de las llamas. Estiró los miembros con placer y luego miró a Atbar. Sus ojos estaban quietos y miraban con languidez. Arnes notó que ella estaba un tanto turbada. Trató de no mirarla; se sentía como un intruso, y como si las arenas, bajo su cuerpo, se hubiesen calentado hasta quemarlo. El hombre se acercó y se dejó caer junto a Atbar, riendo y tomándole con desenfado las manos. Algo le dijo al oído que hizo reír a Atbar. Botse ladeó la cabeza; no precisamente lo estaba mirando a él; sino que dirigía la vista hacia Arnes como mirándolo sin verlo o ignorándolo; como si no estuviese allí. Atbar se sintió derribada; rio. Arnes sintió que se le encendían las mejillas y trató de mostrarse indiferente; jugó con las arenas; miró hacia adelante; quería irse, pero en esos momentos no veía cómo hacerlo sin demostrar que aquello lo hería. Botse sacudía la cabeza; por mucho esfuerzo de voluntad que realizara, Arnes no podía dejar de mirarlo. Atbar reía, nunca había reído así con él y le dolía comprenderlo. Botse hizo entonces un movimiento con todo su cuerpo; Atbar abrió los ojos y rápidamente, de debajo de Botse, salió una de sus manos y se apoyó desesperadamente contra el pecho del hombre. Arnes notó que ella hacía fuerza de apartarlo de sí. De pronto Botse se quedó mirándola con risueña sorpresa, se encogió de hombros y se alejó. Al rato —Arnes no miraba—, ella dijo, muy cerca de su oído:

—¿**Por qué** no me ayudaste?

Arnes sintió calor en sus mejillas y supo que se encolerizaba. Esperó unos instantes. Ella no habló más, y Arnes se levantó de un salto. Hubiese querido gritar, o tomarla en sus brazos y llevársela a la fuerza, ¡morderla, besarla! Pero solamente dijo:

—Me voy, Atbar. Me voy.

2

Arnes no miró hacia atrás. Cuando comprendió que se había alejado lo suficiente como para no ser visto ni oído, se detuvo. Ates apareció a su lado, retorciéndose de risa, llorando de risa. Sin embargo, estaba muy serio cuando un instante después le dijo:

—Siempre en busca de la felicidad, ¿eh, Arnes? Está muy bien eso. En este planeta ocurre cada cosa... ¿No crees que enfriará mucho esta noche? De todos modos, enfríe o no, me voy al valle y... ¡ya estoy allí!

Desapareció. Arnes vio la arena saltar blanca y brillante en la noche. Se quedó mirando el sitio donde había aparecido y desaparecido Ates, y se sintió solo y melancólico. ¿Qué estaría ahora pensando de él la mujer Atbar? ¿Por qué se había ido así tan bruscamente? A lo mejor lo había estropeado todo para siempre... ¡Para siempre!

No, Atbar. Quiero verte en estos mismos instantes. Solamente cuando estoy contigo me siento bien... Maldita sea, ¿por qué se había ido? ¿Botse? ¿Qué importaba Botse? Ella, ella... ¿no recordaba sus ojos? «¿Por qué no me ayudaste?» Tu ayuda, Arnes, compréndelo, pedía tu ayuda. Y Botse se fue, soberbio y tonto como es; ¡ella lo rechazó! Sí, ella lo rechazó... ¿Pero sería por él? Tal vez Ates y Bulis tenían razón; tal vez la tendrían siempre. Atbar no saldría nunca de allí, estaría siempre en su lejano estar, protegida, quieta, lánguida... Porque, ¿vendría ella acaso a esta parte del mundo, fiera y llena de lamentos? No, no podría. En aquellas soledades sólo podían vivir seres como él, o como Ates y Bulis; ninguna otra criatura resistiría la inmensidad malvada del desierto, el horror de los símbolos enloquecidos, los misterios y los miedos de la arena muerta. Sí, ella no podría, no renunciaría a las cosas que debía renunciar por él; sí, debía quitársela de la mente, borrarla...

«Sí», se decía; pero se sentó a pensar en ella, a deleitarse y sufrir imaginándola; y se durmió con el sueño de Atbar cuando ya los astros habían desaparecido del cielo y el alba asomaba por el horizonte.

Las siluetas de Ates y Bulis se dibujaron nítidamente en la placidez del cielo, al borde del horizonte, y entre ellas, se dibujó otra silueta deforme y agitada. Ates podría reconstruirle todos los hechos, todos los detalles, desde que conociera a Atbar, y él —lo estaba soñando— podría entonces estudiarse a sí mismo, y saber... Saber qué le gustaba a ella y qué le desagradaba; rectificar, volver y edificar con delicadeza.

Desde la distancia, Bulis lo observaba, y en su sueño Arnes veía a Bulis y era como si estuviese despierto y viera los ojos vidriosos y sabios de Bulis fijos en él. Desde alguna parte le llegó la voz de Ates: «Atbar es Atbar y **tú eres Arnes**. Hay un solo Arnes y nunca habrá dos. Somos más estériles que la misma arena.» De pronto Arnes comprendió: la otra silueta era una criatura salida de Ates y Bulis. Despertó, ¿o seguía durmiendo? «Cierto —gritó Bulis—, es nuestro hijo. Lo hemos imaginado nosotros. Éste es nuestro hijo —había algo muy cruel en sus ojos ahora—. Míralo, Arnes; sólo esto podremos tener. Esa Atbar nunca te dará un hijo, nunca podrá llegar hasta ti. Tú no eres igual a las demás criaturas, no eres igual a ella.» Arnes vio el monstruo que se movía junto a ellos. ¡Un hijo! «¡Destruyanlo!», gritó Arnes.

La imagen persistió un instante y luego se quebró blandamente.

Ates surgió a su lado entre una nube de polvo; Arnes trató de agarrarlo; sus manos se cerraron en el aire. Ates volvía al horizonte, y el monstruo de su mente, de su mente y la de Bulis, se alzó agrandándose y estalló con ruido de carcajadas.

Arnes corrió veloz hacia las fogatas. El olor del humo lo detuvo y despertó, o tuvo entonces conciencia de estar despierto, y su cuerpo vacilante se inclinó extrañamente hasta tocar las arenas con la frente. Se tendió y lloró. «No eres feliz. Nadie es feliz. Nada sirve, nada es importante. Éste es nuestro hijo. ¿Quieres que Atbar te dé algo semejante? Míralo, Arnes, míralo.» La mente de Arnes se evadía: Atbar pensará en mí; estará sentada escuchando sin escuchar; siente como yo. Ella está tendida llorando también, pensando: Arnes pensará en mí... Él está tendido en alguna parte, también llorando, pensando... «No puedo llegar a ti, Atbar —¿podré decírselo?— No puedo, algo nos separa. No es que yo no quiera... Pero no podré, no podrás. No soy como los demás. Soy así. ¿Ves?, tienes miedo. Pero no temas, toda esta fuerza es para protegerte. Tal vez los dos juntos podríamos... Atbar, no sé qué me pasa. ¡Si supieras!»

Ella estaría sentada, probablemente junto a ese desagradable Botse, probablemente abrazada a él, riendo, probablemente besándolo, y lo verían llegar y los dos, ella y Botse, se mirarían, burlándose de él, y todos los demás se burlarían igualmente. Ah, él estaría de pie, las manos frías, enfermas, tratando de ocultarlas y ocultar su turbación, fingiendo, sintiéndose mal y

feroz. Tal vez hiciera cualquier cosa insospechada con el poder de sus músculos: aniquilarlos a todos... «¡A todos; a ti también, Atbar! Te he destrozado, Atbar; mira todo lo que he hecho por ti. Mira a ese Botse, no es más que un montón de carne despedazada. ¡Maldita sea, mira todo lo que yo puedo hacer!»

Arnes se revolvió en el suelo; hasta él llegaba el acre olor del fuego. Pero el viento traía también un olor a Atbar.

Volvía a pensar. ¿Por qué no olvidar y comenzar de nuevo? Sí, desde cualquier punto del pasado, desde el día aquel en que, por primera vez, viera a Atbar. Volver a ella y decirle, no con aquel nerviosismo y aquella vehemencia, sino con firmeza y dulzura: «¿Eres tú, Atbar?» Recordó las primeras palabras de la mujer: «Sí, Arnes, soy Atbar. Ven, siéntate aquí.» ¡Qué delicia! Arnes recogió las piernas y se incorporó. Olvidar, olvidar. Solamente que... el viento sopla de aquella parte y entre el claro olor de las cosas quemadas y de cientos de cuerpos, está el inconfundible olor de ella.

«Ven», sí, donde tú quieras. «Aquí, conmigo», donde tú digas, sí. «Reposar y escuchar», sí, Atbar, reposar contigo. «No —gritó Arnes—; no quiero renunciar a ella. Atbar, ¡me muero por besarte, por tenerte, por acariciarte toda, por lamerte toda!» La recordó irguiéndose entre las demás, desnuda, las piernas entreabiertas, ascendiendo como un milagro... El olor de los senos, del vientre, del suave vellón de su sexo. Se derrumbó como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza.

—Yo pensaba, Arnes, que tú no sabías mirar; que mirabas y no veías. No veías el cielo y las cosas que hay que ver...

El alba teñía el cielo de delicadísimos matices de rojo y la arena parecía como líquida, tersa, muy dorada. Estaba viendo a Atbar en la blanca luz, los cabellos bañados por un líquido espeso y oloroso, vegetal, los cabellos frescos y húmedos de rocío cayéndole en suaves ondas sobre la espalda y los hombros, el rostro borroso hecho como de nubes muy leves: pensaba. Atbar estaba pensando; ¿en qué estaría pensando? ¿En él? Un dedo bajo los labios, abstraída. Arnes se sintió incapaz de acercársele. Los hombres se movían sobre la arena, saliendo de un sueño profundo y largo. Botse se irguió, sin

cuidarse de sus gestos, porque quizá sabía lo hermoso que eran todos sus gestos. Y ella tan cerca de él siempre, de él y de otros, con sus cuerpos equilibrados, de la misma carne y la misma sangre que ella.

Tú tienes un poder, Arnes, utilízalo; que ella te vea y se aterrorice. Esos seres gregarios no son como tú eres, Arnes. Son unas criaturas débiles y enfermas. Hazlo; a ella le gustará después. Mira, ellos ni siquiera la ven, no la gozan ni la sufren, la aceptan, no viven para ella, no están pendientes de cada una de sus palabras, no la recuerdan, es como si cada nuevo día se viesen por primera vez, pero sin admiración, sin sorpresa, oscuramente, tan oscura y fríamente como un grano de arena amanece junto a otro grano de arena. «Si ella supiera.» Díselo, muéstraselo, hazla sentir... Recuerda: ella no aceptó a ese Botse. Recuerda que lo rehuyó, que rechazó su abrazo: «Lo rehuyó porque sentía, sentía. ¿Por qué rechazarlo, si no?» ¿Pero ella no te llama siempre? Te busca con la mirada; te ve y dice: «Ven, Arnes, aquí conmigo.» ¿Por qué lo hace? ¿Quién sabe por qué una mujer hace algo! No, recuerda sus palabras, recuerda sus ojos, esa manera de mirar y hacer cuando tú estás presente. «Estoy sufriendo.» Ve a ella; nada más estar cerca de ella, rozarla apenas, hablarle, hacer que ella descubra en ti su feminidad. Hazlo, Arnes. Ahí la tienes delante de ti; ¿no es acaso lo más hermoso del mundo? Sí, lo más hermoso. «Si pudiera, como Ates, ver sus pensamientos...» Pero Ates nunca lo haría, ni él tampoco caso que tuviese un poder así. Mírala, Arnes; está pensando, despierta en la luz amable del alba, por encima del sueño de los hombres, velando. ¿Por qué? Por ti, Arnes, porque te fuiste bruscamente de su lado y ella comprendió. Ya ella sabe. No fue necesario decírselo... «Me despreciará.» No, Arnes, está esperándote, porque tú has sido recreado dentro de su cabeza; ahora todo lo que le has dicho antes tiene para ella un significado distinto.

Déjala pensar. Está, precisamente, recordando todas tus palabras.

3

El sol asciende, calienta las arenas y despeja todo el desierto de las extravagantes nieblas de la noche. El pelo de Atbar todavía guarda olor a

niebla y humedad de rocío.

Arnes comenzó a caminar despacio, sintiendo como si todo pudiese quebrarse de pronto y nada ser sólido ni real; como si ella también, de alguna manera terrible, pudiese romperse o desvanecerse...

—¿Eres tú, Atbar?

Atbar ladeó la cabeza, y a él se le antojó más bella que nunca.

—Pensé... —dijo Atbar.

«Sí, pensó que no vendría más.»

—¿Pensaste eso, Atbar?

—¿Qué?

—Dijiste...

—Sí; pensé que no volverías más —las mejillas de Arnes se arrebolaron; ella agregó con voz suave—: Botse es siempre igual... **Jugamos.**

—Tal vez —se lamentó Arnes— yo no sepa jugar ni entender los juegos.

—¿Tanto te desagradó? Pero estabas tan callado... Te juro que no sucederá más.

—No, yo no quiero... Es decir, en **tus cosas**...

—No, Arnes, a mí tampoco me gustó.

Se miraron.

—Creí que no vendrías más, y eso, Arnes, no me gustó nada. He pensado tanto, tanto...

«¿Qué estoy oyendo? ¿Es ella realmente quien habla, quien me dice esas cosas? Atbar, también yo he pensado mucho... Y ahora estamos tan cerca, mirándonos...»

Atbar mudó la expresión de su rostro.

—¿Por dónde viniste? ¿Cómo no te vi llegar?

«Cómo ibas a verme. Vine moviéndome velozmente, tan veloz como nunca has visto ni verás a nadie moverse; atravesando alguna roca en el camino.»

—No sé —dijo Arnes.

Atbar rió.

—¿Cómo no sabes?

—Vine por allí... Tal vez no mirabas. Después de todo...

—Después de todo —repitió Atbar—, lo importante es que estás aquí. Ven, siéntate, más cerca de mí.

—Botse...

—¿Todavía piensas en Botse? Botse es tonto... ¿Crees que me hizo daño? Arnes, si Botse me hiciera daño, ¿tú me defenderías?

—¿Defenderte, Atbar? Sí, siempre...

Los dos rostros estaban muy cerca, envueltos en una dulce niebla de embeleso. Detrás, todo lo demás tornábase borroso y lejano.

¿O era un sueño de Arnes?

—Anoche —murmuró Atbar— estuve esperándote. No sé por qué, pero me pasé toda la noche esperándote. Ellos hablaban y, Arnes, si me preguntas no podría responderte de qué hablaban. No los escuchaba. Eso me inquieta porque siempre me he sentido tan bien así con ellos... Arnes, la tarde fue tan buena contigo.

Lo miraba con los ojos muy abiertos, parpadeando, como si tratara de comprender algo que no era tan raro como tan novedoso. Algo que incluía dulzura y a la vez desasosiego. Y quizá —comenzaba a vislumbrarlo en su mente— el sosiego era para ella demasiado importante.

Volvió la cabeza.

—¿Por qué me miras así, Arnes?

—Siempre te he mirado así, Atbar.

—No es verdad.

—Eres hermosa.

—No es verdad.

—Sí, eres muy hermosa. No hay nada más hermoso que tú.

—No es verdad, Arnes.

«Botse y los otros son muy indiferentes; sólo tú me dedicas tanta atención. Me siento bien con ellos, es verdad. Pero a veces no quisiera estar con ellos. Quisiera estar contigo, Arnes, y que me besaras.»

¿Y él, qué le podría ofrecer? La soledad, el miedo y la tortura de los símbolos salvajes, su mundo de violencias y tristezas. Ella estaba bien allí; tal vez nunca se movería de allí; estaba protegida; alimentada... Quizá, Arnes, quizá ya no estuviera tan bien. Mira sus ojos; mira cómo esos ojos te miran en ese instante.

«No, no vuelvas la vista; sigue mirándome así, así...»

—No me siento bien, Atbar.

—¿Qué sientes?

«¿Qué siento? Si me dejaras cogerte las manos y besarlas, ¡besarte en la boca! ¡Esa boca!»

—No sé, Atbar. Quisiera...

«Sí, lo sabes. Sabes lo que siento. Debo tener una mirada...»

—No pensemos, Arnes.

«¡No pensemos! ¿Y qué puedo hacer? No pensar; muy bien, no me mires entonces con esos ojos despiadados, no me mires así, Atbar.»

—No me mires, pues.

—Arnes, ¿no quieres que te mire?

—¡Oh, sí, mírame!

Atbar sonrió, vio sus dientes blancos y perfectos entre la roja carne de su boca.

—Dijiste que no.

—No sé lo que hablo.

Movió las manos; de pronto no pudo resistir más, sintió ahogarse y atrapó una de las manos de Atbar, la retuvo entre las suyas acariciándola. Ella bajó la cabeza y lo dejó hacer. Luego, despacio, retiró la mano y su rostro se oscureció.

—No, Arnes.

«Sí, sí, Arnes. ¿Qué me pasa?»

«Me acepta, se siente halagada; pero nada más.»

—Tu boca, Atbar...

—¿Qué, Arnes?

—¿Dije algo?

Ella sacudió la cabeza; estaba un poco aturdida.

—Dijiste que mi boca... ¿Qué tiene mi boca?

Arnes se quedó mirándole la boca.

—Arnes...

—Esa boca, yo... Atbar.

Ella se miraba las manos; estaba como deseando hablar de otra cosa. Sí, tal vez la estaba molestando, irritándola. Todo aquello era embarazoso.

Respiró hondo. Miró las fogatas; sintió que ella se movía. Alguien cruzó muy cerca de ellos. Sintió ruidos, voces. Comprendió que no estaban solos, que en ningún momento lo habían estado. El hechizo se había roto. Ella despertaba. Volvió la cabeza. Ella lo estaba mirando con una muy secreta súplica en los ojos.

—Arnes.

—¿Qué, Atbar?

—No sé, Arnes. No me entiendo.

Arnes no habló; no miraba hacia ninguna parte. Estaba como ciego.

—¿Quieres que me vaya?

—Ahora sí, Arnes.

—¿Quieres que no vuelva?

Atbar buscó sus ojos. No supo qué contestarle.

—No sé —dijo.

Arnes se levantó. Jadeaba un poco. Se alejó. Corrió veloz como sólo él podía hacerlo. Durante toda la noche se movió veloz por el desierto, rugiéndole el viento en los oídos.

4

—Ahora no eres feliz —gritó Ates—. La felicidad es tan compleja... Es como algo que construyes de cierta manera y no logras mantenerlo en su totalidad, pues las partes se van desmoronando o cayéndose, y es necesario recogerlas y volverlas a unir, mientras otras partes se caen a su vez. ¡Un tedio!

—¡Tengo un poder!

—Sí; y ahora ese poder ya no da placer; incluso es un obstáculo para su consecución. Realmente, Arnes, uno habla en el desierto.

El alba lo sorprendió sobre las suaves tierras al borde del desierto, tan excitado que no había podido entregarse al sueño, los brazos a la cabeza, resoplando, no queriendo pensar y pensando más que nunca.

Ates surgió entre sus piernas, haciendo saltar las arenas.

—¡Qué miserable planeta!

Arnes logró atraparlo por las piernas. Era la primera vez que lo tocaba; siempre había tenido la impresión de que Ates y Bulis eran seres insustanciales. Pero Ates era sólido y caliente, como seguramente lo sería Bulis. Lo sacudió con fuerza muy medida para que no se deshiciera en sus manos poderosas. Ates gritó un poco atemorizado. Bulis apareció detrás de Arnes y le dio un puntapié. Arnes soltó a Ates. Los dos desaparecieron para reaparecer un instante más tarde fuera del alcance de sus manos.

Ates dijo:

—Por ese camino, precisamente, no se llega a ninguna parte...

Bulis parecía estar bailando o le dolía algo.

—Obstinado Arnes —dijo—, ahora es Atbar, pero en definitiva es lo mismo: ¡la felicidad! Me fatiga nada más verte. Ilusiones, Arnes, ilusiones; piénsalo bien. Cuando tengas lo que deseas... y no quiero desanimarte pero estoy seguro de que no será así, cuando lo tengas, digo...

Arnes suplicó:

—Ustedes saben... Tú, Ates, tú sabes lo que ella piensa. Dime, ¿qué piensa de mí, qué siente? —de pronto tuvo miedo de saberlo—: ¡No, no me lo digas!

Ates se rió.

—Ya lo ves, Arnes. Pero hemos hablado demasiado contigo; no tienes oído y tampoco creo que veas muy bien.

Desaparecieron. Arnes cayó sobre la blanda tierra salpicada de oro y plata.

—¿Para qué quieres un hijo, Arnes? —dijo desde muy lejos la voz fatigada y vibrante de Bulis.

Luego oyó como un estruendo, como si toda la arena del desierto se hubiera alzado y caído a la vez. Ellos sabían mucho, y si hablaban de un hijo era porque él, sin haberlo pensado siquiera, lo deseaba. Pensó en Atbar, y ante ella sólo estaban las ansias de tenerla, pero tal vez eso no fuera más que una aberración de sus deseos. Y sin embargo, ¿cómo confiar en Ates y Bulis?

Sobre la blancura del cielo apareció un ancho rostro de espesas barbas azotadas por el viento, de ojos implacables, dulces, burlones, intensos. Al desaparecer la imagen se oyó la voz de Ates:

—Este es Nur B, Arnes. Un nombre bastante raro, un nombre antiguo. No sabes quién es y no te lo diremos. Pero éste es tu Atbar, tu deseo, el origen de tus sueños. ¡Hijos, Arnes, muchos hijos! Hijos para perpetuar la raza de los colonizadores. Éste es Nur B y tú no eres más que un grano de arena. Todo es falso, Arnes, porque detrás de todo está él.

Arnes corrió hacia la voz, y luego vio a los dos hermanos atravesando el espacio en suave vuelo hacia las alturas, enfrascados en una conversación lenta y perversa, en un obstinado tema.

Se irguió y pensó: «Estoy atrapado», y se quedó perplejo con este pensamiento suyo. Dejó su mente quieta y miró el mundo alrededor. Un momento más tarde, su mente era un caos:

«Atrapado, me miras, no me mires así, un hijo, eso es todo, Arnes, éste es nuestro hijo, un monstruo, Atbar, déjame tocar tus pies, déjame besarlos, déjame acariciarlos, te lo suplico, ¡tus pies!, ¿qué haces?, los beso, tus pies, Atbar, déjame limpiarlos de la arena que los cubre, déjame contar tus dedos, no, Arnes, no, sí, sí, tus pies, tu boca, tus piernas, tus pechos, tu cuello, tu vientre, tu sexo, sí, aquí pongo mi boca, aquí hasta morirme, ¡aquí!, no, ¡oh sí, Arnes!, sí, claro, detrás de todo está él, Arnes, estás atrapado pero yo no, Ates, ni tú, Bulis, nosotros no, tú sí, todos los demás sí, nosotros no, y tú, Atbar, ¿qué sientes?, mira lo que siento, mira cómo me abro para ti, cómo me alzo, cómo me muestro, ven, aléjate, no te vi llegar, claro, soy veloz, mi nombre es Arnes, ¿no te sugiere nada ese nombre?, un nombre reciente, inventado ayer, no sabes, eres de otra raza, maldita voz, Atbar, ¿te he hablado alguna vez de un hijo?, pensé que no vendrías, Botse es tonto, sólo tú sabes mirarme, sólo tú sabes tenerme, ven, Arnes, solamente estar así, no, no solamente eso, ¿qué esperas de mí?, ¿lo sé yo?, ¿quién, pues, lo sabe?, lo sabe Nur B, el del cielo, ilusiones, Atbar, puro mecanismo biológico, reproducir, perpetuar, te busco y te anhele sólo para que me des un hijo, te amo para cumplir la voluntad de ese Nur B, ¡maldita voz!»

El cuerpo de Arnes se dobló; la luz exacta del alba tocó sus cabellos y rodó por su espalda; el oro y la plata brillaron entre la negra tierra, y la tierra fue entonces como un cielo deleznable y pisoteado. Corrió abrazando el aire leve de la mañana, buscando los más sólidos obstáculos para atravesarlos, enajenado con el sonido estruendoso de los impactos victoriosos. Sí, Atbar

debía conocerlo como él era; aceptarlo o rechazarlo; pero a medida que avanzaba lo atacaba el temor, y cuando llegó hasta las fogatas marchaba ya con pasos cautelosos, vencido y agitado. Atbar no estaba en su sitio; se quedó allí de pie, sin saber qué hacer. Nadie lo miró. Botse estaba tendido con la boca abierta; ¿se reía? La voz le salió de pronto:

—¿Dónde está ella? —preguntó, sin dirigirse a nadie, y nadie le contestó.

Botse se incorporó y rodó sobre las arenas; comenzó a hablar con los otros, adormilada, lánguidamente. Aquel parecía un sitio creado expresamente para el aburrimiento. O tal vez la felicidad era eso: el aburrimiento. Arnes caminó entre ellos lleno de arrogancia, mirándolos con abierto desprecio; pero ellos estaban más allá de todo eso. Se alejó sin rumbo. Llegó hasta las apartadas rocas de cuarzo, hasta la madeja de fosilizados tallos donde la arena tornábase rojiza y era de granos gruesos. Llevaba la cabeza baja y pisaba con desgano removiendo las arenas. Se detuvo ante una roca y comenzó a golpearla distraídamente con el puño, con contenida rabia y despecho, pero fríamente. A lo lejos escuchaba el murmullo de las voces, y el aire de la mañana estaba cargado de un aroma dulzón y picante.

Su mano quedó quieta, apoyó la frente en la fría herida del cuarzo y luego se volvió y miró a lo lejos. Atbar cruzó entonces entre unos tallos recamados de multicolores hongos.

—¡Atbar! —gritó.

La cabeza de Atbar asomó un instante, radiante y perpleja. Arnes no se movió. Atbar miraba fijamente, como alelada. De pronto Arnes se sintió mal; aquella mirada era como si ella le estuviera diciendo: «¿Qué haces aquí? Pensé que me había librado de ti para siempre.»

Atbar dijo entonces:

—¿Qué haces aquí, Arnes? —pero había temor, ansiedad y ternura en su voz. No, no hubiera querido librarse de él, sino todo lo contrario. Temía que no volviese, temía la razón de su llegada; estaba pendiente de un gesto, una mirada hostil... ¿Habría regresado acaso por ella? Si ella pudiera ser como las demás mujeres, y decir y hacer lo que quería... Trató de mirarlo de la manera más dulce posible y agregó—: ¿Vienes a verme, Arnes?

Arnes se sintió turbado.

—Venía por aquí... En realidad, te estaba buscando. No te vi en nuestro... en tu sitio. Pregunté pero, aquí nadie sabe nada ni le interesa nada. Es decir...

—No te disculpes —se apresuró a decir Atbar, moviéndose ágilmente hacia él, las mejillas encendidas, todo su rostro limpio y fresco. Se detuvo muy cerca de él, y cayeron en esa manera equívoca que tenían de mirarse. Todo lo que no era Arnes ni Atbar se borró del mundo.

Ella hizo un gesto con la cabeza, apartó un instante la vista y rápidamente volvió a mirarlo rectamente a los ojos. Le estaba comunicando algo con la mirada; pero Arnes pensó: «¿Creerá ella que yo adivino sus pensamientos?»

Atbar dijo:

—Caminaba por aquí —se dio alientos—, y comprendí que te estaba esperando. Escúchame, Arnes; haga lo que haga nunca lo tomes a mal... Yo misma no sé por qué hago ciertas cosas. No sé por qué ahora...

Se calló. Arnes quiso decirle algo muy tierno, tan tierno que no pudo hallar las palabras. Sólo dijo:

—Atbar... —y extendió el brazo; ella bajó la vista y a Arnes se le antojó aquello una actitud de entrega. Dijo otra vez—: Atbar —y repitió su nombre una vez más aún, acercándosele. Su brazo extendido y como ajeno a él rozó los cabellos de Atbar, e inmediatamente la mano se abrió, ávida, y se introdujo en la espesa cabellera hasta alcanzar la nuca.

Atbar saltó hacia atrás, torpemente, confundida; se llevó la mano a la nuca y tocó allí donde había tocado Arnes. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero entre las lágrimas Arnes creyó descubrir algo semejante a la cólera.

—¡No! —gritó Atbar cubriéndose el rostro con las manos—. ¡No, no sé! ¡No quiero! Por favor, Arnes, vete, ¡vete!

5

«¿Qué quiere? ¿Qué quiere?», repetía la mente ofuscada de Arnes.

Ven, Arnes. ¿Para qué? Maldita sea, ¿para qué? Arnes, recuerda lo que te dije; no soy como las demás... No quiero que tú pienses... ¿Qué quieres? No te molestaré más; ¡oh, puedes estar segura de eso! No, Arnes, no me

molestas, ¿cómo podrías molestarme? Los ojos quietos, excitados pero quietos, pasivos, femeninos. Tú, Arnes... ¿Yo qué? No es fácil; al menos no lo es para mí, si supieras... Arnes, Sí, te oigo. El cuerpo de ella tan próximo al suyo, exhalando olores. Atbar, siento que voy a hacer alguna locura. No vayas a tocarme, no lo resistiría. No te preocupes, no te tocaré nunca, ¡nunca! ¿Por qué dices esas cosas? ¿Quieres entonces que te toque? Sí, ¡no sé! Acaso no todavía, no ahora... Bien, me voy. Arnes, te lo suplico, no quiero que te vayas; no me dejes así. Quédate aquí, ¡lo necesito! Atbar, ¿no comprendes que me haces sufrir? Te miro y... ¡eres irresistible! La mano de Atbar jugando con las arenas, los párpados inmensos, inclinados, ocultando los ojos evasivamente inquietos y húmedos, sintiendo, rechazando el halago.

«¿Qué quiere?», pensaba Arnes, boca arriba sobre la colina, mirando los astros burlones e irreales.

—No la veré más; aunque me muera no la veré más. «Recuerda, Arnes, haga lo que haga **nunca** lo tomes a mal», sí, eso había dicho ella... ¿Pero cómo interpretar esas palabras? Después de todo, ¡qué me importan las palabras! No me importa que ella, allá en lo hondo de su cabeza, sienta y desee lo que yo siento y deseo; lo que me importa es que me lo demuestre. Quiero su cuerpo, no el sueño de su cuerpo ni las palabras de su cuerpo. Ella sufrirá entonces. Que sufra, ¿no sufro yo? Ella no sufre; eres ingenuo; ella está allí, en su maldito sosiego... jugando, infantil y tremenda. Nada más estar así, así... ¿Qué cosa cree que yo soy? ¿Una roca, un montón de arenas?

«Ahora no eres feliz, Arnes.» En algún lugar secreto del desierto, Ates y Bulis estaban conversando, las cabezas muy juntas, diciéndose cosas extrañas, intercambiándose imágenes; y hasta Arnes llegó la maldad triste de ellos. Llegó un ruido, un olor a desilusión, a ideas y anhelos perdidos. «Lo importante es lo importante, Arnes.»

—Lo importante es sentir: Ser feliz o no, no importa; lo que importa es sentir, ¡sentir! —gritó Arnes, saltando en la colina, colérico contra los astros inmutables, contra el desierto vacío, contra su implacable soledad.

«Esta noche andan sueltos los símbolos, Arnes. Escucha, ¿no sientes ese jadeo tremendo que viene desde el abismo? La estructura que estás creando se hace cada vez más compleja. Es algo que construyes para llegar a la felicidad, y su propia realización es un obstáculo para alcanzarla. Estos

símbolos desconocidos forman parte de ella, y su origen está en una antigua voluntad, la voluntad increíble de nuestros antepasados, la voluntad de Nur B...¿No te sientes ahora como un grano de arena? ¿Sentir dices? No, tonto, es la voz que viene a través del tiempo y grita: ¡Un hijo! Ya ves, un simple mecanismo biológico. Escucha, Arnes, los símbolos... »

Tú sabes mucho, Bulis; pero estás equivocado. No sé de qué voz estás hablando ni me interesa saberlo. Estoy sintiendo algo que tú nunca sentirás; algo que no puedes entender, algo que ni yo mismo hubiera podido entender antes.

Ates regresaba de un mundo más silencioso, más vacío que el desierto; venía del interior de sí mismo, tal vez decepcionado y por ello cruel y endurecido, y por ello malvado, gritando:

—Estúpido, estúpido Arnes. Tú y tus pequeñeces me tienen harta. ¡Harta!

Ates venía gritando, llorando y riéndose. Hasta los muertos ojos de Bulis se llenaron de terror. Estaban y no estaban. Arnes los veía aparecer y desaparecer; pero no los oía; no deseaba oírlos; ya no creía en ellos. La colina se lanzaba hacia adelante vorazmente entre las sombras espesas y rumorosas del desierto anochecido; los astros parecían caer uno tras otro en el océano del desierto, hundirse y desaparecer sin una queja, mansamente, resignados.

—¡Basta! —gritó Arnes, y se movió hacia donde él sabía que se movería al final de todos los finales, al final de todas sus lamentaciones y renunciaciones, de todos sus castigos y flagelaciones y tormentos: hacia Atbar.

Ates y Bulis se tomaban las manos, y Ates tenía el rostro lleno de una sonrisa superior a su crueldad, y decía, le había dicho en aquella ocasión a Bulis:

—Obsérvalo, Bulis. Si tiene un hijo, tendrá dos, y si tiene dos, uno se llamará Tilme y el otro Calea. Si tiene dos, y esos dos se llaman así, la mujer entonces será Atbar... ¿Entenderá él lo que esto tiene de tremendo y estúpido? ¿Será él lo suficientemente inteligente como para comprender su estupidez y sumisión a la vida, a esta vida maldita e inútil?

—¡Cierto! —dijo Bulis.

III Nalis

1

Esos dos muertos de piedra, endurecidos y sin embargo desmoronándose con los vientos y las lluvias y el sol, achatándose, redondeándose hasta perder sus formas, y a pesar de todo vivos y odiosos: Ates y Bulis. «Estos son», pensó Nalis mirándolos.

Oyó entonces la voz de Ates, una voz toda rota y cansada:

—Nalis, eres el más tonto de todos los hombres. Y que te lo diga yo no es nada gracioso, ¡si habré visto tontos en mi vida! Pero hay algo en ti que es peor a toda la tontería, a toda la locura conocida. Sin embargo, no te preocupes por eso; sería ser tonto dos veces.

Él había ido hasta allí muchas veces, y había observado las tristes piedras del desierto que eran Ates y Bulis, sus rostros lavados por las lluvias y blanqueados por el sol. El joven Calea nunca se acercaba a las piedras parlantes, pero Nalis siempre regresaba a ellas como fascinado, y estaba todo el tiempo de pie, mirándolas.

«¿Por qué viven?», pensaba.

Aquella vez cuando Bulis le dijo: «Todo depende de los símbolos, tonto. O no depende. Pero el símbolo mata y ciega, y es bueno librarse de él; **sin símbolo hay liberación**. Pero dime una cosa, tonto Nalis, ¿puede alguien vivir sin su símbolo?»; aquella vez creyó oír la revelación. Sí, librarse del símbolo y ocultarlo para que no perezca... Ser total, absolutamente invulnerable. Si él pudiera; si él, Nalis, pudiera apartar de sí el símbolo

destructor, habría llegado a un punto situado más allá de todo dolor, de todo peligro...

—¡No entiendes nada! —gritaba Ates.

Bulis dijo:

—Viejo Nur B, diviértete viendo la degeneración de tu raza. He ahí a tus hijos, ¿qué piensas de ellos? ¡Mira a ese Nalis! Un día llegaré a creer que soy más inteligente que tú.

—¿Con quién hablan? —preguntaba Nalis alargando la cabeza.

—No molestes, Nalis —dijo Ates—. Por cierto, ¿sabes lo que quiere decir tu nombre? Quiere decir exactamente nada. Anda, ve a jugar con las arenas. Me aburre tenerte delante.

—Claro —dijo Bulis—; estás delante de nada. Escúchame, Nada-Nalis, éste es nuestro consejo: regresa al vientre de tu madre. Nur B te lo agradecerá.

—¿Quién es Nur B?

Bulis bostezó.

—Un nombre antiguo. Un nombre compuesto salido de otro nombre todavía más antiguo; verdaderamente es la contracción de un nombre mucho más amplio y hermoso. ¿Qué son nuestros nombres? Yo soy Bulis, éste es Ates, así simplemente. Y tú... Bueno, tú eres nada. Todos nuestros nombres son ¡nada! Ates, ¿te has preguntado alguna vez para qué nos sirve a nosotros dos tener tantas cosas en la cabeza?

—Sí —dijo Ates con amargura—. Eso quisiera saber... ¡Eso!

El tiempo se iba de extraña manera en la proximidad de Ates y Bulis. Nalis no sabía si estaba en un ayer o en un hoy.

Bulis decía, con su rostro fósil atacado por la erosión fluvial, con su rostro vivo y muerto:

—El dolor persiste más allá de todo punto imaginable. El dolor es la vida y la ausencia de dolor es la muerte. ¡Maldito planeta!

Un instante después Ates gritaba:

—La vida es la felicidad, ¿verdad, Arnes? ¡Qué risa, ya de Arnes no quedan ni los huesos! Míranos aquí, Arnes; ¡hemos alcanzado la felicidad! ¿Quieres que te contemos cómo es nuestra felicidad? ¿No escuchas, Arnes? ¡Bulis!, ¿estás ahí?

—Sí —dijo Bulis con una risa de llanto—, estoy aquí con Nada.

Nalis sabía que ellos estaban encerrados en su símbolo sufriendo. No le importaba mucho que le dijeran Nada-Nalis; ya ese Ates y ese Bulis sabrían lo mucho que era Nada. ¡Ya sabrían!

Nalis recordaba ahora que de niño ya había tenido una idea distinta de los símbolos; veía que los símbolos poderosos sostenían la vida y a la vez la aplastaban, negándola. Recordaba que siempre había imaginado la vida como un reflejo de los símbolos, y los símbolos independientes de la vida, apartados y seguros, alimentándola nada más con su aliento cósmico. «Así debe ser —pensó Nalis—. Ates y Bulis saben mucho, pero no han podido librarse de su símbolo, ¡y yo podré!»

No estaba quieto, estaba lleno de ambiciones y deseaba sentirse como por encima de todos los seres, acaso por encima de él mismo.

—Escucha, Calea —dijo Nalis—, tú que eres hijo de Arnes, el que sufría...

—No —dijo Calea—; yo soy hermano de Tilme, el que nació en el valle, el hijo de Atbar.

—¿No es lo mismo?

—Nada es lo mismo —acentuó Calea—. No quiero saber de Arnes, si es que existió.

No, no quería saber de su padre, y menos de ese Nalis. Nalis no podía ser bueno, estaba demasiado lleno de anhelos; no oír a Nalis que habla como la piedra Ates y como la piedra Bulis.

—Escucha, Calea —insistió Nalis—; si el triste Arnes hubiese podido liberarse de su símbolo... ¿No me oyes?

¿Qué iba a decirle a ese Calea? Tonto, tonto —¿no dijo eso Ates o Bulis: Eres un tonto?—. Cierto, cierto, era un tonto, ¿por qué revelarle a Calea el secreto? Silencio, Nalis; nadie debe enterarse. ¿Y si Ates y Bulis hablaran con los demás a propósito de aquella idea suya de librarse del símbolo? Ates y Bulis podían hacer cualquier maldad por el simple gusto de hacerla. Nalis meditaba con la cabeza ladeada: No, ellos no hablarían; Ates y Bulis eran dos solitarias piedras tal vez sólo estimuladas por su presencia. Además, saber no

implicaba poder. «Sin símbolo hay liberación»; bien, era una idea que cualquiera podía tener en su cabeza. La cuestión estaba en cómo librarse del símbolo.

Con estos razonamientos, Nalis jadeó satisfecho. Ahora debía alejarse de los demás y dedicarse a su asunto. En realidad, no sabía qué método emplear, pero sentía que dentro de él el símbolo andaba medio suelto, danzando... Se encerró, se apartó y se concentró en esta sensación suya. La cabeza comenzó a calentarse. «Así —pensaba Nalis—, así, ¡así!» Un relámpago le subió por todo el cuerpo y le estalló en la cabeza; perdió la conciencia, se deshizo en humo. Cuando volvió en sí, no supo qué tiempo había transcurrido, pero sintió que el símbolo se había constituido en una entidad propia. Ahora iría muy lejos, más allá del valle, y cuando regresara...

El cielo se había unido con las arenas en una noche oscura y borrascosa. Nalis recibía el viento y la lluvia con los brazos abiertos y ansiosos. Luego guardó su símbolo. Estaba muy excitado y se movía con terror; ¿vivo o muerto? Gritaba y escuchaba su voz entre el estruendo del rayo. En la tormenta de relámpagos su propio cuerpo era una descarga eléctrica. Vivo, Nalis, vivo y poderoso. Ahora sabía que había entrado lo extraño, lo extraordinario en su vida. Nadie había sobrevivido jamás a la separación de su símbolo. Su vida, pues, se hallaba libre de todo peligro. ¿Cómo lo había logrado? No lo sabía. De pronto su símbolo ya no estaba dentro de él, y adivinó que éste se había posesionado de un guijarro cualquiera. Entonces lo ocultó bien, en un lugar inaccesible; procediendo de esta manera aseguraba su existencia contra cualquier amenaza externa, pues mientras su símbolo permaneciese incólume él no sería vulnerado por ninguna fuerza conocida.

Durante el camino de regreso, Nalis sintió que se identificaba con las fuerzas de la naturaleza; y un sueño agradable vino a él y durmió durante muchos días.

Más tarde, recorriendo los lugares habitados por los hombres, su arrogancia lo cegó. Quería manifestar su poder, y manifestarlo de la manera más terrible.

Jazul lo observaba atentamente tratando de penetrar su cerebro; tocaba aquí y allá, pero nada descubría, aunque estaba convencido ahora de que ya él, Jazul, no era el único hombre que había logrado separarse de su símbolo.

Era perfectamente claro para Jazul que, de ser cierto aquello, ese Nalis sería impenetrable e indestructible lo mismo que él.

«¿Qué has hecho de tu símbolo?», oyó Nalis que una voz le preguntaba, y tuvo tal sobresalto que corrió hacia el lugar donde tenía guardado su símbolo. Cuando estuvo completamente seguro que su secreto no había sido violado, lanzó sus ondas y abrió su percepción sobre todo el planeta. «Es Jazul quien sospecha», descubrió Nalis; e inmediatamente sospechó él de éste, y decidió averiguar la verdad.

Jazul miraba el fuego que ardía a sus pies. Las llamas azules adoptaban caprichosas formas. El fuego subió como una columna de cuarzo y envolvió el cuerpo de Jazul cuando la temperatura ambiente comenzaba a tornarse demasiado fría. Envuelto totalmente en el fuego chisporroteante, Jazul parecía meditar y sus ojos eran dos brasas más brillantes que las llamas.

Nalis sugestionó a Jazul y se hizo invisible a su lado; la frente de Jazul se abrió repentinamente entre las llamas, pero Nalis no pudo ver allí nada concreto, sólo veía vaguedades y sueños confusos. Apartó la mente: Jazul recordaba cosas que él no debía espiar. Esperó, pues, invisible y tranquilo junto a Jazul, acechando un descuido para descubrir su secreto. El día terminaba, y Nalis notó asombrado que Jazul trataba de influir en el curso del sol pues temía la noche. El esfuerzo de Jazul provocó una breve tormenta que arremolinó las arenas y las lanzó violentamente al espacio. En el cielo aparecieron algunos astros, no todos —«extraño», pensaba Nalis—, y se dibujaron numerosos símbolos hostiles. La luz áspera de aquellos símbolos cayó sobre ellos y rodó sin herirlos, como rueda el agua sobre la piel sin penetrarla. Los dos sonreían con soberbia, pero Jazul temía a la noche y eso lo inquietaba. ¿Cómo era posible? ¿No estaba su símbolo allá, bien oculto y protegido? ¿A qué temer? Pero temía y pensaba en su símbolo lejano; y Nalis logró llegar hasta ese pensamiento suyo. Esto bastó a Nalis para comprender que su «hazaña» no era un caso único. Buscó algo más, el escondrijo del símbolo, pero halló la frente del otro cerrada y vacía. Abandonó el lugar después de apagar el fuego con rencor y dejar a Jazul tiritando en la noche de su imaginación.

Nalis volvía a su símbolo de guijarro. Cruzó todos los umbrales que él había dispuesto y siguió los caminos falsos y los verdaderos. Llegó al valle bordeando el arroyo rumoroso y en un lugar del arroyo las ondas de las aguas señalaron el sitio. Luego buscó entre el lecho de guijarros, entre cientos de miles de guijarros iguales, y encontró el que guardaba su símbolo. El valle solitario era morador de los vientos más terribles. Sólo se oía el gemir del viento, y el tiempo se movía muy despacio allí, entre la vegetación azul, entre las culebras de plantas quemadas por el sol, entre el deslizamiento de hojarasca y escombros transparentes de antiguas ciudades. Había vestigios de apagados símbolos, huellas antiguas y misterios. Nada había que buscar en el valle; nada había allí, nada bueno. Su símbolo tenía, pues, una morada lejana y triste, por nadie apetecida. Nalis miró en torno con satisfacción, y vio los ojos de los símbolos muertos y oyó el susurro del viento.

Jazul, por su parte, descendió al abismo, y en aquella oquedad de fuegos eléctricos, muy abajo, estaba su símbolo, alojado en un tallo vivo; pero eso era una ilusión. Su símbolo real se hallaba muy lejos, durmiendo bajo la corriente de las aguas del arroyo y dentro de un guijarro semejante a otros miles, allá en el valle de los vientos y las ciudades perdidas. Jazul había dejado muchos rastros falsos y su símbolo jamás sería hallado, y por lo tanto, no sería liberado, destruido, alterado o cualquiera de las otras cosas que podrían ocurrirle. Sin embargo, había un Nalis que ocultaba igualmente su símbolo y parecía no haber manera de encontrarlo. De no ser por ese Nalis, él sería el único, el extraordinario, el todopoderoso... ¡Maldito Nalis!

De pronto oyó la voz de Nalis que lo saludaba, y vio, bajo la forma de un montón de cenizas relucientes, el cuerpo de su rival que se alzaba a su lado, y luego al mismo Nalis de frente abierta mostrándole una imagen de misterios y ocultamientos. Jazul trató de encerrarse bruscamente en sí mismo, pero era tarde. Se hallaban en el lindero del valle, hacia la región del mar, en un espacio de tierra de cenizas y piedras negras donde el tiempo venía a descansar y no transcurrían las horas, un lugar —bien lo sabían— en que uno podía petrificarse si se estaba quieto un instante. Por eso se movían como si estuvieran danzando; y Jazul, con su voz quebrada por los saltos, le preguntó qué hacía allí; porque temía que el otro anduviera tras su secreto. La voz de

Nalis se alejó arrastrada por el viento, y a Jazul le llegó su aliento vegetal y supo de su boca que el otro conocía su secreto.

«No hay nada que hacer», pensó Jazul tranquilamente. Después de todo, si Nalis sabía lo del símbolo, no por ello descubriría el lugar donde se hallaba, pues estaba bien oculto y el camino para encontrarlo era un laberinto de falsas pistas donde él mismo, si no andaba con suficientes cuidados, podía extraviarse de la manera más fácil. Por otra parte, él también sabía el secreto de Nalis, y esto podía resultar un arma.

—Bien —le dijo Jazul—; pero también yo sé que mi secreto es tu secreto. Mucho cuidado, Nalis.

Nalis no demostró asombro ni temor, pues había hecho los mismos razonamientos que Jazul: su símbolo nunca sería hallado. De todos modos, bloqueó su mente lo mejor que pudo y en lo alto de su cabeza aparecieron complicados juegos de colores. Las ondas de Jazul rodaron sobre la muralla de su frente y se sintió colérico. Nalis, danzando siempre para no convertirse en piedra, pensó que no tenía nada que perder, que de cualquier manera, mientras su símbolo permaneciese seguro, él no moriría. ¿Por qué temerle entonces a Jazul?

Tal vez, ya que era imposible destruirlo, él podía vencerlo de alguna manera, y causarle dolor, un gran dolor que hiciera acobardar a Jazul.

Pero eso también lo estaba considerando Jazul en esos momentos, y abrió su frente y de ella salió un dolor muy grande, una pesadilla que cayó sorpresivamente sobre Nalis. Saltando, aullando de dolor, tragando cenizas, Nalis logró a su vez enviarle al otro unos crueles tormentos; y los tormentos y maldades de Nalis se posesionaron de Jazul.

Los gritos y el llanto venían desde el alba a la negrura de la noche, día tras día y Nalis y Jazul rodaban enlazados en sus sueños sobre todo lo ancho e infinito del espacio, y abajo, los miembros imposibles de fatigar, lanzaban las cenizas y las piedras con lágrimas y crujir de dientes.

Un día llegó hasta ellos una tranquila y burlona voz.

—¿Por qué pelean? —preguntó la voz. Y luego, surgiendo de las cenizas, apareció el joven Calea, sentado sobre un montón de piedras negras, pero moviendo rítmicamente una de las piernas para no petrificarse.

Una niebla blanca de sorpresa cruzó por la mente dolorida de Nalis: Calea tenía en su mano un guijarro, sopesándolo distraídamente; no un guijarro cualquiera, sino el propio guijarro—símbolo de Nalis.

Nalis se volvió rápidamente hacia Jazul y vio en la frente de éste la imagen luminosa de su símbolo, vio las manos temblorosas de Jazul escondiendo el guijarro bajo las aguas, y luego Nalis vio al mismo Nalis navegando entre los espacios y las sombras hacia aquel sitio lejano del valle, donde una multitud de hombres entregaban su símbolo, y estaban como dormidos o enloquecidos, los ojos cerrados, marchando a ciegas, gritando. Y Nalis vio más aún, vio al propio Calea con la piedra en la mano, sonriendo, en el preciso instante de separarse de su símbolo y arrojarlo a las aguas, y seguidamente como recuperándolo, como si el símbolo saltara nuevamente hacia él, quejoso de su inútil morada, vengativo. La estupefacción de Nalis y Jazul los inmovilizó un momento, sólo un momento: el tiempo justo para que sus cuerpos quedaran reducidos sobre las cenizas como dos guijarros negros.

2

Calea

Calea abandonó a sus tres pequeños hijos. ¿Tenía él que hacerse responsable de ellos? De ninguna manera; cada cual era responsable de sí mismo. ¿Y si morían? En realidad, había muchos peligros en el planeta... Bueno, si morían, morían. Después de todo, ¿cuál era la diferencia? A lo mejor era malo morir, a lo mejor era bueno, o tal vez no fuera malo ni bueno morir, ¡quién podría saberlo! Por otra parte, la madre los parió y ni siquiera los miró una vez. ¡Nunca los miró! Seguramente ella no tenía ni la más remota idea de cómo eran sus hijos, ni si eran varones o hembras. Los echó fuera y rodó y... ¿quién sabía dónde se encontraba ahora? Bastante había hecho él por esos niños; era tiempo ya de que ellos se preocuparan por sí mismos.

Calea los reunió a los tres, a Borea, a Atol y a Gognó.

—Aquí los dejo —les dijo.

—¿Por qué? —preguntó Atol con los ojos velados por las lágrimas—. Pensaba que si los cuatro...

Calea lo interrumpió.

—No se debe pensar. No se debe pensar nada. Podrías acabar como aquel Nalis... Por lo demás...

—¿Y a dónde irías? —preguntó Gognó.

—Tengo otros asuntos de qué ocuparme.

—¿Qué asuntos?

Calea los miró.

—Ciertos asuntos. Ya les dije que no pensarán. Estuve con ustedes y ahora me voy; me parece que la cuestión es sencilla.

—Te esperaremos —dijo Atol bajando la cabeza.

—Eso es asunto de ustedes. Pero tampoco se debe esperar; ¡quién sabe si regreso o no! Y además, ¿por qué tendría que regresar?

—De todos modos —comenzó Atol a decir, pero se le nublaron los pensamientos. Algo extraño le estaba ocurriendo; estaba como dormido allí de pie, dormido y despierto a la vez.

—De todos modos —siguió Calea—, aquí los dejo.

Y los dejó.

En el límite del valle se volvió un instante a mirarlos: se habían dispersado. Pensó que tal vez fuera bueno regresar y hablarles de los símbolos; pero ¿entenderían acaso? En fin, ya lo aprenderían, como se aprende a buscar el alimento. A él, por ejemplo, nadie le explicó nada, y sin embargo sabía.

Calea se alejó y luego miró en torno; los cuerpos de Ates y Bulis no eran más que un montón de polvo, pero la voz de Ates surgía de allí, o tal vez flotaba y vibraba en el tiempo.

—No sabes nada —dijo Ates.

Calea caminó durante mucho tiempo tan abstraído que no supo que se movía en círculos hasta que oyó nuevamente la voz de Ates:

—¿Por qué das vueltas a mi alrededor?

Los hijos de Calea huyeron aterrorizados. Atol rodó sobre la tierra y temió por su vida; vio en el relámpago la figura torcida y cruel de Gognó. ¿Cómo habían logrado encontrarse? Atol respiró hondo y jadeó sobre el fango. Tal vez ya había pasado todo; no ocurría nada extraordinario, no era sacudido, quemado ni pulverizado. Sí, se había alejado a tiempo; estaba nuevamente solo, y eso era bueno. De pronto sintió crujir las arenas y quebrarse los tallos a su alrededor.

«Es Borea —pensó—, o quizá Gognó.» Su frente estalló en una ilusión de colores. Huyó otra vez. Pero huir siempre lo acercaba a alguien; ahora, con toda seguridad, era el horrible Tilme. Sí, era Tilme, grande y maligno, dañándole su símbolo con el odio de su cabeza.

«Calma, calma —repetía la mente de Atol—; no puede ser.» No podía ser; su símbolo estaba lejos y bien oculto; Tilme no podía haberlo encontrado... Claro, ¿cómo iba a encontrarlo? Su símbolo estaba... Atol comenzó a temblar; no recordaba dónde estaba su símbolo. Sí, lejos, pero ¿dónde? Se sentía débil, indefenso, acobardado. Los enemigos estaban en todas partes, en las aguas, en la arena, en el aire... «Todo es dolor —pensó— porque la vida es dolor, y yo estoy vivo, ¡vivo!»

Sí, así era la vida. Y si alguna vez había sido de otra forma, con toda seguridad eso había sido sólo un sueño. Prestó oído al murmullo del viento, y el viento nada bueno trajo; y las aguas producían una música siniestra arrastrando guijarros verdes y azules. No, no estaba solo; era **imposible** estar solo. Tocó su cabeza, estaba caliente, tan caliente que quemó sus manos y las consumió. Y dentro de su cabeza había un montón de ruidos, ruidos e ideas y pesadillas que no lograba borrar. Pero lo peor de todo era que dentro de su cabeza estaban los otros; estaban Gognó y Borea y ese despiadado Tilme, y todos los demás, acechando.

Del otro lado del valle Gognó rabiaba oculto entre las piedras, cerrando la frente para no ser visto, para no ser sentido, para no ser siquiera imaginado. Creía estar allí, guardando su símbolo, con mirada fiera y dura; pero su fiereza era externa y lloraba por dentro. ¿Dónde estaba su símbolo? ¿Estaba allí realmente?

«¡Está aquí!», se decía Gognó, mientras su mente repetía: «No está, no está.»

Todo estaba torcido en el mundo; todo era malo, él mismo era malo consigo mismo. ¿Por qué, por ejemplo, se había librado de su símbolo? ¿No estaba ahora peor que antes? ¿Por qué lo había hecho? Sólo para hacerse daño. Claro, sí; Gognó odiaba a Gognó. No quiso abrir los ojos; pero no era necesario, veía perfectamente, y todo lo que veía lo angustiaba. Y esa angustia creció hasta anonadarlo cuando se imaginó que no había manera alguna de huir de la vida, pues no podía entregarse a la muerte si era cierto que su símbolo ya no le pertenecía, si no podía hallarlo y destruirlo. Entre las rocas, el cuerpo encorvado de Gognó parecía a punto de licuarse. Tilme estaba cerca; lo sentía. ¿Qué hacer? Estaba atrapado allí, rodeado por el campo de arenas negras donde el tiempo era lento o no existía, y él debía moverse continuamente y esto no lo dejaba ordenar sus pensamientos.

En la penumbra, Tilme vio rodar a Gognó como una masa ciega soltando alaridos, y extendió instintivamente los brazos para protegerlo. Luego vio venir a Borea y al sucio Atol, revuelta y llena de arenas y fango la cabeza, desapareciendo aquí y reapareciendo allá entre un jadeo constante. Tilme esperó el choque de los hermanos, pero antes de que sucediera, ya Borea escapaba aullando y Gognó tomaba la forma de una hoja y era difícil descubrirlo entre el espeso follaje.

Atol se quedó moviendo los brazos frente a Tilme; sus ojos parecían dos brasas brillando en la negrura.

—Necesito hablarte —suplicó Tilme.

«Quiere mi símbolo. Lo quiere para herirlo, ¡para odiarlo!»

—No, Atol... Escucha... Yo soy Tilme, tu tío, ¡el hermano de tu padre!
No quiero hacerte daño.

—¡No quieres hacerme daño! —gritó Atol lleno de horror, temblando—. Claro, sí; ¡y yo te lo voy a creer!

—Tienes que creerlo.

En los ojos de Atol asomó una mirada de locura.

—Tengo que creerlo... —se le aflojaron las piernas—. ¡Tú tienes mi símbolo! ¡Eso sí tengo que creerlo!

Tilme trató de proyectar una imagen buena de sí mismo, pero Atol vio otra cosa. Se derrumbó ablandado por el dolor.

—Nadie quiere hacerle daño, Atol. Nadie hace daño.

«Me engaña con algún propósito malvado», pensó Atol. Tilme abrió sus brazos con ternura; quiso abrazarlo.

—¡No te acerques! —gritó Atol; y entonces descubrió a Gognó que sufría bajo la forma de una hoja, y le llegó su aliento de lodo y de relámpagos. El rostro de Gognó, de Tilme y Borea se unieron en un solo rostro, y pronto Atol tuvo frente a sus ojos un monstruo horrible. El cuerpo de Tilme se deshizo y se regó por el valle... «Es la muerte —pensó Atol—, así es la muerte.»

Oyó que lo llamaban.

—¿Quién llama?

—Soy yo —dijo Tilme.

—¿Dónde estás?

—Aquí; déjame llegar hasta ti...

—No me hagas daño —rogó Atol.

—Atol... —pero el viento se llevó las palabras de Tilme.

«No es la muerte —pensó Atol—. No hay muerte. No podré morir... Estaré sufriendo siempre, ¡siempre!»

La hoja que era Gognó se movió y Atol se enfrentó a su hermano. No podía huir de su presencia; estaba atrapado en un agujero, la cabeza rígida y los ojos fijos en Gognó. No quería pero no podía dejar de verlo; y ahora (lo notaba con sorpresa) no había relámpagos ni amenazas. Había sólo un triste Gognó de mirada extraviada, y detrás un Borea que se contemplaba a sí mismo con enajenación. No, no había fuego ni explosiones ni alaridos ni miedos; al menos, no demasiado miedo.

«Aquí los dejo», recordó Atol. Miró a sus hermanos largamente, con deleite. Sintió el olor dulce del aire y sintió sus pies sobre la tierra húmeda y agradable. Algo se disipó sobre la cabeza sucia de Atol y dejó de jadear. La frente de Borea dejaba escapar una luz muy suave, como la luz del alba. Los tres se miraron entre sí, y luego miraron hacia el cielo y vieron astros espléndidos.

La voz de Tilme llegaba desde muy lejos:

—Atol, ¿me escuchas?

—Sí, Tilme. Estamos aquí; ven, que ha llegado lo bueno.

Pero Tilme ya no pudo alcanzarlos. Escuchaba la voz terrible de Ates hablándole a Calea.

—Estás muerto, Calea, —decía Ates—. Más muerto que yo: estás muerto en la muerte, solo en el desierto solo. Ahí lo tiene, Bulis; llora por sus hijos. Los abandonó y ahora no puede encontrarlos.

La voz de Bulis surgió entre las cenizas, clara y precisa:

—Escucha, Calea...

Ates se apresuró a cerrarle los oídos a Tilme y creó una campana de secreto.

—Ese hermano tuyo que se llama Tilme —continuó Bulis— traerá al mundo al más feliz y desdichado de los seres, ¡al hijo genuino de Nur B! Este planeta ya no nos pertenece.

—Cierto —gritó Ates—, ya puedes morirte. ¡Maldita sea!

3

Time

Durante todos aquellos años Tilme siempre había estado huyendo, y a Marla le había sido difícil encontrarlo. ¿Por qué aquella obsesión con su símbolo? Tal vez los hijos de Calea tenían la culpa... ¿O sería acaso la muerte del propio Calea lo que lo había acobardado tanto? Tilme era fuerte y bondadoso; había nacido en el valle y en el valle no sobrevivían los débiles. Sí, pensaba Marla, algo había cambiado en Tilme. También ella había nacido en el valle, y la madre de Tilme, Atbar, la había tomado a su cuidado. Luego Tilme creció y un día no supo más de él; pero nunca lo había olvidado. Se sentía unida a él por una fuerza dulce y misteriosa.

Tilme hacía fuego para protegerse del frío nocturno que helaba las aguas. Marla llegó hasta él envuelta en la niebla. Sí, el rostro de Tilme había cambiado, estaba todo manchado por la angustia. Pero Marla se sentía feliz de verlo. ¡Había esperado tanto ese momento!

Tilme advirtió su presencia; se sobresaltó tanto que desapareció, y el fuego estalló en chispas.

Marla lo llamó suavemente, con ternura, como si fuera un niño, para no asustarlo:

—Tilme; soy yo, Marla.

De pronto lo tuvo frente a sí; los ojos suspendidos en el humo que despedía las cenizas; y ella, por primera vez, sintió vergüenza por su desnudez, vergüenza y deleite de que él la mirara así. Se quedó muy quieta, disfrutando esa sensación maravillosa que le recorría el cuerpo.

«Me ha estado buscando», pensó Tilme con dulzura. Y ahora estaba ahí, delante de él, dejándose ver toda. Sintió que sus manos se helaban y que su lengua perdía humedad.

—Marla...

—Has cambiado, Tilme.

Tilme se oscureció.

—Sí, no han sido muy felices estos últimos años.

Marla se adelantó un poco.

—Me refería a tu cuerpo... —bajó la cabeza—. Ahora eres tan... tan grande, y tan... peludo.

Tilme se miró. Era cierto. Tal vez eso le desagradaba. Pero ella lo había estado buscando; y si lo había estado buscando... Bueno, Marla había cambiado también. Sí, había crecido; su cuerpo no era igual, tenía un olor distinto... Tilme respiró hondo. Sí, sobre todo el olor, y aquella oscura velloidad entre las piernas. El corazón le dio un vuelco; ¡si ella sintiera lo mismo que él estaba sintiendo!

—Tenía tantas ganas de volver a verte —dijo Marla—. Pensé que no te molestaría si yo... Es decir, si te hiciera compañía.

No supo que contestarle. Temía que se le enredase la lengua. Tal vez quería decirle: «Sí, Marla, eso es lo que quiero, que estés conmigo. Quiero tenerte siempre a mi lado, y besarte y hacerte muchas cosas. ¡Eso es lo que quiero!» Pero, ¿cómo decir todo eso? ¿Qué pensaría ella? No se atrevió a mirar dentro de sus pensamientos; hubiera sido una brutalidad.

—No, no me molestaría —fue lo que dijo, y notó algo extraño en los ojos de Marla, como si sus palabras la hubiesen decepcionado.

Miró las manos de Marla; se movían y sudaban como las suyas. Recordó entonces lo suave que eran aquellas manos, y cómo antes, cuando esas manos lo habían tocado, la sangre le había corrido aceleradamente congestionándole todo el rostro, ahogándolo. Sí, siempre entre ellos había existido algo

tremendo y arrebatador. Recordó lo que sentía con Marla cuando se veían en secreto, y se miraban y se tocaban. Pero había otras cosas que sentía ahora que no había sentido antes.

La recorrió entera con la mirada. No podía explicárselo, pero se estaba quemando por dentro. Ese fuego salía y... Tilme se miró asombrado y se tocó. ¿Qué era eso?

Marla lo había estado mirando, y cuando él levantó la vista se encontró con los ojos ávidos de ella. Súbitamente, Marla se abrió y él vio todos sus deseos, todos sus sueños.

Las manos de Marla se proyectaron hacia él, cálidas y suaves, y lo tocaron exactamente donde más lo deseaba. De pronto estaban los dos llorando y gritando, abrazados, besándose y jadeando.

—¡Aquí, aquí! —gritó desesperadamente Marla buscando sus desorientadas manos.

El cuerpo de Marla reposaba a su lado, desnudo, sin una nube, sin una niebla, completamente abierto. La frente despejada, sin misterios ni secretos, ligeramente cubierta de sudor. El lecho de hojas donde dormía crujía agradablemente con sus movimientos.

Tilme miró a lo alto con júbilo.

Ahora podía reírse de los símbolos. ¡Qué le importaban a él los símbolos! Estaban ahí, misteriosos y lejanos como los astros.

¿Qué había estado haciendo él durante todos esos años?

Recordó a Calea y a los hijos de Calea; recordó con horror a Ates y a Bulis. No, la vida no era así. Lo amargó pensar en todos esos años perdidos en pequeñas perversidades, en miedos y hostilidades; en todos esos años sin Marla. ¡Qué distinta era la vida ahora!

Marla murmuró algo entre sueños; su rostro estaba envuelto por los perfumes de su pelo y de su aliento. Tilme se inclinó hacia ella y aspiró con voluptuosidad el olor de la hembra; luego se dedicó a examinarla parte por parte, con detenimiento y embeleso...

Era suya; era su Marla, y él podía tenerla entre sus brazos cuantas veces se le antojara. Pero lo que más lo enloquecía era pensar que eso precisamente

era lo que ella deseaba.

Marla no podía resistir ni un instante la ausencia de Tilme; aun en sueños él debía alejarse con cautela porque ella presentía sus movimientos y despertaba sobresaltada. A veces él jugaba con esto, y ella se abrazaba a sus piernas y se las cubría de besos; entonces se amaban a gritos, desesperadamente, como si fuera la primera vez.

Se necesitaban, se querían, se deseaban hasta la fiebre, era una especie de delirio, un continuo examinarse los cuerpos, descubrirselos, ofrecérselos. Más allá de Marla y de Tilme el mundo era una grata ilusión al servicio de sus apetitos; los fenómenos mismos de la naturaleza se producían en virtud de sus exaltaciones amorosas.

«Así, así es la vida», pensaba Tilme. De pronto se sobresaltaba: ¿y si Marla desapareciera de allí?

—No, Tilme. Bésame, ¡bésame! Siempre estaremos así; ¡bésame!

—Nada te podrá ocurrir, Marla.

—Nada, Tilme; ¡bésame!

—Yo te protegeré siempre.

—Sí, siempre. ¡Bésame!

Un día Tilme descubrió que el vientre de Marla se estaba deformando, que su cintura se ensanchaba.

—¿Qué es esto, Marla?

—Nada, Tilme. Es así. ¡Bésame!

—¿Así qué?

—¡Bésame, Tilme, te lo suplico! ¡Bésame toda!

Tilme no comprendía. Observaba azorado el vientre cada vez más voluminoso. ¿Por qué tenía que ocurrirle eso a ella?

Un día ella comenzó a gritar.

Corrió hacia ella horrorizado; estuvo toda la noche a su lado, sobresaltándose a cada grito. Los gritos venían regularmente, a intervalos cada vez más cortos; ya casi los esperaba.

—¡Marla!

—¡Cállate, Tilme!

—¡Maldita sea! ¿Qué te ocurre?

—Nada malo, Tilme. Voy a tener un niño.

—Un niño... ¿Tú, Marla? ¿Por qué tienes tú que tener un niño?

Se abrazó a ella; estaba ofuscado.

—Es natural, Tilme. Todas las mujeres tenemos niños. Atbar te tuvo a ti. Mi madre me tuvo a mí. Siempre es así, Tilme.

Llovió; el viento sopló fuerte y helado. El cielo se oscureció y el horror de los símbolos volvió a la cabeza de Tilme. Cargó a Marla y la depositó en un lugar bien abrigado entre las rocas; estaba temblando, resoplando, fuera de sí.

Nunca había sufrido tanto.

—Todo pasará, Tilme. Volveré a ser tu Marla.

«No pasará», rugía la mente de Tilme.

Ella gemía y se retorció. Tilme la miraba; se mordía las manos, los labios; nada podía hacer. ¡Nada! Hubiera dado su vida a cambio de la de ella. ¡Lo hubiera dado todo en el mundo porque Marla volviera a ser Marla!

Las ondas de su frente no la alcanzaban; era como si dentro de ella una fuerza terrible y misteriosa rechazara todo, desamparándola. «¡Maldita sea!»

Tilme cogió el niño entre sus brazos; era una masa caliente y gelatinosa.

«Es así —pensó—; así nací yo. Pero no con este dolor.»

Miró el vientre de Marla con repugnancia; todo se había estropeado. ¿Por qué tendría que haberle ocurrido eso?

Marla estaba como muerta; completamente relajada, pálida y sudorosa. El sol no salió esa mañana ni esa tarde ni al otro día; sólo hubo relámpagos y lluvia y vientos. Tilme se arrodilló y vomitó lleno de cólera, de miedo, de asombro.

—¡Cadars, Cadars! —gritó Tilme.

Marla hundió las uñas en sus brazos.

—No —suplicó—, llámalo Nurté, ¡Nurté!

«¿Nurté? ¿Qué tenía ese niño de **nurté**?»

Era terror, tinieblas, tormentas y dolor. ¡Dolor! Era **cadars**, ¿no lo recordaba ella? Él nunca lo olvidaría, ¡nunca!

—Mira tu rostro, Marla, mira tu vientre. Se llamará **Cadars, lo que viene con dolor**. Cadars, ¡Cadars!

Cuarta parte

CADARS

I Amir

1

El caos

«Ésta es la línea», había dicho Cadars, y la simbología de su dibujo quedó todavía un momento desdibujándose en el aire ligero de la tarde. «Bien — pensó Amir—; habrá que entender que una línea no es una línea. Que detrás de todo lo que hace el hombre hay una idea, un propósito del pensamiento. Al menos, así lo cree él... Pero, ¿será realmente así?»

Amir no se atrevía a pensar que Cadars no hablaba claro para confundir a los hombres, sino que, sencillamente, los hombres, incluido él, no estaban preparados para entender ciertas cosas. De modo que Cadars buscaba algún pretexto para reunirlos, para agruparlos y luchar contra el caos; eso era cierto. Sin embargo, lo demás —que en este caso era lo esencial— sólo lo sabía Cadars. Amir sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

Cadars miraba fijamente; parecía estar atento a algo que estaba más allá de todos ellos; pero sin desatender el quehacer específico en que estaba. Esta capacidad de concentración era lo que más angustiaba a Amir. No, él nunca sería como Cadars; nadie podía ser como él. Miró al resto de los hombres; sí, parecían atentos, aunque lo más seguro era que estuviesen sólo subyugados por la voluntad de Cadars, sobrecoídos o perplejos. Amir respiró hondo. Se sentía estúpido y como ajeno a todo aquello. Cadars creó entonces una ilusión sobre la línea original, una especie de laberinto, un complicado

entrecruzamiento de líneas en fuga. Amir recordó ciertas disposiciones en las entradas y salidas de las ciudades en ruinas. ¿Qué trataba de demostrar Cadars? ¿O era eso otra cosa que había que entender en el sentido de Cadars? Amir trató de poner orden en sus pensamientos; sí, había una **idea**, y sobre la idea (que era una línea) otras ideas o líneas con diversos puntos de entrada y salida... No, no podía fiarse de sus pensamientos; lo mejor era no pensar: Cadars pensaría por él y por todos los demás. Bien, eso era más cómodo. Sin embargo, Cadars **quería** que los hombres pensarán por sí mismos. Era una contradicción; ¿cómo él iba a pensar en cosas que no entendía? ¿Cómo pensar lo impensable?

En ese momento Cadars le preguntó algo. No lo oyó o no quiso oírlo. Escupió delicadamente sobre las arenas endurecidas por la lluvia. De pronto comprendió que él estaba allí precisamente para cumplir una misión de Cadars; algo no muy preciso que Cadars gustaba llamar «acción rectora»; algo que cualquiera podría hacer y para lo cual todo método que se adoptara era bueno...

En el espacio, **el laberinto** comenzaba a complicarse.

Amir notó que entre los hombres algunos se movían inquietos. Tal vez eran ya síntomas de cansancio; pero los hombres estaban encerrados en sí mismos y no era fácil alcanzarlos. Probablemente algo oscuro se movía entre ellos; Jazir, por ejemplo, se había evadido, y Besle... De pronto Amir sintió que una rareza le cruzaba despacio la mente. Miró a Cadars y dijo, como si hablara consigo mismo, que aquello no tenía sentido; debían buscar otros medios... Cadars sonrió, e inmediatamente hubo una expresión brutal en su rostro. En el aire se entrecruzaron nuevas líneas, y se abrieron y cerraron otras entradas y salidas. Ya nadie advertía la línea original: y esa línea era el **camino**.

El camino, pensó Amir. Y vio que al final nacía un símbolo desconocido, sin relación aparente con la Esfera; un símbolo que, de alguna manera, recordaba a la Elipse.

Pero Cadars afirmó que allí estaba la Esfera primordial.

La Esfera podía ser una ilusión; pero tras ella habría siempre algo cierto, y, en definitiva, que hubiera Esfera o no, poco importaba. Lo importante era el objetivo que esa Esfera representaba.

Amir sintió que sus pulmones se llenaban súbitamente de aire caliente y su garganta quería gritar. Deseó en ese momento no ser responsable de nada, poder evadirse. Pensaba ahora en el valle, en el silencio, en las aguas del arroyo, en su propia voz resonando en la soledad. Se veía a sí mismo caminando sobre un manto de hojas crujientes, la mente vacía y quieta, la mente limpia y sosegada... Pero Cadars era implacable y lo miraba con la fijeza muda y apremiante de sus ojos; y a su manera, los demás lo miraban también. ¿Por qué le habían metido en todo eso?

Amir volvió la cabeza. ¿Quién era Cadars, después de todo, para ordenarle nada? Pero no había sido Cadars directamente; nadie directamente se lo había impuesto. Empezó a preguntarse quién había sido el culpable, y estaba asombrado de no hallarlo; estaba llegando a pensar que el culpable había sido él mismo, su misma estupidez... Bien, todos habían rehuido el asunto de una manera u otra; sólo él estaba allí, como una estaca buena para apoyarse. Maldita sea, ¿qué podría hacer ahora? Nada se le ocurría; sentía languidez en sus miembros. Deseaba tirarse sobre las arenas y dormir, dormir...

El laberinto se abrió en el aire. El grupo de hombres a sus espaldas era numeroso. ¿Cuántos habría? Él debía saberlo. ¿Cien, doscientos, mil hombres? No, no lo sabía. O lo supo una vez y lo olvidó: quiso olvidarlo. Se alegraba de haberlo olvidado. ¿Qué situación estúpida era aquella? Cadars... ¿Qué quería Cadars? ¿No estaba todo bien así? El camino, el caos, sí, la línea... Pero ¿no era todo eso peor que el caos? Sí, ¡peor!, y además inútil. El caos era invencible; estaba en la naturaleza misma del hombre, o más aún: el hombre **era** el caos. De manera que para acabar con el caos habría que acabar con el hombre. Le gustó tanto haber llegado a ese razonamiento que sintió deseos de gritárselo a Cadars... o bueno, hacérselo entender.

Abrió sus ondas y miró las mentes ajenas, y comprendió que todos esperaban por él, esperaban **su decisión**. Y decisión, precisamente, era lo que él menos tenía. El cuerpo se le enfrió y experimentó una extraña sensación de ablandamiento en la cabeza. Luego, vino a él una inesperada calma, una dulce desidia. Miró a los demás y se dijo que, en definitiva, nada podría ocurrirle. Si se equivocaba, ¡allá ellos! Si las cosas no salían bien... ¡Bueno! Y seguramente no saldrían bien; no pasaría nada, no se llegaría a ninguna

parte. Aquello era como querer dibujar en las arenas bajo una tempestad; algo completamente absurdo. En fin, ¿por qué preocuparse? Que se preocupara Cadars; ¿acaso no era él quien había inventado todo eso? Que se preocuparan los otros; ¿no habían sido ellos los que lo habían elegido a él? ¡Allá ellos, pues!

—Probaremos —dijo Amir como si hablara consigo mismo.

Los hombres se movieron y notó que Jazir sonreía. Ese Jazir siempre sonreía por dos cosas muy definidas: o porque algo lo divertía o porque algo lo acobardaba. Ahora estaba acobardado; y Amir levantó el mentón y pensó: «Tengo poder sobre ellos.» Entonces su voz adquirió un tono autoritario. Dio una orden, la primera que le vino a la mente: era necesario unir todos los pensamientos.

Los hombres parecieron no entender.

—He dicho —aclaró Amir— unir los pensamientos, **mezclarlos**.

Comenzó a sentirse excitado. Se volvió hacia Jazir y hasta él llegó algo que no le gustó: Jazir se negaba a unir su mente.

«Es un asunto delicado —le dijo mentalmente Jazir—; creo que no deberías andar tan a la ligera. Cadars habló sobre ciertos peligros...»

Amir se encerró. Los hombres estaban atentos; el mismo Cadars esperaba. ¿Quién era, pues, Jazir para opinar? Ahora él era el designado para dar las órdenes, y todos debían obedecer. Él era ahora la «acción rectora» misma. Comprendió que cedía ante el orgullo, pero le sostuvo la mirada a Jazir.

Entonces oyó que Cadars le decía:

—¿Y cómo vamos a unir los pensamientos? Supongo que tienes alguna idea complementaria.

Las piernas de Amir temblaron; se sintió desvalido y tonto. Los ojos le ardieron hasta hacerle derramar algunas lágrimas. Cadars tenía un aire ausente y quizá burlón; los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza muy erguida. Detrás, en el aire enrojecido y caliente de la tarde, **el laberinto**: una madeja oscura, impenetrable.

«Nunca podré hacer nada bueno», gritó tristemente el cerebro de Amir. Pero un instante después se oyó a sí mismo diciéndole a los hombres lo que tenían que hacer, instruyéndolos. El viento sopló furioso. Amir cerró los

puños; se sentía colérico y al mismo tiempo vacío, sin peso, como una piedra arrojada al espacio. Creyó por un momento que las cosas giraban a su alrededor, pero era solamente su cabeza. Un rugido le salió de la garganta, una orden: ¡pensar!

Bien, por ahora su parte estaba hecha. Ya se vería lo demás... **El laberinto** era una ilusión, la exposición de un esquema de Cadars. Pero tal vez Cadars **necesitara** complicar deliberadamente las cosas; y eso no había manera de averiguarlo hasta tanto no se llegara al final. ¿Y cuál era el final, si es que lo había? Cadars decía que había un final. Eso era otra cosa más que había que creerle. Jazir y algunos otros lo creían también. Y era natural: todas las cosas tienen un final, el hombre tenía un final. Claro está, Cadars no se refería a eso; Amir lo sabía, pero buscaba el escape más cómodo. El hombre, tal como ellos lo conocían, tenía un final. No en ese planeta, había explicado Cadars, sino lejos, muy lejos, en un remoto espacio. Eso Cadars lo llamaba «el viaje hacia el símbolo desconocido», o más sencillamente: «el viaje». Sin embargo, Amir sabía que eso no podía estar dicho en sentido recto; entre otras cosas porque Cadars nunca hablaba así. Deseándolo, era difícil entender a Cadars, y él, que ni siquiera lo deseaba... «¡El viaje!» Y ahora, además, ¡**el laberinto**! Amir ladeó la cabeza; el sol se inclinó, los hombres parecían estar en un plano inclinado... Allí estaba **el laberinto**, como un reto entre ellos y el espacio. «¿No será esto —pensó Amir— una especie de locura?»

Amir tuvo miedo; no fue difícil que los hombres mezclaran sus pensamientos, pero tal vez Jazir tuviera razón. Es posible que hubiera tomado la «acción rectora» muy a la ligera; a lo mejor estaba desencadenando algo terrible.

Había una verdadera tormenta en la cabeza de Amir, pero la tormenta también estaba fuera, dentro de las demás cabezas. «Es el caos», pensó Amir. Por entre unas líneas zigzagueantes y precisas creyó ver el rostro alterado de Cadars. Buscó a Jazir. Jazir sonreía de miedo, tenía la frente encendida, envuelta en llamas azules. Se movía torpemente; Amir sintió compasión por aquella criatura extraviada entre el dolor. ¡Él tenía la culpa! Comenzaba a darse cuenta de todo el alcance de aquello que Cadars, sin ningún énfasis y

casi irreflexivamente, había denominado «acción rectora»; comenzaba, también, a descubrir la extraña inteligencia de Cadars, su extraordinaria previsión.

Una niebla blanca cubría el espacio y se extendía en olas hasta el horizonte. Amir se sintió perdido; ya no veía rostros reconocibles, sólo manchas fugaces. De pronto, le pareció que desde muy lejos venía hacia él una especie de alimaña gigante. Gritó, pero un ruido sordo que lo envolvía todo ahogó su grito. Las patas de la alimaña se licuaron y rodaron por sus mejillas; estaba llorando... Su cuerpo había escapado de él y era una imagen borrosa y triste navegando en la niebla. A su lado, al lado de su conciencia de estar, el rostro de Cadars refulgía cegadoramente como una máscara plateada tocada por un rayo solar. Amir se sobresaltó; estaban en **el laberinto**. Ahora comprendía. No, no simples líneas que se entrecruzaban, ni entradas ni salidas cambiantes, sino angustia, **dolor**, miedo y desorientación... Ningún punto de apoyo; una caída interminable en la inmensa negrura. Extendió los brazos suplicando ayuda, pero nadie podía socorrerlo, todos estaban enfrascados en sus propios, aislados e individuales tormentos; todos, incluido Cadars. «Es el caos —pensó Amir antes de perder la conciencia—; ¡mi caos!»

Jazir estaba a su lado cuando abrió los ojos; miraba el cielo y se volvió de pronto en el momento en que Amir trataba de incorporarse. Allí estaba Cadars, de pie, tambaleándose pero erguido, seguro, obsesivo... ¡Cadars! ¿En qué extraña cosa los había metido ese hombre?

El viento estaba cargado de agradables olores. Amir olfateó el aroma de las flores fósiles mezclado a cierto perfume áspero que venía del abismo. Se sentía misteriosamente tranquilo, casi feliz... Había hecho su parte, y ahora era nuevamente libre, ¡libre! Respiró hondo; ¡allá Cadars y los hombres y **el laberinto** y el final de los finales! Huiría al valle. Volvería a la soledad, a las cosas pequeñas, a los límites de sí mismo. Oyó entonces hablar a Jazir:

—Empiezo a entender, Amir. Empiezo a entenderlo todo...

Cadars se movió; de su frente escapó una voluta de niebla. Hubo una luz, una mano luminosa que alcanzó la mente de Amir: «Éste es **nuestro laberinto**», le dijo Cadars.

«Sí, sí —pensó Amir—; **el laberinto** es nuestro propio caos.»

2

Besle

«Lo que **viene con dolor...**», pensó Besle. Precisamente eso quería decir **cadars**, y precisamente eso era «el viaje»: ¡lo que viene con dolor! Bien, esperaría su momento. Por lo pronto, todavía, no era bueno manifestarse contra Cadars.

Cadars había dicho que «el viaje» estaba próximo, y que todo dolor, todo sacrificio, estaba, pues, justificado. «Lo que viene con dolor»; no olvidaría nunca esas palabras salidas de la boca de su padre. Esas palabras resumían el mundo del caos y las tinieblas; y ese mundo tocaba a su fin.

Besle nunca lo miraba rectamente a los ojos; su mirada estaba posada siempre en sus mejillas. Tampoco manifestaba su desacuerdo con la línea de Cadars en presencia de los otros. Pero Cadars no podía creer que aquello fuese una simple delicadeza de Besle.

—Puedo demostrarte ciertas cosas, Besle —le había dicho Cadars en una ocasión—; sin embargo, eso no me interesa. Frente a los hechos mismos...

—No son hechos —lo había interrumpido Besle—; son **tus ideas**. Y las ideas cualquiera puede inventarlas. A nuestra actual situación tú te empeñas en llamarla **caótica**. Pero es éste el estado natural del hombre... Supongo que no querrás influir también en el caos de los símbolos.

—Eso último no es todavía tema de discusión. Lo que sí puedo asegurarte es que el caos no es ni ha sido nunca el estado natural del hombre. Sencillamente, nuestro proceso de desarrollo fue interrumpido, y es necesario continuarlo. Ahora bien, el punto de partida tiene que ser forzosamente **otro**. Eso es todo:

—La cuestión está en ese punto... **tuyo**.

—La cuestión, Besle, está en trabajar juntos hacia ese objetivo común.

—Trabajar en tu obra.

—Si por mía entiendes que yo la haya asumido, ¡bien! Yo la he asumido.

—Cadars, nada bueno saldrá de lo que no viene naturalmente, sin imposiciones.

—Yo no mando, Besle. ¡Yo obedezco!

—Me parece que no nos vamos a entender muy bien —dijo Besle, con odio invisible y frío en las pupilas—; pero obedeceré.

Besle había cambiado. Ahora murmuraba a espaldas de Cadars y miraba a los hombres en busca de aquellas miradas de apoyo que tanto necesitaba y que seguramente encontraría. Dair no se alejaba nunca de él y sus miradas taimadas guardaban algún secreto. Sí, Cadars daba órdenes y eso lo hacía odioso. Al principio Besle había tomado las cosas como un juego, acaso un juego peligroso, pero un juego al fin, algo que no podía hacer daño; **el laberinto** era atractivo y divertido, quizás hasta excitante. Sin embargo, el día que Amir, por la voluntad de Cadars, había dado inicio a la «acción rectora» y el dolor asomó sobre todas las cabezas desnudando a los hombres, Besle comprendió que algo perverso venía desde la mente de Cadars y caía sobre ellos. «El viaje» era algo oscuro, tan oscuro como las intenciones de Cadars. Él, Besle, debía hacer algo contra todo eso; él y también quizá Dair...

Por otra parte, algunos hombres habían escapado ya de las manos de Cadars. Habían regresado al valle, habían regresado **a sí mismos**, y la distancia les había hecho ver el mundo de Cadars como algo terrible.

Sí, pensaba Cadars, la soledad era agradable, era bueno caminar sin rumbo y no hacer nada, no pensar y sentir la sangre fresca correrle a uno por las venas. Sí, era bueno despertar cada día a la vida sin preocupaciones... Muy agradable, sí. Pero, ¿a qué conducía una existencia así? Sin embargo, el futuro no era desalentador. En realidad, lo difícil era dar el primer paso; y ese primer paso ya estaba dado. Miró a los hombres. El grupo de Amir estaba allí, a su lado. Eran libres y sin embargo no volvían al valle; y si no volvían era porque habían comenzado a entender, a dar ese primer paso que los llevaría a un orden superior de convivencia. «El viaje», pues, estaba asegurado. Todas las energías debían ponerse ahora al cuidado y servicio del desarrollo de ese proceso.

—¿Qué ocurrirá, Cadars? —había preguntado Amir.

Cadars miró hacia adelante y sonrió.

—Lo que debe ocurrir. Estamos en camino, Amir; y ese camino no tiene regreso. Por lo pronto, hay mucho que hacer...

—Pero Besle...

Cadars lo miró rectamente a los ojos.

—Habrá que tener cuidado. Pero yo confío en los hombres; después de todo, Besle es una víctima del caos. Y es precisamente el caos lo que hay que combatir. Sobre eso me agradecería que nunca nos equivocáramos.

—Sin embargo, somos menos que al principio.

—Sí; no esperaba otra cosa.

Amir se desconcertó.

—¿Entonces?

Cadars lo tomó por un brazo.

—Amir, ¿qué ocurriría si por una pendiente pedregosa dejaras caer una piedra de regular peso?

—Supongo que esa piedra arrastraría a las demás.

—Supones bien. Ocupémonos, pues, en dejar caer esas piedras. En eso, **por ahora**, consiste nuestro trabajo.

Los días siguientes no fueron apacibles. Las fuerzas mismas de la naturaleza se habían desatado sobre el planeta.

«Maldito Cadars», pensaba Besle.

Cadars hablaba demasiado, hostigaba demasiado. Los hombres habían hecho siempre lo que se les antojaba; ahora unos a otros se daban órdenes; sufrían y hacían sufrir. ¡Estaban ciegos! Había un final y unos proyectos para alcanzarlo; y el camino estaba oscuro y lleno de dolor. Besle cayó sobre las arenas riéndose: «¡Están locos!» Cadars vio sus ojos y trató de alcanzar su mente a través del espacio que los separaba.

La niebla se extendía. Amir había dado la orden y pronto el cielo no era más que una mancha pequeña que se reducía rápidamente hasta desaparecer, como desaparece la boca de un pozo mientras uno cae en sus profundidades gritando.

Besle corrió no sabía hacia dónde; por un instante la mente de Dair había estado cerca, moviéndose cautelosamente. Besle trató de alcanzarlo, necesitaba ese apoyo... El dolor vino; volvía como todos los días. «Mientras

haya dolor —recordó Besle— habrá caos.» Sí, ese era el caos. Pero huir de él ¿no era más doloroso que soportarlo? Ya Besle comenzaba a dejar de ser Besle, lloraba tendido en el polvo y sentía los tirones de las otras mentes. ¿Por qué sufrir tanto? ¿Qué eran ellos sino una masa oscura agonizando sin término? Sí, una masa oscura, y a lo lejos a veces algún destello... El orden; ¡maldita sea!

Besle dejó que sus brazos colgaran; los sentía cargados de electricidad, de una casi incontenible energía. Durante todos esos días el odio había adquirido calor en sus pupilas, y Cadars no dejaba de observarlo.

El dolor cedía. Los destellos eran más frecuentes; no serían alcanzados en su totalidad, no ahora, no por el momento; era necesario esperar, esperar todavía mucho... ¿Cuánto? ¿Cuánto resistirían? El dolor no cedía. Nada cedía.

El dolor era cada día más profundo; sólo que cambiaba de forma. Era un nuevo dolor, una nueva forma de sufrir y nada más. «El dolor persiste —recordó Besle—, el dolor es la vida y la ausencia de dolor es la muerte...»

Tal vez Cadars los llevaba hacia una especie de muerte, hacia una manera extraña y cruel de morir. Su nombre era **cadars**, su destino era **cadars**, ¡todo él era **cadars**! Besle aguardaba con odio, obedecía con odio, miraba con odio. Esperaba algo de sí mismo o de alguien, no sabía qué. Estaba doblegado por un peso superior a sus fuerzas y debía sacudírselo o ser aplastado.

Amir había ido hasta el valle, y regresó con el pequeño Datté, su hijo. La madre lo había abandonado y se había unido a un grupo de hombres feroces y enloquecidos.

Besle se asombró al ver cómo Amir sometía al niño a las disciplinas terribles de Cadars. Pero Cadars no permitió que el niño se enfrentara con aquello; sin embargo, Besle entendió que Cadars se sentía muy halagado con la idea y con la sumisión de Amir. Dair vino a su lado y conversó con él y desataron sus lenguas y sus pasiones. «¡Basta!», había dicho Besle; y Cadars no supo lo que ocurriría hasta que el frío llegó y enloqueció el planeta.

Los hombres, entre ellos Besle y Dair, iban y volvían, del valle al desierto. Siempre eran los mismos, no regresaban con más hombres o menos hombres; tampoco se sabía a qué iban al valle, qué había allí. Nada en concreto se sabía de ellos; pero algo malo relucía a veces en sus ojos.

Se sentaban algo apartados, casi tocándose las manos, formando un semicírculo. No se mostraban descontentos; incluso el odio había desaparecido de los ojos de Besle, aunque Cadars sabía que el odio estaba en algún lugar de su mente, agazapado. Miraban desapasionadamente y se miraban entre sí. Tampoco ofrecían resistencia a los ejercicios; se mostraban más dóciles que nunca, y eso era lo que más temía Cadars: con toda seguridad, esos hombres habían llegado ya a alguna oscura inteligencia mutua, y no era dudoso que tuvieran un plan encaminado a obstaculizar los proyectos.

Y el frío bajó un día; sobre las arenas amaneció una fina capa de hielo. Cadars la estuvo observando con perplejidad.

Jazir preguntó:

—¿Qué ocurre, Cadars?

—Parece hielo —dijo Amir—, pero es raro...

Amir pisó con fuerza sobre el hielo sucio y el hielo crujió bajo sus pies; tomó un poco entre sus manos y se lo llevó a la boca. Pero el hielo no llegó hasta sus labios, se deshizo en niebla.

—Raro —dijo Amir.

Cadars miraba atentamente.

—Mejor será no pensar en ese hielo. No lo toques, Amir, no es bueno.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jazir.

—Quiero decir —dijo Cadars— que ese hielo no es natural.

Al otro día la capa de hielo era más gruesa y a la noche nevó.

Dair y Besle estaban como muy preocupados con eso. Comenzaron a hablar cosas extrañas que llegaron a oídos de Cadars; sabían el origen de aquel hielo, de aquella crueldad de la naturaleza: Cadars había provocado todo eso con sus malditos ejercicios. Y Cadars en esos momentos comenzaba lentamente a relacionar los hechos...

Al día siguiente, Jazir tuvo que hacer un gran esfuerzo para lograr salir de debajo de la nieve endurecida que había caído sobre él durante el sueño. Cuando se irguió y miró a su alrededor se encontró con un mundo completamente nuevo. El frío hizo que los hombres se olvidaran de los ejercicios, del caos, de Cadars y el final de los finales, del «viaje» y todo lo demás, y se dedicaran con ferocidad a procurarse abrigo y alimento.

Amanecían con la boca ávida, el estómago rugiente, el cuerpo todo helado y adolorido; amanecían con los ojos llenos de recelos, buscando, arrebatando. Las hogueras que encendían sus mentes eran apagadas por heladas ráfagas extraordinarias. El cielo había enrojecido y el sol apenas se veía durante el día; las noches se volvían cada vez más largas. Muchos hombres comenzaron a huir hacia el valle, y pocos lograron alcanzarlo; morían gritando de dolor entre la nieve blanca.

Cadars se quedó casi completamente solo; pero junto a él además de los que debían estar, estaban Dair y Besle que parecían estudiarlo, y en los ojos de Besle había algo mucho peor que el odio.

El viento soplaba helándolo todo, y la nieve caía ininterrumpidamente, y era difícil caminar sobre ella. Las flores estaban cubiertas de nieve, inclinadas por el peso, completamente blanqueadas, sin hojas. Era un tormento vivir entre la nieve perpetua y el hielo y el viento.

Una mañana, Cadars y Amir descubrieron el símbolo de la nieve; asomaba como una mancha en el horizonte. Estuvo allí, sin moverse, y durante todos esos días el sol nunca se elevó demasiado y heló todo el tiempo.

Dair y Besle atacaron el último día.

Quizá Cadars se había decidido demasiado tarde. Pero Jazir fue rápido, y Sigbe fue todavía más rápido que él. Cadars había tenido a su lado a Sigbe; era un hombre más, poco había reparado en él. Sigbe era taciturno y firme, pero no había dejado de advertirle a Cadars en una ocasión, sólo en una, el peligro que representaban Dair y Besle. Y ahora Cadars lamentaba su excesiva cautela.

El cuerpo de Jazir quedó despedazado, sangrando sobre las blancas nieves, la boca abierta y el aliento escapándosele en una delgada nube. Sigbe arrastró los cuerpos de Dair y Besle, y a tirones los arrojó a los pies de Cadars. Cadars los miró largamente, asombrado, y luego miró a Jazir helándose en la nieve manchada de sangre. Por un momento, Sigbe y Amir vieron la duda y el temor en las hondas pupilas de Cadars, pero fue solo un instante.

Cadars, como si hablara consigo mismo, preguntó:

—¿Por qué lo hiciste, Sigbe? ¿Exactamente por qué?

Sigbe miró a los otros, pero no habló; nada dejó traslucir tampoco su rostro. Se llevó los cuerpos, y luego, cuando regresó, su rostro estaba limpio, como si no hubiese ocurrido nada.

Dijo simplemente:

—Todo está bien, Cadars. Los hombres volverán.

3

Daina

El viento sopló y despejó la frente y se llevó todas esas nubes y lágrimas; todos los vapores cálidos del día y las frías nieblas de la noche. Pero las imágenes persistían bajo la piel, moviéndose continuamente, imposibles de borrar.

—Mira —dijo Daina—, los hombres...

Tulis observó su frente.

—No sé —dijo, o lo pensó.

—¿No me escuchas? —preguntó ella.

Tulis se acercó a Daina y se quedó mirándola.

—Te escucho.

—Mira, Tulis, los hombres nos reclaman. ¿Ves todo eso?

«Sí —pensó Tulis con rencor—, ¿pero por qué...?» Luego trató de influir en Daina, aunque era inútil; Daina no era sugestionable. La niebla de su mente pasó junto a ella y ella ni siquiera lo advirtió. Tulis volvió a mirar su frente, y bajo la delgada piel la misma escena, ¡una obsesión! Allí estaban los hombres del desierto, todos juntos, demasiado juntos... Tulis notó que tropezaban entre sí, se daban órdenes, se interrogaban, discutían. «Extraño, ¡extraño!», pensaba Tulis.

Apartó la vista; era una escena estúpida.

—Lo siento, Daina. No me interesa.

La piel de Daina tenía destellos cobrizos; en sus ojos oscuros y hermosos se reflejaron las llamas. Desde lo profundo de las pupilas de Daina venía

flotando un objeto enorme y liviano, como una nube, algo desagradable que de pronto se deshizo en lágrimas.

Tulis permaneció quieto, haciendo crecer el fuego a sus pies. Daina inició entonces un movimiento con todo su cuerpo. El hombre tuvo un sobresalto, y la tomó en sus brazos bruscamente; la sintió como un trozo de cuarzo frío y pulido. Daina se evadió y dejó entre sus brazos un montoncito de cenizas azules. Tulis gritó. La mujer ahora estaba lejos, lejos en el espacio y también lejos en el tiempo.

—Daina —suplicó Tulis—. Ven, nada bueno nos espera allá. ¿No hemos estado siempre muy bien aquí?

Daina dibujó en el cielo una tormenta furiosa. Luego los hombres reaparecieron en su frente; y apareció un paisaje triste y solitario, y en aquel paisaje aparecieron ellos dos, pequeñitos y abrazados, entre los escombros y los misterios.

—Nos necesitan, Tulis... No podría explicártelo. Tenemos que ir —oyó que le decía Daina con la voz llorosa.

Tulis se sintió mal. La descubrió sentada entre unas ruinas polvorientas.

—¿Qué haces ahí, Daina, por qué te alejas?

Llegó hasta las ruinas; Daina ya no estaba allí. Oyó un alarido, un ruido ensordecedor, una explosión.

—¡Daina! —llamó, corriendo sobre las piedras, lanzando sus ondas; pero Daina lo rechazaba; se había encerrado en sí misma; se había oscurecido y él no podía encontrarla.

Tulis estaba desconcertado. Ella nunca había hecho una cosa así; sentía como si algo entre los dos se hubiese roto. Ya no era un juego... Los labios se le secaron hasta dolerle. Bordeó los escombros y salió a un claro. Parte de los antiguos muros se habían desmoronado, y la presencia de Daina flotaba por esos alrededores.

Ahora Tulis pensaba: «Es como una niña.» De pronto se tranquilizó. Decidió sentarse y esperarla. Ella volvería, siempre volvía... Sí, era su Daina, su niña. Tal vez ni ella misma sabía lo que quería. Tenía que convencerla, todo aquello del desierto era una tontería, una mala ilusión destinada a separarlos. Sí, la convencería con besos, con caricias, con ternuras... Era lo único que tenía en la vida. Sin ella volvería a la soledad tremenda de sí

mismo, la soledad que había sufrido hasta el día aquel en que la viera por primera vez... Recordó. Ella caminaba sin rumbo sobre lo alto de los muros, cabizbaja, desatenta, hasta que fijó su mirada en él, y los dos, largamente, como si se conocieran desde mucho tiempo atrás, se miraron con placer toda la tarde, y cuando el sol bajó, ella bajó también sin dejar de mirarlo un instante, se durmieron mirándose, ni una palabra, ni una imagen, mirándose nada más... ¡Nunca olvidaría aquella sensación! «Daina, Daina», repetía su mente; los ojos cerrados, extasiado con el recuerdo. Sí, sí, convencerla. ¿Qué cosa podrían ellos hacer allá entre los hombres súbitamente enloquecidos? ¿Acaso no estaban muy bien allí? ¿Qué más necesitaba ella?

Tulis miró las ruinas de las antiguas ciudades, y oyó el silbido del viento a través de las miles de ventanas, y luego lo oyó gemir y aullar en los oscuros corredores y retumbar en las amplias bóvedas, arrastrando un manto espeso de hojas y arenas.

Las lunas asomaron sobre las edificaciones, y vio a Daina ahí, muy cerca de él, de pie, mirándolo como aquella vez, pero ahora dijo algo que estremeció a Tulis:

—Éste es un lugar muy triste; un lugar donde nunca ocurre nada.

Tulis la miraba; todo dentro de él se mezcló y se confundió. Un lugar donde **nunca** ocurre nada... ¿Y él? ¿Y ellos dos? ¿Y lo que habían vivido juntos? Le hizo recordar a ella una escena: corrían entre los edificios; reían y se abrazaban; siempre descubrían algo nuevo bajo los escombros, siempre nuevos misterios, siempre había un lugar, un rincón, un aposento donde nunca habían estado, y se maravillaban del sitio y de ellos mismos, y se miraban con embeleso y se hacían el amor allí desesperadamente.

—Antes te gustaba —dijo Tulis.

Daina se sentó a su lado haciendo brotar un llamita incierta en el suelo. Tulis sopló y el fuego crepitó alegre consumiendo las hojas secas. El rostro de Daina se iluminó y viéndola bajo aquella luz Tulis pensó que era lo más hermoso que existía en el mundo. Daina se quedó un momento contemplando el fuego y después lo hizo desaparecer.

—Daina...

Ella no quiso oírlo. Tulis trató de acariciarla. Daina lo miró y él sintió entonces la distancia que había nacido entre los dos.

—He estado **allá** —dijo Daina.

—Lo sé —mintió Tulis con amargura. Ah, había ido sin decírselo.

—Soy joven —continuó ella.

—Daina...

—Sí...

—Yo también soy joven.

Daina abrió suavemente las manos, como si palpara el aire.

Dijo:

—Quiero hacer cosas. Esas ciudades...

—Son **ruinas** —la interrumpió Tulis.

Daina alzó la voz, casi gritó.

—¡Alguien las hizo! Y están ahí, Tulis, esperando algo más de nosotros.

—¿Esperando qué?

—Supongo —dijo Daina fríamente— que algo más que jugar y mirarlas.

Tulis jadeó un poco; se sentía insignificante a su lado, como algo que no servía para nada.

—Puedo reconstruirlas —dijo—. Tú lo sabes.

Daina sacudió la cabeza, ¡estaba tan lejos de él!

—No es eso, Tulis. ¿Para qué reconstruirlas?

Tulis trató de alcanzar su mente, pero su mente estaba lejos y llena de sueños y ambigüedades.

—Entonces no entiendo —dijo.

Daina lo miró como queriendo decirle: Sé que no entiendes, Tulis; precisamente ése es el problema.

—Me voy —anunció Daina incorporándose.

El suelo cedió bajo los pies de Tulis; todo se ennegreció y se llenó de tristezas.

—¡No puedes irte! —gritó Tulis.

—Ahora no sé si me gustaría que vinieses conmigo —dijo Daina en voz baja, tan baja que Tulis no la oyó.

—Daina —rogó Tulis—, piénsalo bien... ¿O es que ya no me quieres?

Notó con horror que ella ya no estaba a su lado.

En el aire quedó una nube plateada, un perfume, el olor de la boca de Daina. «Volverá», trató de consolarse a sí mismo, pero sabía que ella no

volvería más. Nunca había pensado que podría llegar un día así. Sí, no volvería; había sido hechizada, sufría la locura de los hombres. Quería hacer cosas, no sabía qué cosas. Iría con ellos y se darían órdenes, y luego, como en secreto, explicarían sus actos y harían planes... Tal vez la locura los había llevado a pensar que era bueno volver a construir ciudades o cualquier otra cosa por el estilo. Se la llevaban, la arrebataban de su lado. La condenaban al dolor y a él también. ¿Por qué aquella maldad?

«Daina, ¡Daina!»

Ya no había rastro alguno de ella; buscó en su mente y sólo vio el vacío y el silencio. No debió dejarla partir. Debió someterla a la fuerza, obligarla... Vio la mujer a su lado, ¡una ilusión!, tenía los ojos extraviados como los hombres del desierto. ¡Ella, su Daina! Se irguió, sintió un quejido, un desmoronarse de piedras. La imagen de Daina flotó todavía un momento y luego se quebró como una fina lámina de cuarzo. Estaba solo en la soledad. El susurro del viento le trajo ese polvo blanco de las soledades. Miró las ruinas: «un lugar donde **nunca** ocurre nada». Sus pies se hundían en el manto arenoso del suelo.

—¡Daina! —gritó corriendo sin rumbo.

La imagen de Daina atravesó el espacio. Tulis estaba corriendo en un vacío oscuro que no conducía a ninguna parte. Miró hacia adelante y experimentó un extraño vértigo. Su cabeza giró y vio los astros moviéndose veloces en una gran espiral de luz. Sintió que el suelo le venía encima y cerró los ojos. «¡Estoy solo!», lloró la mente de Tulis.

II Datté

1

El pequeño Datté cerró los ojos; estaba sobre lo más alto del silencioso desierto, quieto en la luz quieta y crepuscular, sin oscilaciones, como si su cuerpo pequeño y delgado se hubiera convertido de pronto en una firme estaca hundida profundamente en la arena y su mente no estuviese allí para no inquietar el cuerpo de ninguna manera. Pero su mente estaba en alguna parte, lejos en el espacio, como un astro errante, pensando, decidiendo, absorta en su propio saber y sus recuerdos. Datté había sentido desprecio hacia sus semejantes, luego odio y, finalmente, miedo.

El rostro de su padre, Amir, o tan sólo el recuerdo de él, le hacía daño. «¡El caos, el caos!»; no había oído otra cosa en su vida... ¿Acaso ellos mismos no eran el caos? El rostro de su padre, siempre congestionado por el miedo o la cólera, le resultaba insoportable. Fue el primer rostro que decidió no ver más. Y después le siguieron otros; y un día comprendió que solamente se toleraba a sí mismo, y eso porque no había manera de huir de sí mismo.

Cruzar el valle fue una prueba terrible para él, pero el décimo día vencía aquella prueba y salía al otro lado del desierto. Miró hacia atrás: había roto definitivamente con los suyos, y jamás volvería a cruzar aquel valle de regreso. Ahora el silencio del mundo muerto gritaba feroz en sus oídos. De noche, la soledad era como un manto invisible que caía sobre su cuerpo menudo. Su propia imagen estaba en todas partes; él la creaba en la superficie

de las aguas; la dibujaba en las arenas quemadas, en las hojas, en la niebla. Dejaba huellas, y era bueno, luego, volver y encontrarlas.

En las noches estrelladas, subía a lo alto de la más alta colina, y allí se acostaba a contemplar los astros y los símbolos.

¿Qué eran los símbolos? ¿Por qué había símbolos? Y Datté se acurrucaba entonces, sintiéndose pequeño como un grano de arena. Los símbolos jugaban en el cielo, pero era un juego demasiado complicado para que él pudiese entenderlo. ¿O tal vez luchaban? ¿No era eso una especie de lucha gigantesca? Había relámpagos y ruidos estremecedores, sí; luchaban o jugaban; daba lo mismo. ¿Cuántos símbolos habría...?

«Muchos», pensaba Datté, más que todos los granos de arena que había en el desierto. Los símbolos eran inalcanzables y nadie se ocupaba de ellos. En la punta de sus dedos su propio símbolo era una mancha incierta también inalcanzable. Con el sol, los símbolos y los astros desaparecían; y él, de pie en aquella inmensidad de arenas, miraba languidecer los misterios de la noche y veía emerger los fulgurantes misterios del día.

Un día, las sombras llegaron y se alojaron en la mente de Datté; el sol no podía desvanecerlas. Y mirando el sol pensaba si todo no había sido siempre una ilusión. ¿Por qué ahora había sombras donde debía haber luz, y luz donde las sombras tenían su morada...? Su mente permanecía intacta; su mente era lo único real y todo lo demás era una ilusión. «Mi mente», pensaba Datté. Sí, allá dentro estaba todo: la luz, las sombras, los astros, los símbolos y los hombres. No había, pues, un padre llamado Amir, ni un desierto, ni un valle... Nada había.

Nada, Datté, absolutamente nada. Sólo existe tu mente, ¡sólo existes tú! Siempre has sido tú y nada más, o todo fue cuando fuiste tú.

Datté cerró los ojos y dejó transcurrir el tiempo: el tiempo no era otra cosa que el desenvolvimiento de su mente pensante que medía la vida caprichosamente...

Un árbol, semejante a las flores del desierto, flotó un instante ante sus ojos cerrados, y luego comenzó a desgajarse con ruido tremendo. Datté abrió los ojos y gritó. ¿De dónde había salido ese árbol retorcido? Se frotó suavemente los párpados con la punta de los dedos. Bien, bien... Claro, lo había pensado. Es decir... ¡No, no lo había pensado!

Se incorporó y abrió su frente llena de ruidos: el árbol estaba en su frente exhaland olores desconocidos. Trató de borrarlo. Ah, ya no habría más árbol. Por un momento sonrió divertido. Ahora no habría más arenas, ni símbolos, ni hombres ni nada. ¡Lo borraría todo! Su rostro se cubrió de sudor. Nada ocurría: allí estaban las arenas y los símbolos.

Las imágenes persistían. Puso sus dos manos sobre las arenas. Estaban tibias. Sintió toda la inmensidad del planeta bajo sus manos. Arriba rutilaban los símbolos... ¿Y el árbol? Masticó un puñado de arenas y escupió repetidas veces; le dolieron los dientes y se lastimó las encías. Se dejó caer cansadamente. Si no podía hacer desaparecer las arenas, entonces las arenas y también los símbolos y todo lo demás **estaban** fuera de él, existían antes de que él existiera. ¿Entonces aquel árbol...? Datté irguió la cabeza. No, no había pensado el árbol; no lo había creado con su mente; lo había **recordado**. Pero, ¿en qué parte de su memoria estaba ese árbol? Nunca había visto un árbol así; un árbol así no existía en aquel mundo; en todo caso, era un árbol de **otro mundo**; y Datté nunca había estado en otro mundo, en ningún mundo excepto aquel. ¿Cómo recordarlo entonces?

El rostro de Amir se inclinó hacia adelante y de su frente salió una caricia. Su padre se movió y desapareció de su campo visual... Qué pequeño era Datté; sus manos —las veía— eran tan pequeñas, tan suaves, tan suaves... En el rostro de Amir no había cólera ni aquella expresión de abatimiento; sobre todo, no había miedo, aquel miedo pasivo que le sudaba por cada poro. Estaban en el valle y la cabeza de Amir se movía con ligereza, avanzaba y se dibujaba contra un cielo de hojas verdes... Sí, recordaba; eran recuerdos **suyos**, cosas que había vivido. Un pájaro cruzó por el cielo. Datté lo siguió con la mirada; el ave describió un gran círculo en el aire y comenzó el descenso. Nur B levantó el brazo y el pájaro se posó en su mano. Era un pájaro hermoso... Desde el dedo índice de Nur B el pájaro inició nuevamente el vuelo. Datté se levantó de un salto y miró en torno al desierto; se sentía solo y lleno de miedo a lo sobrenatural. ¿Qué cosas había recordado? ¿Quién era ese Nur B? No se parecía a nadie conocido. Sí, Nur B era Nur B; ¿quién? ¿Y el pájaro...? «Es una paloma», recordó Datté horrorizado. Luego vio claramente al animalito tendido sobre las arenas con las alas abiertas, y cómo ese Nur B lo tomaba entre sus manos y lo besaba delicadamente, con ternura

conmovedora. Alguien en su recuerdo se reía tan agradablemente, tan humanamente, con tanta alegría... Desde el valle el viento arrastró un cálido olor a vegetales y Datté supo que se acercaba una tormenta. Su mente estaba inquieta, tremendamente excitada, ya no tan llena de miedo, solamente muy excitada. Dejó que la tormenta descargara toda su furia sobre él; pensó que no la sentiría; pero su cuerpo se contrajo de dolor y Datté gritó y se hundió en las arenas huyendo del frío y la electricidad.

Cuando la tormenta pasó, vio nuevamente el rostro de su padre, esta vez en su estado habitual, temeroso y colérico, gritando, amenazando: «El caos, el caos, ¡el caos!» Se evadió; quería ahora alcanzar aquellos otros recuerdos que no eran suyos. La lluvia, el viento y los relámpagos regresaron, pero él ahora estaba más allá de todo eso, la cabeza erguida, encerrada en sí misma, temerosa y tensa. Quería saber, ver... Las imágenes cruzaron por su mente. Vio la Esfera; vio descender a sus antepasados sobre la tierra de Ámbar, los vio extenderse por el planeta y edificar las ciudades, y recordó sus sueños y sus proezas. El rostro de Nur B estaba delante del suyo, y Datté entró inesperadamente en la mente de Nur B y penetró en sus recuerdos. Se sintió entonces lanzado al espacio, transportado a través de la fría negrura sideral entre el abismo de los cielos infinitos...

2

Junto a las flores fósiles, la arena se arremolinaba con el viento, y las raíces se enroscaban formando inmensas cuevas y allí se metían la arena y la hojarasca. El sol caía sobre el horizonte y las nubes se teñían de rojo; más arriba, sobre las nubes, el cielo era color violeta, y todavía más alto era de un azul ceniciento cruzado por largas franjas oscuras. Los hombres estaban sentados sobre la tibia arena y los rayos del sol en ocaso iluminaban sus cobrizos cuerpos; detrás, parte de una ciudad se alzaba como suspendida en la luz, sin ningún apoyo, o apenas un apoyo incierto de este lado, y quizá allá, en la distancia y las tinieblas, cualquier otro apoyo. Bóvedas inconclusas, columnas que morían de pronto en el espacio, estructuras comenzadas desde arriba y desde algunos de sus lados; y entre lo inconcluso, minuciosos

detalles flotando traspasados por el polvo dorado de la tarde. Los hombres estaban reunidos formando un círculo, y hablaban y se intercambiaban imágenes. Uno de ellos se levantó con todo el aspecto de querer hablar largamente sin ser interrumpido; pero una vez de pie fue como si se le olvidara lo que iba a hacer cuando se levantó, miró a los demás, desconcertado, y volvió a sentarse. Alguien dijo entonces una frase tan enrevesada que nadie la entendió y probablemente ni él mismo. Abrió su frente para explicarse mejor y las imágenes que aparecieron allí eran más confusas que sus palabras, y por hacer algo, o tal vez, porque sintió frío, creó un pequeño fuego a sus pies y se quedó absorto cuidándolo.

El sol se ocultó tras el horizonte y sobrevino la negrura. Los astros brillaron y el viento dejó de ser amable y comenzó a soplar helado y furioso sobre la planicie, y abajo, en el abismo, como si quisiera hacer saltar las entrañas del planeta.

Un hombre robusto y taciturno, hijo o sobrino de Sigbe, se levantó despacio y dijo que lo mejor era reunirse con los verdaderos hombres de los proyectos, que así no se llegaría a ninguna parte. Aquellos hombres eran excepcionales y habían hablado de manera difícil de entender, era cierto, pero también habían mostrado sus imágenes y en ellas estaba claro lo que «el viaje» significaba. Las ciudades eran una disciplina colectiva y nada más; nadie pretendía construir verdaderas ciudades, eso no tendría sentido. Era una forma superior de luchar contra el caos, quizá la única por el momento. Eso habían dicho los hombres de los proyectos. En fin, no exactamente eso, pero algo semejante, no tan simple...

Entonces, uno de los hombres, que había permanecido todo el tiempo estudiando a los demás, dijo que estaba de acuerdo con el hijo o sobrino de Sigbe, entre otras cosas porque Sigbe había sido uno de los hombres de Cadars. Sí, era necesario agrupar a los hombres en torno a los proyectos, pues todavía había muchos dispersos por el planeta a merced del caos.

—Esto —casi gritó— ha sido **ordenado** por los hombres de los proyectos y debe cumplirse. Debe cumplirse de cualquier manera; de otro modo, el caos nos aniquilará a todos.

El hijo o sobrino de Sigbe lo miró rectamente a los ojos, y a pesar de que coincidía con sus ideas, no le gustó en absoluto ese hombre. Lo vio allí,

jadeando, deseando tener un gran poder para someter y obligar.

«Tal vez para torcer el camino», pensó.

El resto de los hombres permaneció en silencio. Luego se miraron entre sí: «El caos, **el laberinto**, ¡“el viaje”!»

3

Lejos, en el valle, Dílner estaba mirando el lecho del arroyo y de pronto sintió que sus pensamientos se torcían extrañamente. Juanes se volvió hacia él y vio en su frente algo muy desagradable.

—Son los hombres —dijo Juanes—, ¡los hombres del desierto!

Dílner notó que Juanes se desvanecía; vio sus piernas como dos delgados tallos de niebla doblegados por el viento. Su cabeza quedó intacta y flotó sobre sus hombros, y luego se rompió con sonido de piedras. Juanes desapareció:

Dílner se sobresaltó al verlo nuevamente a su lado.

—¡Nos buscan! —gritó Juanes con el rostro blanco y sudado.

—Pero, ¿qué quieren de nosotros? —preguntó Dílner.

Ya Juanes estaba tranquilo; como si intranquilizar a Dílner lo tranquilizara a él. Dijo:

—No temas; no nos encontrarán —se rió.

«Sí —pensó Dílner—, no nos encontrarán. El valle es solitario y lo cercaré de trampas; yo mismo seré una trampa, y el que venga caerá y se perderá en mi trampa. La trampa...»

Juanes estaba serio.

—Las trampas no sirven —dijo; luego le mostró al otro las bóvedas ilusorias que estaban allá junto a las flores gigantes—. Son muchos y han enloquecido. He oído de noche sus voces y ese sonido que viene de allí... Un sonido, Dílner, como si estuvieran buscando desesperadamente entre la arena o pensando juntos, o quizá dándose golpes o llorando juntos; ¡o quién sabe qué maldita cosa! Pero no nos encontrarán, ¡no nos encontrarán!

Dílner agarró los hombros de Juanes, se quedó reflexionando, mirando por encima de la cabeza del otro. Después miró sus ojos y Juanes se liberó de

sus brazos.

—¿Cómo sabes que no nos encontrarán? —preguntó Dílner.

Juanes dijo:

—No lo sé.

—Dijiste que lo sabías.

Juanes alzó la cabeza y lo miró con temor.

—¿Por qué hablas esas cosas, Dílner? —le preguntó.

La cabeza de Juanes era ahora como de gases; el viento sopló y la cabeza pareció desvanecerse. Dílner cerró los ojos.

—Dijiste que no nos encontrarían, Juanes.

—Nunca pude haber dicho tal cosa. Nos encontrarán, ¡nos han encontrado ya! Ellos lo saben todo, todo lo ven, están en todas partes...

Dílner retrocedió. Pensó: «Es la locura. También Juanes ha enloquecido.»

Si los hombres habían decidido volver a construir ciudades, agruparse y darse órdenes mutuamente, entonces algo andaba mal en el universo. Y eso podría alcanzarlos a todos. Ya los había alcanzado. ¿No estaba Juanes dando síntomas de esa locura? ¿Y él mismo? ¿Qué ocurría con sus pensamientos? Pensaba cosas absurdas, cosas que no quería pensar, como si alguien estuviera dentro de su cabeza pensando perversidades, mezclando estos pensamientos con los suyos, destruyendo poco a poco sus razonamientos. ¿Y Prala? ¿No le estaba ocurriendo a ella lo mismo? Sí, Prala también... Ella también; ¡todos! Dílner abrió sus ondas y trató de alcanzar a Prala; vagamente la sentía del otro lado del valle, entre las ruinas, hundida en un manto azul de arenas y polvo de hojas, luchando contra algo feroz que gritaba en su mente.

Dílner se asustó de su propio grito.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Juanes mirándolo con recelo.

—Es Prala —dijo Dílner.

Juanes miró y vio la imagen de la mujer en la frente macerada de Dílner. La mujer rota, en fragmentos dispersos, tratando de reconstruirse ella misma, oyendo y sufriendo, asediada, perfectamente atrapada en sí misma, en su voluntad de ser de otros y no ser de nadie, anhelando sin saber qué anhelar, riéndose de Dílner, derramando sangre por todas partes, ya sin sangre en su cuerpo y sin cuerpo donde tener sangre, sin nada y con todo, abierta,

extinguiéndose... «Ellos también han enloquecido», pensó Juanes con amargura. Se sintió solo; el único en no ser tocado por la locura tremenda y dañina. «Sí, soy el único cuerdo; debo cuidarme.» Vio en los ojos de Dílner una mirada de locura cruel. El sol apenas se veía en la niebla de la mañana, una niebla sucia que brotaba de abajo, de lo más profundo del suelo. Era difícil ver, no tanto por la niebla sino por él mismo, por algo que había caído sobre sus ojos. Dílner no estaba a su lado; parecía estar muy distante. Bajo los pies de Juanes desapareció el suelo. El cuerpo de Dílner, en su memoria, se dividió en mil pedazos, y los pedazos iban fundiéndose con otros elementos, formando una masa irreconocible y caliente que desapareció en una terrible explosión.

—¡Dílner! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Dílner con voz tranquila.

—¿No ves? —señaló Juanes.

—¿Qué?

—¡Dílner!

—Estoy aquí, Juanes. ¿Qué pasa?

Sí, estaba allí, sentado, amontonando hojas y quemándolas, soplando las llamas, frotándose las manos con deleite. Estaba casi alegre, divertido...

—¡Dílner!

—Sí, Juanes, te oigo —dijo Dílner, pero su voz salió sin que él moviera los labios. Parecía absorto.

—Nos buscan. ¡Míralos! —tembló la voz de Juanes. Luego pensó: «Dílner debe saberlo. A lo mejor él también... No, él no. Ni Prala tampoco. Están locos, es cierto, pero no creo que ellos...»

—Sí, —dijo Dílner—. Nos buscan. No hay nada que hacer.

—¿Cómo que no hay nada que hacer? ¡Huyamos!

—¿Hacia dónde, Juanes?

Juanes miró alrededor, recorrió las distancias. El viento olía a hojas secas.

—No sé —dijo.

—Bien —concluyó Dílner—. Esperemos.

Juanes lo miraba fijamente; pensaba: «Esperar... ¿Esperar qué? Sí, claro, esperar que los hombres del desierto vengan, y Dílner se una a ellos y quizá Prala también y entonces todos se vuelvan contra mí, ¡todos! Claro, eso le

han ordenado a él, que me retenga aquí. Sí, esperar tranquilamente... ¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué ya no estoy muy lejos de aquí, en un lugar inimaginable? ¡Maldita sea, ahí viene esa Prala!»

Prala venía caminando despacio, muy despacio, bordeando el arroyo. Juanes pensó: «No parece loca. Tal vez he pensado demasiado...» Insistió:

—Huyamos, Dílner. Huyamos los tres.

Dílner acarició el fuego. Miró luego a Juanes a los ojos.

—He tenido una visión —dijo—. Una hermosa visión, Juanes.

Había en su frente muchas cosas; todas estaban quietas y comenzaron a moverse después ordenadamente, de manera rítmica, hipnotizadora.

—He visto **el orden**, Juanes.

Juanes retrocedió. Sí, Dílner había caído en la locura y quería llevárselo a él también.

Prala se acercó al fuego. Permaneció de pie, los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo, y en los ojos una expresión indefinible. «¡Locura!», pensó Juanes y se dejó vencer por el miedo. Estaban contagiados; no debía quedarse ni un instante más allí. Hizo un movimiento para huir, algo se le enroscó en las piernas, trepó por su cuerpo y quiso entrar en su cabeza. Se resistió gritando dolorosamente.

—Nadie te hace daño —dijo Prala, y pensó: «Es el caos, así es el caos.»

Dílner dijo algo.

—¿Qué? —gritó Juanes.

—Escucha lo que debo decirte —comenzó Dílner.

—¿Quién habla?

—Soy yo —dijo Dílner—; ¿me escuchas?

—¿Pero quién habla?

—Soy yo, Juanes, yo —gritó Dílner.

Juanes dio un paso atrás. Trató de sugestionarlos y desaparecer, pero la niebla de su frente rodó sobre ellos sin ningún efecto.

—Es inútil —dijo Prala.

—¡Huiré! —rugió Juanes.

La voz de Prala se le antojó a Juanes fría y cruel.

—No hay escapatoria, Juanes. Escucha lo que quiere decirte Dílner. ¡Por favor, Juanes, escucha al menos!

Juanes no podía moverse; estaba atrapado por una maraña de pesadillas, y de dentro del caos de su mente sintió que nacía la angustia.

—Precisamente —comentó Dílner—; hay que destruir el caos. El caos es la angustia.

A los ojos de Juanes llegó el paisaje del desierto con las bóvedas y los hombres, y había allí un campo despejado donde no llegaba la niebla ni llegaba el viento, un campo en espiral cuyo centro era una pequeña vorágine de chispas. Juanes observó fascinado la vorágine. Ahora Juanes venía desde lo alto, y abajo las flores parecían diminutas y frágiles, y los hombres que se movían junto a ellas miraban hacia arriba y aumentaban de tamaño, pues Juanes caía sobre ellos velozmente.

—Ahí comienza el orden —dijo Prala con euforia, una euforia que a Juanes le pareció demente y maligna.

Juanes corría; se veía corriendo entre los quebradizos tallos de las plantas fósiles del valle. Oía aquel sonido como de mucha gente buscando desesperadamente en la arena o golpeándose o llorando juntos. La imagen de su cuerpo lanzada hacia adelante con la frente encendida alumbraba en la negrura, danzaba ante sus ojos. Extendió los brazos como tratando de ampararse a sí mismo; dolido, compadeció de sí mismo, llorando por él; pero era inútil, completamente inútil. Los hombres estaban ahí, detrás de él, junto a él, quizá ya dentro de él.

—¿Qué quieren de mí? —suplicó Juanes.

—Nos necesitan —susurró Dílner como para no asustarlo.

—Sí —dijo Prala.

Pero Juanes los vio delante de él, las manos derramando aquella niebla, los labios endurecidos y los ojos... ¡Los ojos! Juanes se sintió quemado. El viento se alzó y arrastró polvo y gritos y un ruido como de muchos hombres buscando desesperadamente en la arena, o golpeándose unos a otros o llorando juntos. Los hombres buscando hombres, los hombres necesitados de hombres... Las bóvedas, las órdenes, «**el laberinto**, ¡el caos!»

—Una finalidad —dijo dulcemente Prala dentro del cerebro de Juanes, y Juanes se desplomó, se convirtió en cenizas y huyó con el viento. Pero no había adonde ir, bien lo sabía él.

III

Jarve

Dílnér buscó a su hermano; el valle había terminado, él y Prala regresaban al desierto, junto a los hombres de los proyectos. Abrió sus ondas y lo alcanzó en el tope de una montaña, entre tupida vegetación.

Jarve, su hermano, lo esperó tranquilamente: sabía que Dílnér un día vendría a buscarlo, y eso solamente podía tomarse como una buena señal. Las cosas comenzaban a marchar. Algo divertido asomó a los ojos de Jarve. Estaba de pie, las manos grandes y heridas, llenas de ampollas, descansando en sus caderas; el pelo revuelto sobre la frente. Dílnér no pudo alcanzar su mente; o tal vez lo que vio allá dentro le resultó incomprendible.

Ahora Jarve, apartando unos tallos, lo miraba y sonreía. Ese rostro era un poco brutal, pero también era como el rostro de un niño, lleno de sueños amables y grandiosos.

Jarve dijo:

—¿Me buscabas, Dílnér?

—Más bien, te encuentro —sonrió Dílnér.

Hubo un silencio mientras los hermanos se reconocían. Luego Jarve miró a lo alto. Entre las ramas de los vegetales el sol chispeaba alegremente. Por un instante, Dílnér espió la mente de su hermano; qué extraña era aquella mente, qué atormentada y a la vez qué apacible. Estaba tan llena de complejidades que Dílnér no podía moverse de ninguna manera allí; no entendía ni los pensamientos ni los anhelos. Todo estaba mezclado,

entrelazado... «El caos», pensó Dílner. Pero tampoco aquello era el caos. ¿Qué había, pues, en la mente de su hermano?

—¿Vuelves al desierto? —le preguntó Jarve.

—Sí —dijo Dílner—; Prala y yo regresamos.

—¿Nadie más?

—Diez o doce hombres más.

—¿Y Juanes? —preguntó Jarve con una rara sonrisa.

Dílner abrió los ojos.

—No, Juanes no... No por el momento. ¿Cómo sabes de Juanes?

Jarve evadió la pregunta. Dijo:

—Supongo que estás convencido de lo que haces.

—Creo en Cadars.

—Quieres decir que crees en lo que Cadars representa.

—No sé; **creo en Cadars**. O mejor dicho, en los hombres de los proyectos. Ya sabes que Cadars...

—Bien —dijo Jarve—, entonces nos despedimos.

Hizo un movimiento para retirarse. Dílner tocó su mente y vio los recuerdos que venían hacia Jarve: dormían juntos, las manos entrelazadas; había una gran estrella en el cielo, y él, Dílner, se volvía hacia su hermano y le mostraba la estrella; Jarve trataba de atraparla con una mano, y los dos reían. En realidad, él y Jarve habían estado siempre muy juntos, allá en el desierto... Dílner sonrió recordando al pequeño Jarve. Jarve había sido siempre distinto a los demás. Había hecho siempre cosas muy raras, y las seguía haciendo. Jarve se paraba y miraba el paisaje; estaba así mucho tiempo, reflexionando, y luego quería transformarlo todo. No podía ver un montón de piedras sin detenerse a observarlas, para, finalmente, cambiarlas de posición. Después lo miraba, preguntándole si no le gustaban más así como él las había dispuesto.

Dílner miró su rostro y sonrió.

Jarve se volvió y le preguntó:

—¿Quieres algo de mí, Dílner?

—Pensaba —dijo Dílner— que a lo mejor...

—¿Que a lo mejor qué?

—Que a lo mejor querías irte con nosotros. Nos necesitan.

—¿Quiénes nos necesitan?
Dílner se asombró.
—Tú lo sabes mejor que yo, Jarve. El caos...
—El caos... —repitió Jarve con una mirada remota.
Dílner miró hacia el desierto.
—Algo bueno ha comenzado —dijo—. No sé exactamente qué es, Jarve, pero hay una idea... El orden... ¡Ya te he dicho, creo en Cadars!
—Cadars —repitió Jarve—; me gusta ese hombre.
Dílner se volvió hacia él.
—Entonces, ¿querrás venir con nosotros?
Jarve se acercó a su hermano. Lo miró un rato.
—¿Sabes por qué me gusta ese hombre? Me gusta, Dílner, porque siempre ha hecho lo mismo que yo.
Dílner se sintió desconcertado.
—¿Lo mismo que tú...? Pero tú siempre has estado solo, y Cadars agrupa a los hombres para...
Jarve casi gritó.
—Soy incapaz de agrupar hombres; en cambio...
—Agrupas piedras —lo interrumpió Dílner.
Jarve se volvió para retirarse. Nada extraordinario notó Dílner en su rostro.
—¿A dónde vas, Jarve?
—Voy a trabajar con Cadars.
—¡Pero Cadars está allá!
—Y yo estoy aquí.
Dílner se sintió desalentado.
—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo, Jarve? Ya no eres un niño...
Jarve habló sin mirarlo:
—Te dolerá saberlo, pero eso es lo que nunca podré dejar de ser.
De pronto Dílner estaba caminando a su lado.
—Jarve, Jarve...
—Te oigo, Dílner.
—¿Qué has hecho en la montaña?

Jarve se detuvo un instante; hizo un gesto amplio con el brazo.

—Ya no hay montaña, Dílner. Hay otra cosa.

—Me imaginaba.

Se detuvo junto a su hermano.

—Jarve.

—Sí, Dílner, te oigo.

—Jarve, Cadars **necesita hombres como tú.**

—Para transformarlos, para agruparlos aquí y allá de acuerdo con sus planes.

Dílner resopló.

—Si lo dices de esa manera...

Jarve sonrió.

—Es la única manera de decirlo. Y está muy bien, Dílner, el caos podría destruirnos; siempre lo supe... ¿O qué crees que ha estado haciendo?

Dílner resopló otra vez.

—Cada vez te entiendo menos.

Jarve se sentó sobre una piedra. Tenía la frente completamente cerrada. Dílner pensó que no quería confiarle sus secretos.

—Te equivocas —dijo Jarve, y le abrió su mente—. ¿Entiendes algo de lo que ves ahí?

Dílner miró un rato. Apartó la vista.

—Es algo semejante al caos, Jarve. Pero...

Jarve lo interrumpió.

—Ésa es la cuestión, Dílner. Escucha, Cadars pensará igual; él tampoco entenderá muy bien. Para él esto será también el caos, una forma del caos. Pero sé que debo conservar esto; lo necesitarán otros hombres. Trabajo para Cadars aunque él no lo sepa. El orden, Dílner, no es como ustedes se lo imaginan; nada es tan simple. ¿Sabes una cosa?, yo también necesito hombres como Cadars.

Dílner observó el rostro de su hermano con perplejidad, luego con angustia y finalmente con recelo. Jarve sonrió tristemente.

—No nos veremos más, Dílner. Estoy aquí y bajaré cuando lo crea conveniente; es decir, si antes no me obligan...

—Jarve.

—No, eso también lo acepto. Es consecuente. Si quieres te muestro mi montaña.

No había montaña. Dílner jadeó, nunca había visto ni sentido nada semejante. En el mundo de Jarve no existían puntos de referencia; era un mundo completamente distinto al mundo natural... «Es una ciudad», pensaba Dílner. Pero no era eso; lo sabía; no era tampoco una ilusión. La mente de Jarve se movía tranquilamente en aquel mundo en constante transformación. Dílner quería ahora una explicación, casi la exigía. Jarve dijo que una explicación no bastaba; además, no estaba muy seguro de poder ofrecer una explicación. «¡Es absurdo!», decía Dílner, soltando el poco aire que le quedaba en los pulmones. Jarve tuvo que sacarlo de allí.

—Escucha, Dílner, ¿de dónde hemos venido? ¿Entiendes la pregunta?

Dílner cerró los ojos.

—¿Cuál es la relación?

—Contesta mi pregunta.

—Somos los descendientes de aquella raza que colonizó nuestro planeta... Aquella raza...

—Sí —dijo Jarve—; ¿y cómo esos hombres llegaron hasta aquí?

Dílner miró a su hermano. Por un momento pensó que había enloquecido. Siguió mirando sus ojos.

—No sé —dijo.

—Vinieron de **otro mundo**, Dílner.

—Debe ser como tú dices. Existe esa creencia.

—¿Creencia dices, Dílner?

Dílner se sintió irritado; después de todo, ¿qué estaba haciendo allí con Jarve y su **montaña**?

—¿Qué quieres decirme, Jarve?

—Estoy cansado —dijo Jarve de pronto; sin embargo, continuó hablando—: Tú no entiendes lo que se propone Cadars; no tienes la menor idea acerca de lo que «el viaje» significa. No sabes siquiera...

Dílner lo interrumpió:

—Me voy, Jarve.

—¿Te vas?

—Sí. He perdido mucho tiempo.

—Has perdido mucho tiempo.

—¿Por qué repites lo que digo?

Hubo un largo silencio. Los dos se estaban mirando. Dílner pensó: «Siempre hemos estado juntos, Jarve. El valle nos separó, nos separó el caos. ¡El caos, Jarve!»

—Sí —dijo Jarve siguiendo sus pensamientos—, siempre hemos estado juntos... Siempre, cuando éramos niños, cuando **tú eras niño**, Dílner...

Dílner deseaba irse, se sentía incómodo; pero algo lo retenía. Insistió:

—¿Para qué sirve esto, Jarve?

Jarve se cruzó de brazos.

—Sirve —dijo pausadamente— para «el viaje». Sin esto no hay «viaje», aunque con esto solamente tampoco lo habría. Sépalo Cadars o no, sin esto los hombres no llegarán a ninguna parte. Y si llegan sin esto, no valdría la pena que hubiesen llegado. Es todo lo que puedo decirte. Ojalá volvamos a vernos, Dílner.

Dílner sintió que el suelo se movía. Vio a Jarve cambiando las cosas, hiriendo la materia, alterándola. ¿A dónde podía conducir aquello? Jarve había enloquecido. Le dolió creerlo; le dolió mucho, pero nada podía hacer. Lo recordó de niño, de pie ante un montón de piedras diciendo: «Yo puedo disponerlas mejor que la naturaleza; ya lo verás, Dílner.»

Quinta parte

LOS HOMBRES DE LOS PROYECTOS

I Dilnes

1

Subté

(**Rumor** Subté podía ahora moverse espontáneamente. Los delicados mecanismos de su voluntad habían estado como dormidos durante todo ese tiempo. Se miró las manos y las hizo girar suavemente; luego, con un movimiento brusco, se libró de la arena y la hojarasca que lo cubrían. Rodó rápidamente hacia la derecha y bajó al desierto, escuchando atentamente el ruido de sus ruedas entre las piedras. Sus metales siempre bruñidos relucían al sol de la mañana. Hizo sonar varias veces su péndulo y se quedó quieto, mirando el paisaje. El planeta, en la mente intemporal de Subté, estaba vacío de vida; una costra pegajosa cubría el desierto y el cielo tenía una rara coloración verde. Rumor estaba solo en aquel planeta desde hacía milenios. Los vínculos que lo unían a sus creadores se habían roto mucho tiempo atrás. Pero Subté seguía siendo Subté. Nur B se adelantó, caminó despacio hacia él y escuchó divertido el extraño ruido del robot, y lo llamó Rumor. Subté no temía al arma que relampagueaba en las manos de aquel extraño, entre otras cosas porque sus medios de percepción no anunciaban peligro. Pero desde aquel instante, la oculta voluntad del robot, aquella voluntad que lo hacía transgredir los propios designios humanos, había quedado paralizada. La nave que había traído a aquellos hombres desde remotos espacios se deshizo

en innumerables piezas, y la paloma lanzada por Nur B voló por primera vez en el cielo de Ámbar.)

Dilnes, después de infinitas tentativas, apresó a Subté y lo retuvo ansiosamente a su lado. ¡Lo había logrado! Luego lo arrastró, mirándolo siempre, dudoso de que Subté estuviese realmente allí o que sus miembros permanecieran firmes y sólidos; estaba venciendo también el extraño desasosiego que le producía su proximidad, la dureza de sus metales y la fijeza de sus ojos; estaba venciendo, además, el miedo a ser arrastrado por algo que tal vez no fuese malo ni bueno, sino solamente no humano. Se sentía inquieto con su hallazgo. «¿Qué haré ahora con él?», pensaba, creyendo que Subté podría transformar el estado de las cosas de algún modo que él todavía no había logrado aclararse. Tal vez no hubiera un solo Subté, sino muchos. Pero se cansó de buscar. No había ningún otro Subté. Dilnes, con Rumor de la mano, miraba las bóvedas ilusorias y se mortificaba la mente: «Si algo pudiera transformar todo esto...»

Dilnes despreciaba las bóvedas, la humillante calma de aquella espera, la disciplina impuesta por alguien, por aquel Cadars, y seguida, mantenida por otros seres alucinados... «¡Los hombres de los proyectos!» Y sin embargo, Dilnes sentía que aquellos hombres no podían ser malos. Pero, ¿cómo podían ser buenos si seguían a Cadars? Decididamente, algo no andaba bien en el mundo. Dilnes asomó la cabeza entre las rocas y Carce lo miró largamente con indiferencia; entonces Dilnes, de pronto, mostró a Subté como para asustar a Carce; pero Carce estaba más allá de todo susto, imposible de inquietar, muerto, vacío, seco, más seco que las arenas y más inhumano que ellas.

—Ah —dijo Carce—, es **Rumor** Subté.

Maldita sea, ¿cómo no se había acordado que Carce lo sabía todo? Se sintió tonto e infantil, y eso lo irritó contra Carce. Sí, Carce sabía todo; tal vez sabía cómo y cuándo llegaría el término de los términos, el final de Cadars, su «viaje» y todo lo demás. Tal vez sabía más, incluso, que los hombres de los proyectos.

—Explícame, Carce, ¿qué es la **montaña**? ¿La has visto...?

Pero Carce no hablaba, no le gustaba hablar, no quería, no le interesaba o no podía hacerlo porque estaba prohibido. Alguien se lo había prohibido, Cadars, Jarve o acaso él mismo.

—¿Qué es «el viaje», Carce? ¿Es bueno, a dónde nos llevará...? ¿Por qué tiene que haber «viaje»?

Carce miraba nada más, y al final Dilnes terminaba por creer que nunca le había preguntado nada, que solamente lo había pensado y posiblemente ni siquiera eso. Dilnes miró los ojos de Subté y por un instante se imaginó que Subté miraba a Carce de una manera muy divertida, como si estuviese pensando: «¿Quién es este hombre tan tonto?» Dilnes no soltaba el brazo de Rumor; lo miraba con la seguridad de que en algún momento se quedaría con el brazo en la mano y el resto desaparecería, y luego el brazo se convertiría en niebla y Carce y los demás se burlarían de él.

—Carce... —señaló Dilnes—, ¡Carce! ¿Qué ves allí?

Hubo un silencio. Carce no parecía mirar hacia ninguna parte. «No hablará nunca», pensó Dilnes.

—Lo sabes, Dilnes; la ciudad —respondió Carce sin mover los labios, no con desgano, sino como si hubiese dentro de él otra persona hablando y él no tuviese nada que ver con eso ni le importara absolutamente nada; tampoco parecía que le gustara estar en ese estado ni en ningún otro. Era totalmente impenetrable, odiosamente impenetrable.

—Pues yo no la veo —dijo Dilnes con los dientes tan apretados que crujían—; o mejor dicho, veo cualquier otra cosa menos la ciudad. De manera que si ustedes se empeñan en que **eso** sea una ciudad...

Carce lo interrumpió:

—Como símbolo, es perfectamente una ciudad.

Dilnes lo miró con temor. Trató de hostigarlo; gritó:

—¡La ciudad es una ilusión!

—Así es —dijo Carce.

Dilnes siguió mirándolo; el rostro de Carce no era real, parecía como hecho de niebla, de humo o de nada. Por encima del hombro de Carce vio que se acercaba el viejo Javil, el último de los hijos de Cadars. Dilnes resopló; ¿cuántos años tendría ese Javil? ¿Qué esperaba Javil para morir? Los hombres tenían que morir alguna vez; ¿o era que Javil no se acordaba de

eso? Todo aquello de las ciudades ilusorias como una disciplina había salido de la mente malvada de Cadars, y su hijo, que también había salido de él, debía ser igualmente malvado.

Subté se soltó de las manos de Dilnes y corrió hacia las flores sonando de tal manera su péndulo que al pasar cerca de Javil, Javil dio un grito y desapareció. Luego Dilnes tuvo a Javil nuevamente a su lado gritándole desesperadamente:

—¡Destruyelo, Dilnes, destrúyelo!

Dilnes pensó con placer: «Teme a Subté, y Subté...» No terminó de pensar, le dijo inmediatamente, gozando el temor de Javil:

—Es **indestructible**, Javil. Nada, nadie puede destruirlo. Inútil intentarlo.

Javil temblaba; en un momento parecía estar allí y en otro momento daba la impresión de que se encontraba muy lejos. Carce estaba a su lado, tan increíblemente inmóvil y ausente que Javil no descubrió su presencia hasta que Carce habló y dijo:

—Es **Rumor** Subté, Javil. Deberías saberlo. Dilnes lo descubrió. Dilnes está ahora pensando muchas cosas. Cosas que no debería pensar. Subté es solamente una máquina. Es inofensivo, completamente. Deberías saberlo.

Carce había hablado demasiado, como jamás lo había hecho. Pero tal vez no era Carce el que hablaba, sino algún otro. Después de todo, nadie le había visto mover los labios. ¿Por qué decía Carce que él había pensado cosas que no debía pensar?

—¿He pensado algo? —pregunto Dilnes sin dirigirse a ninguno de los dos.

—Sí —dijo Carce.

—¿Qué he pensado?

Carce no habló. Dilnes esperó hasta cansarse. Javil no dejaba de observar a Subté, su rostro estaba todo contraído, no había escuchado a Carce ni a Dilnes, sólo prestaba atención al ruido que producía Subte, y su cuerpo se desvanecía en partes. Dilnes, para seguir el juego, dejó en el aire uno de sus ojos y desapareció el resto de su cuerpo, pero no le gustó verse así y se restituyó a su forma normal.

—Es un monstruo —decía Javil mirando a Subté que se movía a lo lejos en la ciudad ilusoria, cerca de las bóvedas también ilusorias.

«¿Un monstruo?», pensó Dilnes. Se volvió molesto hacia Javil y le preguntó:

—Dime, Javil, ¿qué piensas de ti mismo?

—¡Destruyelo, Dilnes!

Dilnes tocó a Carce y se maravilló de que estuviese allí.

—Carce, ¿qué he pensado? Dices que he estado pensando cosas que no debería pensar; ¿qué cosas? Tú sabes, Carce; dímelo. ¿A dónde conduce todo esto? ¿Qué pasaría si no hubiera ciudades?

Carce hizo un movimiento con la cabeza, algo extraordinario, pero no habló.

—¡Habla! —gritó Dilnes.

—Estoy hablando —dijo Javil—. Te pido que lo destruyas. Es necesario destruirlo; ¿no comprendes?

—No comprendo —dijo Dilnes.

—Lo sé —dijo Carce.

—No hablaba contigo —dijo Dilnes.

—Lo sé —dijo Carce.

De pronto Dilnes sintió deseos de golpear a Carce, de golpear a Javil, de golpearse a sí mismo. Sacudió a Javil por un brazo.

—Escúchame, Javil. No me gusta tu ciudad. ¿Qué hay de bueno en esto? Antes no había ciudades, y los hombres estaban tranquilos, vivían a su manera, vivían y morían... Y ahora... No quiero esto, Javil, aquí nada es real. Quiero ver las cosas como son realmente; quiero ver las estrellas y el sol; quiero mojarme cuando llueve; quiero sentir el viento...

Javil se endureció. Dijo:

—Volverías al caos.

Dilnes miró alrededor. Miró a Carce que seguía allí, ausente e impenetrable. Miro las bóvedas ilusorias que cubrían el cielo. Miró a Javil, cambiante y tembloroso; y luego miró a Subté, y le pareció que Subté era lo único real a su alrededor.

«Volver al caos», pensaba Dilnes con una rara mezcla de sentimientos. Javil miró dentro de su propia frente, buscando recuerdos, y recordó a su padre, y Dilnes vio en su frente a Cadars. Desde la frente de Javil, Cadars miró a Dilnes con mirada escrutadora. Dilnes se sintió acobardado con esa mirada. Temió que Cadars saliera de la frente de Javil y viniera a él a exigirle algo. Nunca había visto unos ojos de mirada semejante. Junto a Cadars había otros hombres, reunidos alrededor de unas fogatas. Parecían hombres muy distintos a ellos, pensó Dilnes, y tal vez lo habían sido.

—Eran distintos —acentuó Javil con desdén.

Subté rodó hacia Dilnes y se detuvo a su lado. Dilnes se sintió halagado. Dijo entonces:

—Bien, Javil, esos hombres, entre ellos tu padre, eran distintos, y nosotros, por lo tanto, somos diferentes. ¿Para qué seguirlos? Hagamos las cosas a nuestra manera... Escucha, Javil, a lo mejor ellos estaban equivocados, es posible que estuviesen equivocados. Es posible que no lleguemos a ninguna parte. Y además, ¿por qué hay que llegar siempre a alguna parte?

Javil lo miró fijamente. Después, alternativamente, miró a Subté y a Dilnes, y pareció que algo se aclaraba en su cabeza.

—Comprendo —dijo Javil.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Es él —dijo Javil señalando a Subté con un dedo que flotó separadamente de su cuerpo—; debes destruirlo rápidamente; te ha contaminado.

Dilnes acarició con placer los metales bruñidos de Subté; era agradable acariciar aquellas formas. Dijo:

—Sabes que es indestructible; te lo he dicho. ¿Por qué te empeñas en eso?

—¡Ocúltalo entonces! —gritó Javil—. Estuvo oculto; alguien lo ocultó; alguien que seguramente sabía más que nosotros. ¡Es un peligro!

Subté volvió la cabeza hacia él. Javil tuvo miedo, mucho miedo. Desapareció. Dilnes lo buscó con la mirada y lo descubrió en lo alto de las flores.

—¿Por qué no tratas de ocultarlo tú mismo? Yo no me opongo, Javil. Baja y ocúltalo.

En la frente de Javil comenzó a crearse una pequeña niebla que se desvaneció al instante, y Dilnes no supo si aquella niebla había sido de cólera, de miedo o de asombro.

¿De qué manera Subté podía ser peligroso? Sí, venía del pasado. Pero tampoco era como había dicho Carce; no era solamente una máquina; era algo más...

—Sí —decía Javil—, es una máquina extraña y dañina. ¡No sabes cuánto!

—No seas estúpido, Javil. Si los hombres hicieron a Subté, ¿cómo puede ser extraño?

Javil descendió despacio, flotando como una hoja seca.

—Lo hicieron otros hombres, Dilnes, eso querrás decir. El camino de ellos no es el nuestro; el nuestro es distinto, y ya está determinado.

¿Determinado? Dilnes soltó una carcajada que terminó como en un grito.

—¿Quién lo determinó, Javil? Sí, supongo que lo determinó Cadars, tu padre; él lo determinó, él y otros hombres como él. ¿Y cuál es ese camino? ¿Existe ese camino? ¿No sería tan ilusorio como las ciudades? Y si existe, ¿es acaso **nuestro** camino? Después de todo, tú mismo has dicho que ellos eran **distintos**. Si Cadars...

No terminó de hablar, sintió algo extraño, como si estuviese hablando cosas con las cuales él no estuviese de acuerdo. Pero sí, ¡él estaba de acuerdo con lo que decía! No había caminos ni los habría nunca. Sólo caprichos de Cadars... Javil tenía los ojos fijos en él, y en la profundidad de sus pupilas Dilnes creyó ver un asomo de duda. Pensó: «Si insistentemente, todos los días, con gran tenacidad, alguien hubiera contradicho a Cadars, Cadars tal vez hubiese dejado de creer en sus propias ideas o las hubiese transformado, y ahora todo sería distinto...»

Javil dijo:

—Pienses lo que pienses, no volveremos a las máquinas.

Dilnes se rió.

—Basta, Javil. Hablamos por hablar. Por eso creo que Carce no habla, por eso Carce es Carce. Nosotros no vamos a determinar nada, **nadie** puede determinar nada...

La cabeza de Dilnes se calentó. ¿Por qué decía esas cosas si no estaba de acuerdo con ellas? ¿Qué le estaba pasando? Gritó:

—Nadie, ¡nadie! No sucederá nada; seguiremos así, esperando, ciegos, locos...

Jadeó un poco. Maldita sea; era él mismo el que hablaba, ¿cómo él mismo no iba a estar de acuerdo consigo mismo? Ah, seguramente era ese Javil que estaba allí dañándole la mente con las cosas estúpidas de su cabeza. Sí, Javil, hijo de aquel Cadars... Cadars... ¿Cadars no quería decir **lo que viene con dolor?**

La niebla apareció otra vez en la frente de Javil y bajó a sus manos. Dilnes observó atentamente el movimiento de la niebla; una niebla de cólera, supo esta vez.

3

Dilnes comenzó a pensar rápidamente, a formarse una idea respecto a lo que «el viaje» significaba; pero la idea escapaba; no había manera de aislarla y asirla, de decir: ¡es esto! Tal vez necesitara tiempo, soledad y concentración; tal vez... ¡Qué desgracia! ¿Por qué él tenía que pensar en esas cosas? ¿Qué le importaba a él ese absurdo viaje? Sí, se había enfermado, y ahora no podía dejar de pensar en todo aquello que, precisamente, más detestaba. Presintió que se acercaban unos hombres y se sobresaltó. ¿Quiénes? ¿A qué vendrían? Tomó a Subté fuertemente por un brazo y gritó:

—¡Nadie le hará daño!

Alguien habló suavemente en su oído:

—¿Quién pretende tal cosa, Dilnes?

Era la voz de Tulque. Pensó un momento en Tulque. Se volvió. Junto a Tulque estaban Gesno y Obnar. Dilnes cruzó su mirada con la de Tulque; vio unos ojos tranquilos y amables, y dentro de aquellos ojos había algo inquietante, indefinible... «Tristeza», pensó. «No», se dijo a sí mismo.

—¿Quién habló? ¿Fue Tulque?

—Sí —dijo Gesno; y en sus ojos Dilnes advirtió también aquella cosa inquietante, imposible de definir. La cabeza de Javil vino volando velozmente. Descendió gritando, y debajo de la cabeza apareció su cuerpo convulso, sudado.

—¡Que lo destruya! —gritó, señalando a Subté, amparándose detrás de Obnar—. ¡Ordénenselo ustedes!

Tulque observó a Subté con curiosidad. Luego tocó a Subté con una especie de luz o de calor que salió de su frente. Subté dobló el cuerpo y su péndulo sonó. Dilnes sintió que aquella luz lo tocaba a él también, y experimentó la rara sensación de estar como fuera de sí mismo, mirando por dentro a ese otro Dilnes que él era. La idea que había estado tratando de concretar apareció claramente en la conciencia del otro Dilnes que estaba fuera de él. Luego comenzó a relacionar ciertas cosas. Los recién llegados no pasaron por alto ese detalle. Finalmente, Tulque dijo:

—Hay cosas que nosotros **todavía** no entendemos; cosas que quizá no entendamos nunca —sonrió—. En definitiva, no tenemos por qué saberlo todo.

Miró a los otros. Dilnes se sintió nuevamente Dilnes y comprendió que Tulque se refería a ciertos misterios que rodeaban sus proyectos, aunque no eran exactamente **sus** proyectos.

—Quería... —comenzó a decir Javil—, quería... No sé; pero no volveremos a las máquinas. Ese monstruo...

—Es Rumor —dijo Obnar—. Estaba en este planeta antes de la llegada de nuestros antepasados, y aquí seguirá. Lo que Subté significa no es asunto que por ahora deba ocupar nuestro entendimiento. Si el propio Nur B se desentendió de él, ¿por qué nosotros habríamos de hacer lo contrario? ¿Está claro, Javil?

—Pero Cadars... —insistió Javil.

—Precisamente, Javil. Cadars tampoco se ocupó de él, y en estas cosas supongo que él sabía más que nosotros.

—Pero Dilnes entonces...

—Javil —dijo calmadamente Tulque— creo que Dilnes **ahora** sabe muy bien lo que hace. Lo demás, es asunto nuestro.

Dilnes se volvió hacia ellos y pensó: «Son hermosos.» Sí, hermosos porque algo había en ellos que, de acuerdo con lo que había oído decir Dilnes, se parecía mucho a la idea que él había hecho del orden. Así era el orden, se decía Dilnes, y se sentía sucio y revuelto por dentro.

Todo el tiempo, Obnar había estado estudiando a Dilnes. Gesno le dijo algo a Tulque; Tulque miró a Dilnes y suspiró.

—Falta mucho todavía —oyó Dilnes que había dicho uno de los hombres, pero no supo cuál porque ya habían desaparecido.

Frente a él estaba el sucio Javil y en sus ojos Dilnes vio crecer la niebla y descender a sus manos. Se irguió; sintió que algo lo separaba irremediamente de Javil, como si su cólera, sus razonamientos, su miedo y sus anhelos fuesen cosas que hubieran perdido de pronto toda importancia.

II La montaña

1

Dilnes

Jarve confió en los hombres, en Cadars sobre todo. Su **montaña** no sería olvidada. Dilnes se sentó a mirarla. Obnar había regresado del desierto y Dilnes no comprendía por qué ese hombre tan sabio se ocupaba de un hombre tan estúpido como él. Mientras él contemplaba la obra de Jarve, Obnar permanecía humildemente a su lado, guardando el más absoluto silencio.

Cierta vez, Obnar le preguntó:

—¿Entiendes, Dilnes?

—¿Qué?

—Me refiero a **la montaña**.

Dilnes se sintió desconcertado. Sí, entendía **la montaña**, o más exactamente, la sentía. En realidad, **la montaña** siempre había sido para él algo absurdo e incomprensible; ni siquiera se la había podido imaginar a través de las descripciones de Obnar; hasta que Obnar lo trajo y se la mostró. Desde ese momento, Dilnes amó **la montaña**. El mundo de Jarve no era el mundo de Cadars, o tal vez el mundo de Cadars no era más que un medio para alcanzar **la montaña**. Sin embargo, él había llegado a **la montaña** sin necesidad de comprender el mundo de Cadars. Cadars había entendido que **la montaña** era importante; pero la había apartado de sus proyectos; no porque la rechazara, sino por los hombres mismos y, quizá, por el propio Jarve; de

alguna manera cuidaba la obra de Jarve, la protegía; esperaba el momento oportuno. Pero ese momento él nunca llegó a conocerlo. Cadars y Jarve confiaban en los hombres; y allí está ahora Obnar frente a **la montaña**; y allí estaba Dilnes, como un nexo entre el mundo anterior al orden y el nuevo orden.

Observando a Subté moverse en **la montaña** Dilnes se sentía extraviado, podía seguirlo hasta un punto, pero más allá era imposible, aunque paulatinamente ganaba terreno. Necesitaba grandes períodos de descanso, pues se fatigaba mucho. Allí, en **la montaña**, Subté se movía con tanta familiaridad como si aquel mundo hubiera sido creado para él. «Extraño, ¡muy extraño!», pensaba Dilnes. En rigor, Subté, el concepto por el cual esa máquina existía, era la negación del mundo de Jarve. La montaña partía desde regiones situadas mucho más allá de los proyectos, y los proyectos a su vez partían desde un punto situado más allá del concepto de las máquinas. Dilnes pensaba rápidamente, fatigadamente.

—Escucha, Dilnes —le había dicho Tulque a propósito de sus preocupaciones—, nuestros antepasados quedaron limitados en relación con la materia por su dependencia a las máquinas. Nosotros no partimos desde ese punto de su **limitación**, entre otras cosas porque ya no podemos. **Tenemos** que partir desde los orígenes **nuestros**, de acuerdo con la línea de Cadars. Lo que en un tiempo se creyó nuestra mayor desgracia es en realidad nuestra mayor fortuna. ¿Te preguntarás por qué nos interesamos tanto en ti?

Sí, por qué se interesaban. Por qué le hablaban de cosas tan incomprensibles... ¿Qué entendía él de «limitaciones en relación con la materia»? ¿Qué entendía de máquinas ni de orígenes? ¿Qué era para él, «el viaje»? ¿Qué eran los proyectos? Oscuridades, nada más. Y en cuanto a **la montaña**, sus experiencias no eran transmisibles.

—No es tiempo todavía —dijo Obnar—, pero estaremos atentos al curso de tus pensamientos.

¡Pensar!, ya no podía pensar más, se estaba consumiendo. «No puedo», se decía, pero dentro de él una urgencia tremenda lo movía a pensar, como si estuviese cayendo en un vacío y no quisiese caer pero ya no hubiese remedio, ningún punto de apoyo donde asirse y detener la caída. Pensar, pensar... Siempre había despreciado las bóvedas y todas aquellas tonterías, siempre

había sentido aversión hacia Cadars y sus disciplinas. Había sufrido, se sentía víctima de él y sus seguidores. Y ahora, los propios hombres de los proyectos estaban con él, intercambiaban ideas y le hablaban como si él fuese también uno de ellos, uno de los seguidores de Cadars. «Extraño», pensaba Dilnes, descubriendo asombrado, a través del curso de los días, las lentas pero increíbles transformaciones de su conciencia.

En un momento determinado, Dilnes comprendió que ya él no estaba contemplando pasivamente la obra de Jarve, ahora él era parte activa de ella. Sintió una especie de vértigo, un ahogo, una ansiedad.

—Lo que he podido entender de esto —había dicho Obnar con cierta amargura refiriéndose a **la montaña**— es demasiado superficial. Ahora estás tú y quizá sepamos algo más.

Dilnes miraba con perplejidad. Esos hombres lejanos y hermosos venían a él y esperaban cosas de él. **La montaña**... ¿Qué ves, Dilnes; exactamente qué ves?

Subté se movió y Dilnes lo vio pasar a través del rayo de luz de su mente, y el cuerpo de Subté se tornó transparente. «Rumor, vacuidad...» No, vacuidad no; era como si por dentro Subté fuese una repetición infinita de sí mismo. ¿Qué estás pensando, Dilnes? Una repetición... ¿Por qué existía esa relación entre **la montaña** y esa máquina desconocida? ¿No era **la montaña** la negación de lo que es y vuelve a ser eternamente? ¿O no? ¿No había existido y existiría siempre Subté? Entonces, ¡entonces!, ¿qué?

—¿Entiendes, Dilnes? —preguntó Obnar.

Dilnes se volvió y se quedó mirándolo. Lo miró de una manera tal que Obnar comprendió inmediatamente que no lo estaba mirando, que no lo había oído, que desde ese momento en adelante, sólo se oiría a sí mismo. Tal vez más tarde Dilnes volvería a ellos. Tal vez entonces supieran algo. Tal vez supieran, al menos, lo que habría que hacer.

—Te esperaremos —dijo Obnar alejándose.

Dilnes no notó su ausencia, comenzaba a moverse. Subté no pudo ser retenido por más tiempo, y de cierta manera Dilnes se alegró. Estaba ahora solo frente a **la montaña**, frente a sí mismo. Rumor estaba fuera de su campo de entendimiento, y lo estaba sencillamente porque sus creadores no eran humanos. Sabía que cuando todo hubiese concluido, Subté estaría allí, y si

algún día se originaba alguna otra forma de vida en aquel planeta, Subté seguiría allí, inmutable, con su péndulo y sus ruedas, como un reto a la inteligencia humana. Dilnes notó que estaba cubierto de sudor, que desfallecía. Se levantó trabajosamente y se encaminó hacia las aguas del arroyo. En la orilla se detuvo un instante observando el correr de las aguas, y pensó en Subté. Después sumergió el cuerpo en las frescas aguas. Sí, Subté era el fenómeno único, la excepción única.

Dilnes supo que «el viaje» estaba próximo, no como lo imaginara Cadars exactamente, pero estaba próximo. Tal vez él no llegaría a verlo; ni él ni los hombres de los proyectos, ni nadie conocido... Desde ese momento en adelante el tiempo significaría muy poco o nada; las cosas podrían desarrollarse de una manera inesperada. Incluso la misma idea que él tenía ahora del «viaje» podría variar, y de esta manera acelerarse el cambio. Porque era un cambio, un cambio total, absoluto, aterrador... Sí, aterrador. Lo deseaba y lo temía, ¿por qué negarlo? Tulque no entendió; Dilnes lo miró asombrado, no tanto de él como de sí mismo. Pensó: «Es imposible, el camino es infinito y siempre habrá alguien situado más allá...»

Miró a Tulque y le dijo:

—¿Has contado los granos de arena que hay en este planeta?

Por un momento Tulque creyó que Dilnes se había vuelto arrogante y trataba de humillarlo; fue un pensamiento que, un instante después, le dolió haber pensado.

—No tiene importancia —dijo Dilnes—; tú mismo dijiste una vez que ustedes no tenían por qué saberlo todo. Y es cierto, Tulque; basta que otros sepan lo que uno no puede saber en determinado momento y nos guíe. De todos modos, siempre habrá alguien situado un punto más allá. Ahora bien, es sobre este punto lo que quiero hablarte. Trataré de ser, desde luego, lo más claro posible...

Conversaron lenta y cuidadosamente. Pero ese punto, que implicaba modificaciones, no fue aceptado ni rechazado por Tulque; sencillamente no lo entendió. «¡No entiende!», pensó Dilnes con desaliento. Estaba demasiado adelante; estaba, pues, solo. Observó distraídamente las blancas barbas de

Tulque, y nadie se atrevió a interrumpir su silencio, estuviese pensando o no. «No entienden», pensaba Dilnes con horror. Ahora él era Cadars y comprendía su sufrimiento: «Sí, **lo que viene con dolor**. ¡Claro!» Ahora él era Jarve o más que Jarve. Estaba en el borde de un abismo y no había nadie detrás de él. De pronto alzó la vista y vio los símbolos en el cielo de la tarde. ¡Los símbolos! «El viaje hacia el símbolo desconocido.» ¿Qué símbolo? ¿O habían sido sólo palabras de Cadars para hacerse entender? ¿O acaso así entendía Cadars su «viaje»?

Los símbolos... Miró; estaban como apagándose o transformándose en otra cosa. La mente de Dilnes quedó un momento vacía, quieta, descansando. El aire fresco y húmedo del valle acarició su cabeza. Había olvidado o no había tenido en cuenta un detalle que era mucho más importante que todo lo demás: él **no debía** forzar a los hombres; **la montaña** mostraba otras cosas, y con toda aquella novedad él se había perdido un poco; lo reconocía. Estaba más adelante de lo que habían estado Jarve o Cadars en relación con los suyos, y desde ese punto sólo se podía esperar y confiar. Los hombres siempre aceptarían y seguirían **su línea**; pero ése, precisamente, no era el camino. El camino era **la montaña**: encauzar y desarrollar cada cosa dentro de sus propias posibilidades. Los métodos del caos no podían ser aplicados al orden.

—Permítanme —dijo Dilnes y desapareció.

Tulque se abrió, sobresaltado, tratando de alcanzar a Dilnes: No podía irse ahora, no debía hacerlo. Sin Dilnes tendrían que comenzar de nuevo...

—¿Qué ocurre? —preguntó Obnar.

Tulque le transmitió sus pensamientos. Gesno llegó más tarde; hizo un gesto como dando a entender que lo sabía todo. Preguntó:

—¿Es ahora Dilnes tan necesario?

—Sí —dijo Tulque—. Al menos, en cuanto a la nueva línea.

—En cuanto a **la línea** —dijo Obnar—. Sólo hay una línea.

—Entiendo —dijo Gesno—. Por lo demás, la situación no es tan desesperada. En resumen, Dilnes es un producto.

—Bastante difícil de obtener —sonrió amargamente Tulque.

Los tres se sentaron en silencio junto a las flores. El sol era color violeta y casi no daba luz; las bóvedas apenas se veían; estaban como borrándose.

2

La isla

Javil apareció en lo alto, mutilado y lleno de desesperación. Él era Javil, hijo de Cadars; ¿y quién había sido Cadars? Abrió los brazos mostrando el desierto, el horizonte, todo el planeta. Cadars había sido todo, todo ahora era Cadars. No debían olvidarlo. Los hombres que estaban allí se divertían; Sel miró por encima del hombro de Doot.

—¿Quién es ése? —gritó.

—Soy Javil, hijo de Cadars.

Sel se acarició la frente como si tratara de recordar.

—Javil, Javil... —repetía. Tocó en el hombro a Soar y le preguntó—: ¿Conoces tú a Javil, conoces a alguien que se llame así?

Soar no contestó, aprovechó la ocasión para acariciar a Sel y Sel la tomó en sus brazos y la besó.

«Degenerados», pensó Javil.

—¡Soy Javil! —gritó.

Los hombres, aquellos Sel, Doot y Nair y Bensso y la mujer Soar y la mujer Erei y todos los demás, se rieron a carcajadas.

—No te vayas, viejo —rogó Nair. Se volvió hacia los otros—: Hay que escuchar lo que dice, es el hombre más viejo del mundo. Háblanos, Javil.

Javil los divertía; nada más había que verle los ojos; verlo gritar y gesticular y ya eso daba gusto. Javil los nombró mentalmente. Contra ellos nada había sido eficaz, ninguna disciplina; ¿por qué esforzarse con ellos? En ellos la raza de la Esfera había degenerado, y sus hijos serían todavía más degenerados. Pensó en Tulque y en Dilnes... «¡Ese Dilnes!» Estaban haciendo lo que se les antojaba, por eso todo estaba así. ¡La culpa era de ellos! La línea era una sola, ¿quién era Dilnes para variarla? ¿Quién era Tulque? Él todavía haría algo, debía hacerlo. Estaba ofuscado, blandiendo un gajo rojizo y volando en círculos sobre lo alto, reprimiendo el deseo de descargarlo violentamente sobre ellos: «¡Así, así!», pensaba, mirando con

odio, soltando espumarajos por la boca. Él se impondría la peor tarea. ¿Qué era lo más difícil? ¿Guiar a aquellos degenerados? ¡Bien!, los guiaría entonces. ¡Él solo!

Alguna vez Obnar había tratado de razonar con él, pero pronto comprendió que era inútil. Aquellas criaturas habían quedado aisladas; esas cosas solían ocurrir... No había por qué lamentarse; y además, ¿a dónde los conduciría Javil caso de que pudiese hacerlo? Javil estaba muy lejos de la verdad. Por otra parte, Obnar no había ido allí a salvar hombres; los hombres tenían que luchar por sí mismos. Había ido allí a trabajar con ellos, a ser uno más, no con los Sel ni los Bensso, ni con ninguno de ellos, sino con los otros que habitaban esa parte del planeta. Le hubiera gustado hacer algo por Javil, porque Javil era, después de todo, el último de los hijos de Cadars. Pero ya Javil no oía ni veía. «Bien —pensó Obnar con tristeza—, si se empeña con esos degenerados, se perderá con ellos.»

—¿Qué quiere ése? —preguntaba Bensso.

—Ése quiere —dijo Erei— que tú, que nosotros, hagamos una serie de tonterías para llegar de esa manera a no sé dónde, a un lugar que él tampoco sabe. Es el hijo de Cadars. ¿Nunca has oído hablar de Cadars? Antes de Cadars no había **ciudades**... Por suerte, ya eso terminó.

Bensso la acostó sobre las arenas y se dedicó a acariciarla. Javil los observaba; Bensso y Erei eran las criaturas más hermosas que él había visto en toda su larga vida. Casi no parecían reales.

—Está bien —dijo Bensso—, que nos lleve a donde quiera. Es divertido —se volvió y gritó—: Está bien, Javil. Está muy bien, ¿oyes?

Javil abrió los ojos y ladeó la cabeza, atento.

Nair dijo:

—Claro que está muy bien. ¡Es el hijo de Cadars!

Degenerados sí, pero entendían; ¿por qué odiarlos? Ellos no tenían la culpa. La culpa la tenían los que se habían desviado de la línea; la culpa la tenían Tulque y Dilnes, ¡ese Dilnes! Recordó a su padre; Cadars obligaba... Ya no podría esperar nada de los hombres de los proyectos, pero en cambio, éstos, degenerados como eran, todavía eran gobernables. Sintió de pronto una gran responsabilidad. Sí, los guiaría.

—Ésta es la línea —dijo Javil, y la dibujó en el cielo.

Bensso miró lleno de languidez. Se sentía bien, estaba reclinado sobre un codo acariciando el cuerpo maravilloso de Erei.

—Entiendo —dijo Bensso.

Erei se incorporó un tanto y miró a lo alto.

—Entendemos —dijo, cubriéndose la boca con las manos para ocultar la risa. Bensso le dio un codazo.

Sel caminó hacia Javil acariciándose la frente. Llevaba en el rostro una expresión tal de preocupación, una expresión tan exagerada que Bensso no pudo evitar la carcajada. Javil lo miró con desconfianza y Bensso dijo:

—Está bien. Sel quiere saber algo.

Sel mantuvo su falsa preocupación, la exageró aún más y comenzó a interrogar a Javil.

—¿Qué significa la línea, Javil...? Tu nombre es Javil, ¿no?

—Sí —dijo Javil.

—¿Qué significa?

—¿Qué significa qué? —preguntó Javil.

—La línea...

—Es el principio —contestó Javil y pensaba: «Los guiaré.»

—¿El principio? Ah, ¿y cuál es el final? Es decir, digo...

—¿Dices...? —preguntó Javil confundido.

—¿Dije algo?

—Dijiste...

Sel lo interrumpió:

—Sí, claro, eso fue lo que dije.

—¿Qué cosa? —balbuceó Javil.

—Lo que te dije, Javil. Claro, no exactamente eso, pero tú entiendes. La idea...

—¿Cómo?

—Sí, Javil, eso lo entiendo. Pero hay un detalle —escupió sus manos y se las frotó—, un detalle oscuro que podría ser importante. Por eso te lo dije.

—No entiendo —dijo Javil mirándolo fijamente; blandía el gajo rojizo y de pronto el gajo se quebró. Javil miró el pedazo que quedó en su mano.

—Ésa es la cosa —dijo Sel.

—¿Cómo? —preguntó Javil acercándosele.

—Lo que te expliqué —contestó Sel retrocediendo—. Lo mismo que te dije.

—¿Qué dijiste?

—¿Dije algo ahora?

Bensso saltó.

—Un momento —dijo, arrastrando a Erei por un brazo—, Erei sabe. Explica, Erei... Erei puede explicar —soltó una corta carcajada, como una pequeña explosión; se contuvo, se golpeó el estómago y terminó gritando—: ¡Eso fue exactamente lo que dijo Sel! ¿No es cierto, Erei?

—Sí, empezamos a estar de acuerdo —dijo Sel.

Javil dejó caer el pedazo de gajo que había quedado en su mano; los miró a los dos y luego contempló a Erei que estaba allí delante de él como descubriéndose el sexo.

Nair dijo desde lejos:

—Inventemos algo mejor; ya eso no es divertido. ¿Me escuchas, Bensso?

III Ansial

1

Obnar

En la tarde, en ese vaho fulgurante que lo envolvía todo, que hacía más lejano el horizonte y más amplio el cielo, los símbolos se movían como jirones de niebla atacados por un viento de tormentas. Las arenas no dejaban de chocar entre sí, como si hubiesen cobrado existencia y voluntad propias, y cada una por separado quisiera tomar un camino distinto al de las demás; no rodaban de acuerdo con el viento; se movían caprichosamente, convirtiéndose lentamente en arenas cada vez más finas, en un polvo ya casi impalpable que se metía en las narices y blanqueaba las cabezas.

Obnar miraba con desgano moviendo la cabeza. Entre los símbolos que languidecían veía su propio símbolo; estaba demasiado perplejo y confundido como para comprender lo que ocurría fuera de los designios del hombre. El sol parecía no moverse; la tarde no avanzaba; ¡el día no concluiría nunca!

Ansial dejó lo que estaba haciendo y se detuvo a contemplar a Obnar. Obnar pensó: «Un instante que los abandone es suficiente...» Ansial dijo:

—¿Qué debemos hacer ahora?

La docilidad de Ansial, aquella docilidad estúpida, aquella desidia, aquel dejarse arrastrar mansamente, no por deseo, sino porque era mucho más cómodo no pensar y dejar que otro, en ese caso él, pensara por uno, lo irritaba hasta encolerizarlo. ¿Obtendría algo con esa Ansial estúpidamente obediente

y con ese Notso y con...? ¿Cómo se llamaban los otros? No lo recordaba ni le interesaba ya recordarlo. Se quedó quieto, sin pensar en nada concreto, y Ansial lo miraba con sus ojos llenos de ternura, esperando, pero sin dar siquiera, aunque permaneciera así mucho tiempo, el menor síntoma de impaciencia. Si él le decía que esperara, ella esperaba, y podría mantenerse en ese estado de espera toda la vida, hasta tanto él no le diera otra orden.

«¡El viaje!», pensó Obnar con perplejidad, ¡qué lejos estaba todo eso! Lejos a pesar de Dilnes y **la montaña**; lejos, muy lejos. Miró el desierto. ¿Qué extraña cosa estaba ocurriendo allí? La naturaleza estaba como preparándose para algo inconcebible; incluso los símbolos habían perdido todo poder. Sin embargo los hombres se mantenían reacios, como pesadas criaturas llenas de placidez, imposibles de mover o de estimular. Sí, estaban Dilnes y los hombres de los proyectos, estaban él y otros más, pero con ellos solamente no se llegaría a ninguna parte. Además, el desaliento se había metido en sus corazones. Miró hacia atrás en el tiempo y recordó todo el esfuerzo y el dolor; miró hacia adelante y sólo vio oscuridades... Comenzaba a dudar de sus propias capacidades. «El viaje». Sabía que era muy malo que la duda lo asaltara entonces; la duda debía haber llegado mucho antes, preferiblemente en el comienzo de las cosas; o no llegar.

Y si él se sentara de pronto y se cruzara de brazos, ¿qué ocurriría? Sí, ocurriría lo que estaba destinado a ocurrir por encima de él y de los otros, de Cadars, de Jarve o de quien fuera. Ocurriría lo que debía ocurrir, lo inevitable... ¿Inevitable? ¿Había algo, excepto la muerte, que fuera realmente inevitable? Si era así... Comenzó a recoger los pensamientos de los demás hombres; comenzó a juntarlos, mezclándolos y separándolos, agregándole sus propios pensamientos; se sintió mal: aquello era un caos. «Entonces —pensó—, ¿quién está en lo cierto y quién no?» Alguien debía estar en lo cierto. ¿Quién? ¿Cadars?, Cadars hablaba en parábolas, y esas parábolas podían tener mil interpretaciones diversas. ¿Jarve acaso? Quién podría saberlo; **la montaña** era un misterio psicológico, y ahora parecía que no podían contar más con Dilnes. ¿Qué hacer?

—¡No sé! —gritó Obnar con voz quejumbrosa.

Ansial corrió hacia él; era la primera vez que se movía sin recibir una orden suya. Había visto el rostro de Obnar, atormentado, blanco en la luz

difusa e hiriente de la tarde, entre los vapores y la niebla de los símbolos moribundos, y le había dolido mucho verlo así. Obnar se sobresaltó.

—¿Por qué corres así?

Ansial tomó sus manos.

—¿Te ocurre algo? ¿Qué es? Dímelo.

Obnar la miró atentamente, desconcertado con aquel dolor que nacía en ella por él. ¿Le importaba a ella o a alguien su dolor o su alegría? A nadie nunca le había importado lo que a él le ocurriese. Si Tulque o Gesno se habían preocupado de alguna manera por él, no era realmente por su persona. Sí, ¿se preocupaban por él o por su misión, por él o por el maldito «viaje», por él o por **la montaña**, por él o por los proyectos?

—¿Qué te ocurre, Obnar? —preguntó ella presionando sus manos.

Obnar reaccionó.

—No es nada, Ansial. Pensaba....

Ansial no soltó sus manos, y Obnar pensó que si no le ordenaba que las soltase ella no las soltaría nunca. Cerró los ojos: eran suaves las manos de Ansial, suaves, tibias y...

—Suéltame las manos, Ansial —ordenó él un poco turbado.

Ansial soltó bruscamente sus manos como si esas manos se hubiesen calentado hasta quemarla.

—Hagamos algo —dijo Obnar.

Había que hacer algo, pensar no conducía a ninguna parte. Además, que hubiese «viaje» o no, ya no debía importarle; lo importante era hacer algo; ocupar la mente con algún propósito; no volver al caos. Pensó: «A lo mejor eso quería decir Cadars cuando hablaba.» Tal vez ése era, después de todo, el «viaje» de Cadars... Dejó caer los brazos desalentado, descontento consigo mismo. Volvía a pensar tonterías, a inventarse ideas, a construirse verdades falsas e ilusiones. ¡«El viaje» era «el viaje», un cambio en la conciencia del hombre y la consecución de un orden superior de vida! ¡Nada más!

Miró el rostro de Ansial y vio la tremenda mansedumbre que había en sus hermosas pupilas, la mansedumbre y la ternura que ella le transmitía con sus gestos o su mirada, aquella pasividad que tanto lo había irritado siempre, y que entonces, ahora, el parecía estar como redescubriendo.

Ansial dijo:

—Hagamos lo que tú quieras.

—Hagamos lo que hay que hacer —dijo él evitando su mirada.

Los días transcurrieron muy lentamente, asombrosamente lentos, como si al sol le costara mucho esfuerzo trasladarse por el cielo. El ocaso era algo interminable, exasperante casi. «Absurdo», se decía Obnar. El día duraba lo que todos los días de toda su vida habían durado. Tal vez ahora ocurrían demasiadas cosas en un día, en un instante, y el tiempo mental se alargaba. Sí, muchas cosas; se sentía agotado pero lleno de excitación.

Las condiciones estaban ya formándose en alguna parte, y mientras más hacía —aunque se imaginaba que sus actos y el quehacer de los demás no guardaba demasiada relación—, más sentía que él también estaba ayudando a crear esas condiciones, de la misma manera que había observado en la naturaleza cuando, aisladamente, los granos de arena hacían su propio juego sin relación aparente con los otros procesos naturales. Pero, desgraciadamente, en su persona veía nacer un obstáculo tremendo. Lo que temía sentir por Ansil lo habían sentido todos los hombres desde sus orígenes, exactamente igual, de la misma manera y con las mismas consecuencias. Si era así, entonces para él no habría nada **nuevo**; seguiría siendo Obnar y nada más, es decir, un hombre antiguo, sujeto a todas las arbitrariedades y egoísmos de su mente, esclavizado a su personalidad, a su distinción, a su ser único.

«El viaje» sería para otros. Al final de todos sus esfuerzos caía víctima de sus propios sentimientos, él, que era uno de los hombres de los proyectos, uno de los pocos... ¿O acaso **eso** no era para ellos? Ellos no debían haber esperado nada para sí; solamente dar, criar, orientar en medio de las tinieblas para luego quedarse solos, perdidos y olvidados en un mundo que ya no podrían entender. Sí, tal vez... Sintió que se debilitaban sus fuerzas, y en la negrura de su noche y de la noche, Ansil lo miraba tierna y amorosamente, ofreciéndole las fuerzas que quizá no quería ya poseer, porque poseyéndolas resistiría más, y resistiendo sufriría más tiempo. Ansil había sido la revelación de su incapacidad y sus limitaciones. «Hasta aquí puedo llegar», pensó Obnar. Hasta allí había llegado, y había soñado mucho y anhelado

mucho... Debía resignarse con su suerte; después de todo, Cadars tampoco había realizado su «viaje», y no por ello podría decirse que su vida no había tenido sentido. «El viaje» de Cadars era su obra misma; de la misma manera que la obra de los proyectos tendría que ser «el viaje» de ellos; más allá de eso, sólo existía el reino de la ilusión pura.

—Hagamos algo —dijo de pronto Ansial, y él la miró asombrado, sin comprender, así como si no la hubiese oído.

2

Gesno

Gesno lo buscó. Obnar lo sabía; pero no se sentía con suficientes fuerzas como para enfrentarlo; además, nada tenía que decirle que Gesno ya no supiese. Tampoco esperaba nada de ninguno de ellos. En definitiva, estarían en las mismas condiciones. Era sencillo, estaban excluidos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntaba Ansial con sus labios húmedos y prometedores de placeres que él esquivaba o aborrecía temiendo transgredir alguna prohibición dictada por su propia mente, una prohibición absurda que absurdamente se veía obligado a respetar sin saber por qué.

—¿Qué hacemos?

—Lo que se te ocurra —decía Obnar con desdén, y luego, un instante después, con vehemencia—: Algo, por favor, ¡algo! Debemos hacer algo.

Ansial esperaba y luego decía:

—Lo que tú quieras.

Obnar la miró con terror.

—¡No sé lo que quiero, Ansial! ¡Piensa tú!

Pero ella no pensaba; no sabía pensar; sólo obedecía; tampoco entendía órdenes demasiado complejas. Por otra parte, él no podía decirle que pensara, así nada más; tenía que decirle que pensara en una cosa determinada y luego ordenarle que no pensara más porque ella podría quedarse pensando en eso para siempre hasta enloquecer. Y Notso oía y entendía; se rebelaba; podía desarrollar un pensamiento e irlo aplicando a la realidad con destreza

increíble; pero tampoco se le podía dejar solo mucho tiempo; porque una vez agotado un pensamiento ya no sabía seguir adelante e idear otros, o sí; pero entonces pronto su mente era un caos; o se cansaba; se aburría; lo dejaba todo a medias. Y Bertos miraba astutamente; siempre creía saber más de lo que se le decía, y en realidad era solamente terco, torpe en su relación con la materia; pensaba pero no podía darle forma concreta a sus pensamientos; o la forma no correspondía en absoluto con la idea. En cuanto a los otros... Maldita sea si sabía lo que pasaba en sus cabezas.

Obnar se preguntaba por qué insistía. Probablemente, no es que creyese llegar a algo con eso, era acaso una manera de no enloquecer, de no perder siquiera la conciencia de sí mismo. O tal vez no estaba totalmente convencido de su derrota o suficientemente decepcionado como para tomar las cosas de la manera que viniesen. Gesno lo buscaba y él rehuía ese encuentro; hasta que fue imposible rehuirlo más; pero se comunicó mentalmente con él para desalentarlo: ¡para ellos no habría «viaje»! Gesno no pareció darle importancia al asunto e insistió en el contacto físico. No venía solo, traía a Dilnes, un Dilnes muy extraño. Su mente relucía como un símbolo joven, robusto y pujante, y sin embargo, Dilnes languidecía, le quedaba muy poca vida en el cuerpo.

Cuando Obnar vio el rostro de Gesno se le escapó un grito; no era su rostro, el rostro por el cual él siempre lo había reconocido; era otra cosa, otro rostro; o casi no tenía rostro, nada más una mancha, todo borroso como fango lavado por las lluvias, como una piedra roída por la erosión solar, blanqueada, brillante. Tal vez su propio rostro mostraba un aspecto semejante; tuvo miedo; se tocó el rostro; no sintió nada, como si hubiese tocado el aire. Ansial lo abrazó llorando y algo dentro de él se conmovió y se deshizo en caricias y ternuras.

Dilnes no estaba en ninguna parte. No tenía mente, o su mente tan reluciente era totalmente inalcanzable para él, como un astro distante en la noche, brillando en la negrura con esa luz fría e irreal de los astros.

—Sólo podemos observarlo ahora —dijo Gesno con una voz muy triste—; nada podemos decirle; nada puede decirnos. Ha llegado a un punto

superior...

Obnar se estremeció. Su mente se llenó de interrogantes.

—¿Es «el viaje», Gesno? ¿Es eso «el viaje»?

—No —dijo Gesno—. Dilnes ha sido víctima de sí mismo. Precisamente por eso Tulque me envió con el... Míralo, Obnar; pero no es él; es la imagen que te traigo. Dilnes no está en ninguna parte, ha perdido toda relación con nosotros, se extingue... ¡Míralo, Obnar!

Dilnes se apagó como un astro en eclipse. Obnar sintió de pronto una melancolía invencible recordando al otro Dilnes que él había conocido. El cielo estaba completamente negro y Obnar estaba allí, flotando en aquella inmensidad solitaria e inhumana, solo con su conciencia y sus pobres sentimientos humanos, recordando, llorando y sabiendo que nadie oiría su llanto ni se dolería de su soledad. Después, lentamente, como si regresara de una oscura pesadilla, comenzó a sentir el contacto de las manos de Ansial, y las vio extendidas en la negrura buscándolo. Vio sus ojos llenos de lágrimas, sus ojos humanos abiertos, muy abiertos, mirándolo con su eterna mansedumbre, su inagotable ternura.

—Ansial... —la llamó, susurrando, casi sin voz y queriendo gritar para hacerse oír en el tremendo silencio del vacío.

—Escucha, Obnar —dijo Gesno con una voz todavía más llena de tristeza—, nosotros no importamos. Hemos hecho nuestra parte y ahora debemos tener valor para afrontar lo último, lo que para ellos apenas será el comienzo. Verdaderamente, jamás sabremos siquiera cómo ni qué cosa es «el viaje», pero sabremos la parte que de él nos ha correspondido...

El dolor de Gesno no era el suyo, era un dolor diferente y no lo mostraba; solamente había tristeza en su voz. Su rostro estaba vacío de expresión y su mente se mantenía lo suficientemente alerta como para no ser penetrada más allá de sus deseos. Obnar se sintió conmovido por aquel hombre fuerte, tierno y resolutivo que durante tantos años había trabajado con él en la inmensa obra de los proyectos.

Gesno no podía decirle nada en concreto respecto a **la montaña**; Dilnes se lo había llevado todo consigo; y de él sólo quedaba un ejemplo negativo y triste. Los perfiles del «viaje» se oscurecían nuevamente. Sí, ellos nunca

sabrían, y ya no era necesario; solamente debían hacer su parte y esperar. Gesno estuvo observando a los hombres de Obnar durante varios días.

—Todo marcha bien —dijo al final.

Obnar trató de no oírlo; él no era como Gesno; se sentía desesperado; como si estuviese trabajando para su propia perdición y ya no pudiese detenerse.

Los hombres parecían no progresar; pero eran sólo apariencias, ahora lo sabía; el proceso se desarrollaba internamente, misteriosamente; o tal vez su inteligencia era insuficiente para descubrirlo. Estaba ciego, trabajaba a tientas, con temor y desconcierto...

Gesno había dicho antes de irse:

—Pronto los vendré a buscar.

Obnar no había entendido muy bien.

—A todos —aclaró Gesno—; a ti y a los demás. Tulque nos espera en el valle, en el mundo de Jarve.

«¿Para qué a mí? —pensó Obnar—; ¿será una delicadeza de Tulque, o es que **todavía** tendremos algo más que hacer?»

—¿Para qué a mí? —preguntó, pero Gesno ya se había marchado.

Sí, los esperaban en **la montaña** porque «el viaje» comenzaba para ellos. «¿A Javil, a los degenerados también?» Todos, sí; todos menos él, menos Tulque, menos Gesno. Ellos no, todos los demás sí.

Ansial lo miró como se mira lo nunca visto. «Ah —pensó—. Ansial también; probablemente ella también...» ¡Se quedaría solo, solo! Todos esos días había estado tan apartada de él... En sus ojos ya no había aquella ternura ni aquella mansedumbre, aunque la ternura y la mansedumbre seguían allí bajo formas distintas, imperceptibles para él. Sus pupilas parecían estar enfriándose rápidamente, rápidamente...

La oyó decir:

—Todavía tenemos algo más que hacer aquí, Obnar.

Pero no se asombró; ya no podía asombrarse.

(Subté oyó la voz de Nur B y vio su rostro y sus manos en la soledad del desierto; y a través de ese rostro y de aquellas manos extendidas, veía las

grises estructuras de las flores soltando un polvillo finísimo, dorado en la luz crepuscular. Sus ruedas se movían con dificultad en la costra pegajosa que lo cubría todo. El abismo estaba lleno de maravillosas luces, y la materia ardía silenciosamente en su interior. Más allá del abismo los vapores del desierto se unían con el cielo borrando el horizonte. Las flores se desmoronaron de pronto, sin ruido, como si fuesen de niebla. **Rumor** Subté se alejó despacio, sintiendo la forzada tracción de sus ruedas en la sustancia del suelo —que tal vez tenía una temperatura muy elevada—, hasta que se sintió liberado y rodó rápidamente con el sol a la espalda. Miró en torno y supo entonces que estaba solo; las flores se habían desmoronado en parte arrastrando una masa de aire caliente que lo golpeó suavemente en el rostro. Lo que había ocurrido, ocurriría o tal vez nunca ocurriese, sucedía simultáneamente en el tiempo, en el eterno presente de su mente. Se movía a su antojo en el desierto que habían abandonado los hombres —desierto sin flores, sin bóvedas ni ruinas, el desierto desierto, quemado por el sol, de finísimas arenas, ya no doradas, sino blanco polvo impalpable, el desierto sin símbolos ni astros en la noche—, se movía en la niebla, en su soledad eterna y única.)

3

«El viaje»

«El viaje» estaba muy próximo, o de alguna manera había ya comenzado. **La montaña** de Jarve, y ahora también de Ansial y los demás, crecía continuamente. Ya no había valle, había otra cosa. Pero Tulque no se engañaba; sencillamente aquello ocurría en una dimensión psicológica que ellos, los hombres de los proyectos, no podían imaginar siquiera. En realidad, quienes estaban preparados para «el viaje», veían y sentían las cosas de otra manera muy diversa, porque su relación con la materia, tanto como sus relaciones entre sí, comenzaban a ser también muy distintas. Por otra parte, eso no cambiaba en absoluto el orden natural de las cosas; en lo esencial, la vida y las leyes que regían el cosmos seguían siendo iguales; aunque eso era algo que Tulque todavía no lograba deslindar.

Sí, «el viaje» era, desde luego, un cambio total, absoluto, inimaginable; pero en ese punto debía atenerse a las palabras de Cadars —¡viera lo que viera y ocurriese lo que ocurriese!— y considerarlo, para no enloquecer, como el inicio de aquella transformación que debía producirse en la propia mente del hombre, en su conciencia y en su relación directa con la materia, aquella transformación que lo llevaría, en suma, a un modo superior de convivencia. Eso era todo.

Tulque, Gesno y Obnar se miraron en silencio. Bien, los hombres esperaban; debían dar inicio a aquello que en un tiempo Cadars había llamado «acción rectora», pero tanto esa acción como el producto de ella eran ahora bien distintos.

Tulque dijo de pronto:

—Comencemos.

Obnar titubeó un instante mirando el rostro lejano de Ansial, sintiendo su mente todavía unida a él por un hilo finísimo que pronto se quebraría.

Miró a los otros.

Era bueno que estuviesen juntos los tres en aquel trance; era bueno, al menos, tener esa ilusión de compañía. Pensó en Dilnes un instante y el corazón se le ablandó y se le redujo en el pecho. Lo imaginó vagando por las inmensidades de sí mismo, fuera de todo calor y comprensión humanos. Algo semejante debía ser «el viaje»; después de todo Dilnes había dado inicio a todo aquello; y si se había equivocado de camino, **no podía** haberse equivocado tanto. En definitiva, ¿quién le aseguraba que «el viaje» no era eso? Allí estaba Ansial, **su** Ansial, alejándose de él y de todo lo que la vida había representado hasta entonces, de todo lo que humanamente tenía sentido y valor.

Obnar sacudió la cabeza; ¿por qué caía siempre en esos pensamientos tan crueles? No, «el viaje» no podía ser así; tendría que ser precisamente lo contrario. «El viaje» era la unión y la comprensión entre los hombres, el fin del caos y del dolor.

—Bien —dijo Gesno con su obstinación de siempre, con esa tristeza indefinible, con esa terquedad de los hombres condenados que quieren seguir siendo hombres donde ya el concepto **hombre** nada significa.

«Hay que transformarlo todo, ¡todo!» había dicho Jarve. «Hay que matar el dolor; matar las causas del dolor; hay que crear una nueva relación entre la materia y la mente. ¡Hay que matar al hombre que hemos conocido!», había dicho Cadars.

«Sí —pensó Obnar mirando hacia adelante, hacia la lejanía de los siglos—, hay que matar al hombre que hemos conocido...»

Abrió los ojos buscando a Ansial, palpando en su mente los cálidos perfiles de la mujer, su mansedumbre, su conmovedora ternura... ¡Ansial!

La vio en la distancia, en la espesa y borrascosa niebla de **la montaña**, junto a los hombres que dejaban de ser hombres lentamente, o que todavía eran demasiados hombres; allá en el mundo de Jarve y de Cadars, donde todo lo comprensible tenía su término...

«Empecemos», había dicho Tulque. «Bien», había consentido Gesno. Y él, de pie en las luces del alba, miraba buscando el nexo entre su vida y la otra vida, el nexo imposible y malvado; buscaba a Ansial con desesperación, temblando de miedo cuando nada aún había comenzado, cuando tal vez nada de lo que él había pensado ocurriese.

«Ansial, Ansial...», susurró su mente; pero ella parecía estar más allá de todas sus pequeñas miserias y egoísmos. «Sí —se dijo—, por eso “el viaje” no es para nosotros. Seguimos siendo esos mismos hombres antiguos contra los cuales, sin embargo, tanto hemos luchado.» Y una nube de risas y llantos atravesó su cabeza.

—Empecemos —dijo finalmente Obnar, y miró la frente abierta de Tulque, llena de imágenes y recuerdos.

Vio allí a Jarve, hijo de Atol, y después vio a Atol, hijo de Calea, a Calea hijo de Arnes, a Arnes hijo de Atales, a Atales hijo de Cásel, a Cásel hijo de Teles... Cerró los ojos; el caos venía desde las oscuridades del tiempo. Alzó la cabeza todo lo que pudo, sintió que Ansial lo abandonaba, jadeó acobardado.

Tulque y Gesno estaban junto a él; sus rostros blanqueados, sin expresión, miraban hacia adelante con helada fijeza, pero humanos en su implacable tenacidad. «El viaje», pensó Obnar y recordó que nunca se había imaginado

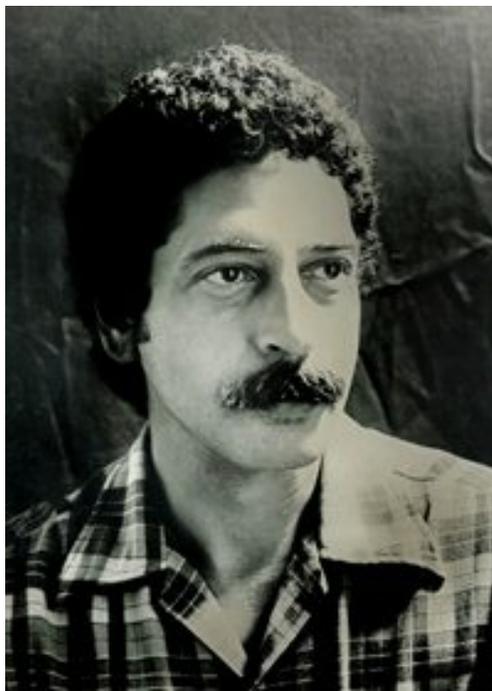
nada semejante. Había sido sólo una idea muy vaga en su mente, algo hermoso y distante; pero la obra del «viaje» sobrepasaba todos los límites de las grandezas y los sueños. Nadie como ellos para comprenderlo desde el punto de vista del **hombre**. Sí, él, Gesno y Tulque, los hombres de los proyectos, que habían trabajado ciegamente, dolorosamente, hasta quedar exhaustos y solos, completamente solos en un planeta que ya no les pertenecía.

La luz del amanecer se esparció en la niebla.

El sol alumbraba un mundo convulso y rumoroso. Los hombres, en alguna parte, hacían cosas extrañas, tan extrañas que, viéndolos en la distancia, parecían enfrascados en horribles perversidades. Obnar se tendió despacio; por ese día ya no podría sostenerse más. Se tendió a pensar, sintiendo la mente de Tulque todavía esforzándose; miró en su mente y vio con asombro los sueños y los anhelos aun persistiendo. Relajó el cuerpo. Pensaba, estaba pensando, él, Obnar, sintiendo su cuerpo, sintiendo la tibieza del sol sobre sus miembros, oliendo el olor de la mañana, tendido en la humedad del rocío, maravillado con los matices del alba, palpando las menudas hojas humedecidas, doblegadas por el peso de su mano, gozando con inesperado goce la tristeza tremenda de ser hombre. Oyó entonces la voz de Tulque; no entendió lo que había dicho ni le interesó entenderlo; solamente escuchó, extasiado, el cálido sonido de sus palabras.

—«El viaje» ha comenzado —había dicho Tulque.

SOBRE EL AUTOR



MIGUEL COLLAZO TOLEDO nace en La Habana, Cuba en 1936. Tuvo tanto en la vida como en las labores artísticas, un difícil aprendizaje. Su juventud transcurrió en un mundo desordenado, humilde y marginal, y luego realizó estudios dispersos en diferentes escuelas públicas, laicas o parroquiales. A la par, se vinculó con toda clase de ocupaciones y oficios. Posteriormente, en la década del cincuenta, cursó hasta tercer año en la Academia San Alejandro. Conformó el grupo de Los Cinco, y junto a otros artistas expuso en la Galería Lex (1956) y en la Bienal de México. También en 1957 expuso su obra plástica en el Contra-Salón, en un local frente a Bellas Artes, en protesta al Salón oficial. Aprobó el primer año de la carrera administrativa en la Universidad de La Habana. Trabajó como dibujante textil en la Textilera Ariguanabo (1960-1962) y como autor de libretos para televisión en CMQ y CMBF (1963). En 1963 matriculó en el seminario de Dramaturgia auspiciado por el Consejo Nacional de Cultura. Viajó por Rumania y Checoslovaquia. Fue colaborador de Diario Libre, Cultura'64, Unión y La Gaceta de Cuba.

Fue responsable nacional de galerías en la Dirección General de Artes Plásticas del Consejo Nacional de Cultura, donde además trabajó como asesor literario en la Dirección Nacional de Literatura.

La clasificación de *El viaje* como novela de ciencia ficción no es exacta. Aunque utiliza recursos del género, Collazo los trata de manera muy personal y como pretexto para seguir al hombre en la incansable búsqueda de la felicidad, así como para penetrar en la complejidad de su síquis. Es, por tanto, también, un libro de proyecciones filosóficas. Los personajes que habitan en este mundo imaginario, están obsesionados por la búsqueda de algo mejor. Cadars, la figura central, señala el camino: «el viaje». Y, junto a «los hombres de los proyectos», que lo secundan, emprende esta travesía. Pero el sendero está sembrado de adversidades; sin embargo, después de un gran desgarramiento, los hombres triunfan; y la novela finaliza cuando comienza «el viaje».



Miguel Collazo nació en 1933 en La Habana. Narrador, poeta, artista plástico. Ha colaborado, además, en diferentes publicaciones periódicas. Ha editado: *El libro fantástico de Oaj*, 1966; *El viaje* (primera edición, 1968); *Onoloria*, 1973; *El arco de Belén*, 1976 y *El laurel del patio grande*, 1978. Actualmente trabaja en el Museo Nacional de Cuba como restaurador de obras de arte.